

# **(Re)inventarse**

en la acción política

**Nazareno Bravo (editor)**

**Mariano Salomone**

**Gabriel Liceaga**



**GABRIEL LICEAGA (Mendoza, 1982)**

Es sociólogo (UNCuyo 2008) y estudiante de Filosofía. Ha desarrollado estudios en el ámbito de la sociología rural y la filosofía política. Ha sido becario de la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado de la Universidad Nacional de Cuyo y del Departamento Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y docente en los niveles medio y superior. Actualmente es becario del CONICET y cursa el Doctorado en Estudios Sociales Agrarios de la Universidad Nacional de Córdoba.

**NAZARENO BRAVO (Mendoza, 1976)**

Es sociólogo (UNCuyo, 2001), doctor en Ciencias Sociales (FLACSO, 2008) e investigador de CONICET desde 2011. Docente de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales desde 2008. Ha dirigido dos proyectos de investigación de la SECTYP-UNCuyo: «La nueva cuestión social en Argentina» (2009-2011) y «Nueva conflictividad social y transformaciones identitarias en Mendoza» (2011-2013), y actualmente desarrolla una línea de investigación sobre juventud, politicidad y memoria.

**MARIANO SALOMONE (Mendoza, 1977)**

Es sociólogo (UNCuyo, 2003) y doctor en Ciencias Sociales (UBA, 2010). Se desempeña como becario postdoctoral del CONICET en el grupo de trabajo «Experiencias políticas, género y memoria», INCIHUSA, CCT-Mendoza. Ha transitado su formación dentro del campo de la sociología política en el cruce con la historia y la antropología. Sus preocupaciones teóricas giran en torno a las experiencias de los sujetos subalternos desde una perspectiva que tiene en cuenta la relación pasado-presente, el vínculo entre la experiencia personal y colectiva y la configuración de la dimensión subjetiva.

# **(Re)inventarse**

en la acción política



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

Universidad Nacional de Cuyo  
(Mendoza, República Argentina)

*Rector*

Ing. Agr. Arturo Roberto Somoza

*Vicerectora*

Lic. Silvia Persio

*Secretario de Extensión Universitaria*

Lic. Fabio Luis Erreguerena

**EDIUNC**

Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo

*Directora*

Lic. Pilar Piñeyrúa

La publicación de esta obra ha sido  
recomendada por el Comité Editorial  
(EDIUNC, Universidad Nacional de Cuyo).

# **(Re)inventarse** en la acción política

Nazareno Bravo (editor)

Mariano Salomone

Gabriel Liceaga

EDIUNC

---

Bravo, Nazareno

(RE)INVENTARSE EN LA ACCIÓN POLÍTICA / Nazareno Bravo;  
Mariano Salomone; Gabriel Liceaga; edición literaria a cargo de  
Nazareno Bravo. – 1ª ed. – Editorial de la Universidad Nacional de  
Cuyo, EDIUNC, 2012.

160 p: il. ; 25 x 18 cm – (A contrapelo; 2)

ISBN 978-950-39-0284-4

1. Estudios Sociales. 2. Problemas Social. 3. Bibliotecas Populares.

I. Mariano Salomone II. Liceaga, Gabriel III. Bravo, Nazareno, ed.

lit. IV. Título

CCD 361.1

---



Fotografía de tapa: mural colectivo realizado por niños y niñas de la biblioteca  
junto a integrantes del colectivo «Pocho Lepratti» de Rosario.

(RE)INVENTARSE EN LA ACCIÓN POLÍTICA

Nazareno Bravo (editor), Mariano Salomone, Gabriel Liceaga

Primera edición, Mendoza 2012

Colección A contrapelo N°2

ISBN 978-950-39-0284-4

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©EDIUNC, 2012

<http://www.ediunc.uncu.edu.ar>

[ediunc@uncu.edu.ar](mailto:ediunc@uncu.edu.ar)

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Dedico este trabajo a mi familia, en cualquiera de sus formatos, porque hubiera sido imposible realizarlo sin su apoyo y paciencia.

NAZARENO BRAVO

Dedico este trabajo a Don Leal, trabajador ferroviario que supo ser fiel al deseo de transmisión de su experiencia vivida, esa frágil instancia gracias a la cual aún permanece abierto nuestro futuro.

MARIANO SALOMONE

A la memoria de Víctor Quiroga, productor caprino del norte de Lavalle, a quien conocí brevemente y que me dejó un recuerdo imborrable.

GABRIEL LICEAGA





## **IX** INTRODUCCIÓN

**17** CAPÍTULO I · NAZARENO BRAVO  
**El barrio como razón de ser y hacer**  
La Biblioteca Popular Pablito González, del estigma a la organización

**61** CAPÍTULO II · MARIANO SALOMONE  
**El derecho a la ciudad en Mendoza**  
Política, memoria y espacialización de la lucha de clases (2006-2008)

**117** CAPÍTULO III · GABRIEL LICEAGA  
**Las luchas campesinas en Mendoza**  
Reflexiones a partir de la acción colectiva de la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra



## INTRODUCCIÓN

Los textos que componen este volumen son el resultado de investigaciones científicas desarrolladas para la elaboración de tesis de grado de Sociología y posgrados en Ciencias Sociales a partir de las herramientas que ofrecen las ciencias sociales en general y la Sociología en particular para el análisis y el conocimiento de la realidad. De los tres casos analizados que conforman el libro, dos pertenecen al área urbana de Mendoza: la coordinación entre organizaciones sociales para resistir la privatización de los terrenos ferroviarios de la ex Estación General San Martín en Ciudad y el surgimiento y desarrollo de la Biblioteca Popular Pablito González en el barrio La Gloria, Godoy Cruz. El tercero –la acción de la Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra (UST)– se desarrolla en una zona rural de la provincia.

Esta combinación permite destacar las particularidades que adquiere la acción colectiva local en diferentes ámbitos, al tiempo que habilita a establecer comparaciones con producciones nacionales e internacionales (especialmente con trabajos situados en América Latina).

El libro busca contribuir al conocimiento sobre procesos de organización, acción colectiva y construcción de identidad de sectores subalternos a partir de profundizar el análisis de la relación entre construcción de identidades sociales y prácticas políticas.

Respecto de la metodología utilizada en las pesquisas, cabe mencionar la opción por una perspectiva cualitativa de investigación y la apelación al estudio de caso como estrategia para profundizar el conocimiento sobre cada una de las experiencias estudiadas y obtener elementos para comprender las relaciones y los procesos sociales que intervienen. Dicha opción metodológica supone extensos trabajos de campo en contacto directo con los y las integrantes de los colectivos en sus ámbitos de acción y organización. Las técnicas

de investigación social que se utilizaron surgen de la importancia que se les da a los discursos y las prácticas de los propios involucrados: entrevistas en profundidad, grupos focales, observaciones de campo y análisis documental. Se apunta a reconocer la significación que los propios participantes dan a sus prácticas y a un abordaje crítico de las mismas, lo que se complementa con el análisis de contenido de publicaciones periodísticas y documentos de las propias organizaciones.

El abordaje analítico de casos recientes de organización y movilización social en Mendoza, se asienta en la preocupación sociológica por las características y los procesos que intervienen en la emergencia de fenómenos colectivos en sectores populares en la actualidad.

¿Cómo impactó el neoliberalismo en la formación de espacios de participación política? ¿Desde dónde se obtienen elementos para efectivizar la organización? ¿Cuáles son las posibilidades de intervenir y modificar la realidad que tienen dichas experiencias? ¿Qué características posee la organización de sectores populares en la actualidad? Estas preguntas, que orientan las investigaciones presentadas, se enmarcan en las indagaciones sobre las particularidades que adquieren la acción colectiva y la construcción de identidad en una nueva fase de acumulación de capital.

El desembarco de esta nueva etapa de desarrollo del sistema capitalista –el neoliberalismo– se asentó, primeramente, en la represión que la última dictadura militar (1976-1983) llevó a cabo sobre los movimientos sindicales, políticos y sociales, lo que facilitó la implementación de políticas económicas ultraliberales, que tuvieron su expresión más cruda y evidente, ya en democracia, durante la década de 1990. Las transformaciones estructurales que impuso el neoliberalismo implicaron un enorme impacto en los procesos sociales que intervienen en la construcción de colectivos de identificación y en la posibilidad de organización y politización de la sociedad, especialmente en los sectores populares.

La caída de los marcos de referencia vinculados al mundo del trabajo –en el contexto de las políticas de flexibilización laboral y privatización de empresas públicas que derivaron en índices siderales de desempleo, pobreza y marginalidad– condicionó las posibilidades de cimentar un «nosotros» («los trabajadores», «el pueblo») con capacidad de acción. Este panorama, caracterizado por la individualización de lo social, las urgencias cotidianas y la crisis de representación política, ha sido abordado por la sociología atendiendo, por lo general, dos frentes: por un lado, el del análisis de los efectos de la crisis –lo

que los sectores populares ya no son, la pérdida de certezas–, y por otro, el del estudio de las respuestas surgidas desde esta crisis –la emergencia de experiencias de organización, nuevas estrategias de sobrevivencia.

El riesgo de perder la mirada crítica sobre estos procesos se vincula tanto a la postulación de una crisis sin posibilidades de transformación como a la celebración per se de las respuestas dadas a la misma.

Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 resultan un acontecimiento político fundamental para referir las descarnadas imposiciones del modelo neoliberal y a la resistencia social que trabajosamente se fue elaborando durante los años anteriores. A partir de ese momento, resultó más viable la visualización de buena parte de las experiencias de organización y participación que se producían desde antes, relacionadas muchas veces a la resolución comunitaria de demandas sociales como respuestas de la sociedad a la crisis política y económica del país. Esto permitió a los sectores movilizados tender esporádicos puentes interclasistas (en principio, a través de los clubes de trueque, pero fundamentalmente a partir del surgimiento de las asambleas barriales de 2001 y 2002 y el ensayo de acercamientos con el movimiento piquetero), verdadera novedad en un contexto de marcada polarización social y de vaciamiento de la política.

Sin embargo, lo que podría postularse como una paulatina recomposición de la institucionalidad a partir de 2003 dejó en evidencia los límites de transformación de aquellas experiencias –en ocasiones, más evidentes para los analistas que para los propios involucrados– y de la capacidad de revitalizarse de parte del sistema político institucional. Más allá de los debates que se abren sobre la relación entre organizaciones sociales y Estado a partir de los gobiernos kirchneristas, es necesario reconocer la importancia que poseen experiencias como las analizadas, tanto para enmarcar la situación actual de los sectores populares como para orientar un análisis sobre políticas públicas y estrategias políticas gubernamentales.

Los trabajos que aquí se presentan fueron realizados bajo la premisa de reconocer la capacidad de los sectores populares de dar respuestas colectivas a problemáticas comunes e identificar, en dichas experiencias, vías de politización novedosas –sus características, posibilidades y límites. En este sentido, se apunta a una definición de política que no se limita a su expresión más formal (partidos, sindicatos, Estado), sino que se extiende a aquellas prácticas y discursos elaborados en forma conjunta por los colectivos analizados sobre temas y problemáticas referidas al bien común, el lugar del

Estado, los modos de establecer relaciones entre pares y demás, es decir, vislumbrar la politicidad que poseen las prácticas colectivas analizadas, más allá de su acercamiento, rechazo o negociación con la política institucional.

En tal sentido, es posible distinguir una serie de ejes que unifican, más allá de sus particularidades, la mirada sobre las experiencias de politización analizadas. La pregunta por las características y capacidades de la acción colectiva de las organizaciones sociales puede ser encarada a partir de distinguir y vincular la temporalidad y la espacialidad de aquellos fenómenos. Ubicarse en tiempo y espacio, es decir, elaborar una mirada común sobre el presente, el pasado y el futuro y, paralelamente, construir significados sobre un territorio desde y hacia el que se dirige la acción resultan aspectos centrales para las definiciones identitarias que los colectivos ensayan en sus prácticas, en tanto cosmovisiones que guían la acción. Concretamente, la posibilidad de una acción conjunta depende de la edificación de un colectivo que la lleve a cabo, de un «nosotros» situado y suficientemente ligado como para ensayar una intervención en la resolución de problemáticas compartidas y la postulación de demandas unificadas.

Estos son los ejes que, por ejemplo, sirven para ubicar la acción de la UST, reflejada en el trabajo *Las luchas campesinas en Mendoza. Reflexiones a partir de la acción colectiva de la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra*, de G. Liceaga. En él es posible reconocer la importancia que posee la temporalidad histórica para la construcción de una visión del pasado desde la cual postular un sujeto colectivo indígena-campesino contemporáneo. Dicha definición temporal, entonces, se instala a partir de hacer visible la conflictividad social que atraviesa la historia provincial y que no posee referencias concretas en el relato idealizado del modelo vitivinícola que sirve de base identitaria local.

En este sentido, el trabajo *El derecho a la ciudad en Mendoza. Política, memoria y espacialización de la lucha de clases (2006-2008)*, de Mariano Salomone, resalta la amalgama espacial y temporal que se pone en juego en el devenir de la lucha de clases. En cuanto a la dimensión espacial, el conflicto por los terrenos de la Estación da cuenta del proceso de territorialización de la política, que ubica en el lugar central la disputa entre lo público y lo privado. Se trata del proceso de espacialización de la lucha de clases teorizado hoy como «acumulación por desposesión», que continúa la tendencia específica de la lógica capitalista: la privatización paulatina de todo lo público y común, incluido el territorio.

Mural: reproducción de Guayasamín realizada por el artista y vecino Carlos Muñoz.

Ahora bien, en cuanto a su dimensión temporal, la espacialización de la lucha de clases deja marcas territoriales sobre las que se producen significaciones histórico-sociales que dan sentido a ese proceso de territorialización. Un entramado simbólico que no puede pensarse como mero efecto o reflejo de aquel, sino como parte constitutiva de la dinámica y la configuración singular que adquiere el conflicto social en cada momento y lugar particular. De allí que el conflicto por la recuperación de la Estación se apoye en las significaciones político-culturales que las paredes de la Estación, como «lugar de la

memoria», portaban: los procesos de remembranza movilizados por la práctica política ocuparon un lugar central en la constitución de los sujetos, su experiencia de lucha y la construcción de la Estación del ferrocarril como bien común.

La importancia del territorio, cobra una nueva dimensión en la experiencia de la Biblioteca Popular Pablito González, del barrio La Gloria (*El barrio como razón de ser y hacer. La Biblioteca Popular Pablito González, del estigma a la organización*). El barrio como espacio de socialización y de una politización particular, en detrimento del mundo laboral en el que se formaron las generaciones anteriores —el pasaje de la fábrica al barrio—, implica también una perspectiva histórica más acotada, asentada en experiencias en primera persona, en que las vivencias personales, familiares y vecinales resultan centrales para significar su situación, pergeñar acciones conjuntas y elaborar visiones politizadas de la realidad (el Estado y sus funciones, la política como práctica, el rol de las organizaciones sociales).

En este territorio inmediato es donde se tejen relaciones que permiten elaborar el impacto en las subjetividades de las transformaciones estructurales, las respuestas a las urgencias y las estrategias de acción, a partir de una lectura sobre lo que en el barrio ocurre y lo que significa ser vecino de un espacio estigmatizado. En definitiva, el territorio como ámbito desde el que surge parte importante de los elementos con que se cuenta para actuar y crear una perspectiva particular.

El territorio, por su parte, también forma parte de los insumos que explican las experiencias organizativas de la UST y de las organizaciones nucleadas en torno a la Estación de trenes. En el primer caso, a partir de la construcción cotidiana de un modo de significar la tierra (como fuente de trabajo y recursos compartidos por la comunidad) que posee raíces en sistemas precolombinos de organización pero que se renueva y actualiza históricamente como resultado del choque de intereses sociales en pugna, proyectos estatales y luchas populares. La idea de territorio, en este caso, debe resquebrajar el sentido común, muchas veces ligado a prejuicios sociales (respecto de la existencia e importancia de lo indígena y hasta de lo campesino en la cultura mendocina) y a estrategias de mercado que naturalizan la privatización de los recursos naturales como el agua y la tierra.

En definitiva, los trabajos que aquí se presentan buscan ser una contribución a los debates teóricos en relación a los escenarios donde se manifiesta la conflictividad social contemporánea a partir de una mirada crítica sobre fenómenos de organización, construcción de



identidad y acción colectiva de sectores populares ubicados en la provincia de Mendoza. En otro nivel, aunque tan destacado como el anterior, se apunta a reforzar las vías de comunicación entre los ámbitos académicos y las organizaciones sociales, con la certeza de que el diálogo entre los saberes y las prácticas populares y el registro, sistematización y análisis propios de las ciencias sociales posibilitan puntos de vista creativos y transformadores de la realidad social.

NAZARENO BRAVO  
Editor



# **1** **El barrio como razón de ser y hacer.** La Biblioteca Popular Pablito González, del estigma a la organización.

NAZARENO BRAVO

«No podremos cambiar el mundo,  
pero por lo menos cambiemos el barrio»  
Ariel, integrante de la biblioteca, 2006

*Agradezco a vecinos y vecinas que integran  
la Biblioteca Popular Pablito González por  
permitirme tomar contacto con su experiencia  
y facilitarme el trabajo en el barrio.  
A mi directora, la doctora Estela Fernández  
Nadal, por el acompañamiento constante y la  
transmisión de conocimientos.*

Este capítulo busca ofrecer al lector un análisis de los procesos de participación comunitaria que pueden ser postulados como propios de los sectores populares contemporáneos. Lo que se pretende es señalar la relación que existe entre identidad y acción colectiva, específicamente, los procesos sociales que intervienen en la construcción de un proyecto comunitario encabezado por jóvenes de un barrio estigmatizado.

El texto está estructurado en tres bloques. En un primer apartado se detallan brevemente las características centrales del caso de estudio –la Biblioteca Popular Pablito González– y del escenario donde tiene lugar su acción, el barrio La Gloria. En segundo lugar, se presentan los aspectos teóricos que resultan centrales para desarrollar el estudio. En tanto, en la tercera parte se profundiza el análisis de los procesos que se quiere desentrañar y, finalmente, se ensayan algunas conclusiones.

### ***El caso de estudio: características principales y contexto de acción***

1. En adelante, la Biblioteca Popular Pablito González puede ser referida como BP.

La Biblioteca Popular Pablito González<sup>1</sup> fue fundada el 25 de mayo de 2002 por un grupo de vecinos, en su mayoría jóvenes de entre 20 y 30 años, del barrio La Gloria de Godoy Cruz, en la provincia de Mendoza.

Ya en sus inicios, la BP se planteó como un espacio de participación para la comunidad, trascendiendo ampliamente la función habitual de una biblioteca. Además de ofrecer talleres de guitarra, cerámica, dibujo, murga y teatro, esta se encarga de organizar otras actividades, como festivales de música, encuentros de arte y campa-

mentos. Por lo general, estas actividades son realizadas por vecinos del barrio La Gloria y de otros linderos.

Desde su fundación, la biblioteca funciona en un aula satélite que posee en su patio la Escuela Padre Pedro Arce, del mismo barrio, cedida por la dirección de esta y que tiene unos 20 metros cuadrados, distribuidos en forma rectangular. De esta superficie, aproximadamente unos nueve metros cuadrados de la parte norte del aula están ocupados por los libros (más de 10.000 al momento del trabajo de campo). A la vez, esta aula es utilizada durante el horario de clases como taller de manualidades. Los grandes biblioratos que sirven como organizadores de las tareas de tipo administrativo dan cuenta de más de 1.000 asociados –no todos activos–, en su gran mayoría vecinos del La Gloria, y en menor medida de los barrios aledaños.

Si bien es difícil establecer el número exacto de los integrantes que posee la BP, este puede estimarse entre 15 y 20 personas «fijas», pero puede alcanzar la cifra de 50 colaboradores en algunas épocas, especialmente cuando se aproximan fechas de actividades especiales. En esto tiene mucho que ver la dinámica grupal de la biblioteca: los grupos de murga, por ejemplo, que surgieron a partir de los talleres ofrecidos allí, poseen cierto nivel de independencia, aunque no dejan de ser parte de la BP. Internamente, los integrantes de la biblioteca realizan reuniones en las que las personas más activas se informan, discuten y determinan los pasos a seguir.

Durante los primeros años, la biblioteca no contaba con más figuras legales que la de la personería jurídica, pero en 2005 fue reconocida por la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (Conabip).

Los integrantes de la BP definen el espacio como horizontal y afirman que toman las decisiones por consenso, aunque técnicamente posea una estructura formal (exigida legalmente por la Conabip), conformada por la comisión directiva, el presidente, el secretario y el tesorero.

Los recursos físicos y económicos con que cuenta la biblioteca provienen de dos fuentes principales. Por un lado están los que gestan los propios integrantes a partir de, por ejemplo, la organización de rifas o la venta de empanadas, además del aporte de los vecinos (libros, materiales de construcción, comida para los encuentros de arte, entre otros). Por otra parte están los que le son destinados desde la Conabip (material bibliográfico y algo de dinero). Ninguno de los integrantes de la BP cobra sueldo o retribución alguna por las tareas que desarrolla, y los talleres, festivales, encuentros o campamentos son, sin distinción alguna, gratuitos para el público en general.

El barrio La Gloria se encuentra al sur del Gran Mendoza, en el departamento de Godoy Cruz, y dista unos 15 kilómetros del microcentro. Tiene una población de más de 10.000 personas, las que habitan las 1.400 casas que lo componen, lo que supone un promedio de unos siete ocupantes en viviendas de dos y tres dormitorios. Parte de esta población habitó inicialmente un asentamiento precario en las cercanías del Cerro de La Gloria (de allí el nombre del nuevo complejo habitacional), en la ciudad capital de Mendoza, que fue erradicado meses antes del Mundial de Fútbol de 1978. La decisión del traslado se debió a que su cercanía con el estadio mundialista planteaba un problema para la imagen que el gobierno de facto quería ofrecer, especialmente ante la prensa y los visitantes extranjeros.

Las fallas de planificación, la corrupción y el desinterés hicieron que el nuevo barrio fuera construido violando varios requisitos habitacionales, ya que se erigieron muchas más casas (y más pequeñas) de las inicialmente propuestas y se eliminaron las calles internas, que fueron remplazadas por pasillos angostos que caracterizan la geografía del La Gloria.

Desde su nacimiento, el barrio fue escenario de la puesta en marcha de numerosos proyectos sociales impulsados por el Estado (tanto municipal como provincial o nacional), de instancias de participación promovidas por grupos religiosos y políticos de diversa raigambre e, incluso, de prácticas profesionales de trabajadoras sociales, maestras y demás. En este mismo sentido, la creación de espacios participativos o de integración para los vecinos resultó un aspecto muy difundido, más allá de la calidad y extensión en el tiempo de estos. En paralelo, puede señalarse el proceso de adquisición de un renombre negativo vinculado a la delincuencia y la ilegalidad en términos generales, asunto que se profundizó marcadamente en los últimos años (Bravo, 2008). Ambos aspectos, quedan retratados en las palabras de un funcionario municipal que, al ser consultado por las características del vecindario, indicó:

« Esa zona y el barrio en particular tienen problemas como cualquier otro barrio de esas características, inclusive más allá del departamento (de Godoy Cruz). Pero, al mismo tiempo, tiene particularidades. El barrio tiene una importancia enorme que se basa, fundamentalmente, en su historia. Cuando digo “su historia” estoy pensando tanto en el renombre que fue adquiriendo, por la delincuencia o la violencia, pero también porque siempre tuvo mucha gente que se organizó para distintas cosas. Es un barrio que, a diferencia de otros

**con población similar, posee un alto grado de organización, con varias de esas organizaciones que son muy importantes. [...] Eso lo convierte, también, en un lugar con gran peso político, el partido (político) que “tiene” al barrio de su lado es el que tiene.... no te digo que asegurada la elección, pero... tiene una importancia en este sentido, enorme».**

Entrevista al director de Acción Solidaria de la Municipalidad de Godoy Cruz durante el período analizado.

En definitiva, tanto el renombre que fue adquiriendo el barrio y la existencia de varias organizaciones, ayudan a explicar el interés de parte de un amplio número de organismos, partidos políticos y particulares por desarrollar tareas allí. Como se verá, ambos aspectos son útiles para comprender el caso que se presenta, ya que resultan elementos centrales del escenario donde desarrolla su acción la B.P.

### ***Identidad y acción colectiva: estigmatización, territorialidad y organización barrial***

Antes de iniciar el recorrido analítico del caso de estudio, se realizará una breve referencia a aquellos aspectos teóricos que resultan útiles para la presente investigación, específicamente los vinculados a la temática de la identidad y su relación con la problemática de la acción colectiva.

La noción de identidad como construcción –referida como *posicional* (Hall y DuGay, 1996) o *nominalista* (Dubar, 2000), según algunos de los principales referentes en la materia– es la que se seguirá en este trabajo, ya que permite comprenderla como un proceso dinámico en el que los individuos no son postulados como portadores de una esencia identitaria, sino, en todo caso, como destinatarios activos de atribuciones que son procesadas en la interacción social.

De allí surge la pregunta acerca del modo en que se produce esta construcción, la capacidad de intervención de los diversos actores (ancladas en condiciones de existencia e intereses diversos) y las estrategias que despliegan para imponer su visión al resto.

Esta intervención en el proceso de edificación identitaria está condicionada por los discursos y las prácticas de poderosos agentes o espacios dadores de sentido, como el Estado –a través de sus políticas públicas, la educación o la elaboración de leyes, entre otras–, los



medios de comunicación o, en otro nivel de complejidad, la tradición y la cultura.

Para analizar el proceso de construcción identitaria se distinguen dos niveles analíticos. Por un lado se considera un plano relacional, que permite el análisis de la interacción de los actores con su contexto y de donde se obtiene una suerte de fotografía de las relaciones que se dan en un momento dado entre aquellos y diversos «otros». Es en esta dimensión que las identidades aparecen bajo la impronta de la atribución, es decir, como identidades que son dadas a los sujetos a partir de sus relaciones con otros. En este plano, adquiere especial importancia el carácter conflictivo y desigual de las relaciones sociales, ya que los actos de atribución operan mayormente en un nivel discursivo que adquiere eficacia a partir del poder simbólico de sus enunciadores y de su articulación con el poder material. Pueden mencionarse como ejemplos al Estado y a los medios de comunicación masiva.

En forma complementaria debe tenerse en cuenta un plano biográfico, el cual posibilita el análisis de la trayectoria personal y social de los atribuidos, a fin de dar cuenta de la dinámica de construcción identitaria. En este plano se puede aprehender el proceso de interiorización activa de las distintas atribuciones de parte de los sujetos que participan así de la edificación de una definición identitaria. Será fundamental aquí el acercamiento a los propios sujetos para dar cuenta de los recursos y las características con que cuentan a la hora de procesar activamente las múltiples interpelaciones de (los muchos) «otros», particularmente de aquellos que están en interacción directa con el individuo.

De este modo se pretende poner de manifiesto la relación de retroalimentación existente entre individuo y sociedad en la construcción de la identidad colectiva y superar los planteamientos centrados solo en motivaciones personales o, en el otro extremo, en explicaciones en las cuales lo estructural lo define todo.

La identidad se presenta como una forma de subjetivación constituida en el proceso de socialización en el que se construyen tanto los significados sociales de pertenencia como las categorías a partir de las cuales recrear estos significados.

Desde este punto de vista, la identidad no es otra cosa que el resultado, a la vez estable y provisorio, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural, de los diversos procesos de socialización que conjuntamente construyen los individuos y definen las instituciones sociales». <sup>2</sup> (Dubar, 2000, p. 109).

2. Traducción propia.

Estos aspectos teóricos son centrales para abordar la crisis de los espacios que resultaban útiles para la construcción de identidad. El desarrollo y la profundización de la etapa neoliberal produjo un impacto en las posibilidades de construir niveles colectivos de identificación para los distintos sectores sociales (cfr. Svampa, 2000). Serán los sectores populares los que experimenten de manera más marcada la crisis de los marcos de referencia que habían resultado útiles para construir identidades sociales y políticas, vinculados centralmente al ámbito del trabajo. El pasaje «de la fábrica al barrio» que implicó la interrupción de la principal vía de integración y ciudadanía social vinculada a las relaciones laborales, marca el derrotero por el que grandes sectores de la población tuvieron que transitar y desde donde fue posible, en algunos casos, articular vías de politización novedosas.

Así, la revalorización del territorio «inmediato» (el barrio e inclusive una calle o una esquina de él) aparece como un nudo central para comprender los procesos de construcción de identidad y acción colectiva en la actualidad. ¿Por qué esta «vuelta a lo local»? Varios son los ítems que en forma conjunta ayudan a responder la pregunta. La crisis de la idea de Nación, de la mano con las reestructuraciones de las funciones del Estado acorde a los intereses de los sectores más concentrados de la economía en el marco del denominado neoliberalismo, resulta central al respecto. Así, las políticas de ciudadanía fueron remplazadas por el asistencialismo aplicado en forma focalizada a partir de la descentralización de los recursos nacionales (cfr. Masseti, 2009). Lo local-municipal cobró así una dimensión hasta entonces desconocida y, junto a ello, la importancia de los intermediarios locales-barriales que hacían de nexo entre los vecinos y el Municipio o entre aquellos y cualquier otra fuente de recursos, como en el caso de las ONG nacionales o internacionales. Utilizando una expresión exagerada que debe matizarse, puede decirse que de alguna forma ya «no era necesario» salir del barrio para resolver problemáticas de algún tipo, sino establecer aceitadas vías de comunicación («contactos» personales, en muchos casos más eficientes, según los nuevos parámetros de gestión de lo político) con representantes del Estado o punteros políticos a nivel local, ante la imposibilidad o dificultad de apelar a colectivos con capacidad de representación, resolución de problemas y estructuración de proyectos políticos a largo plazo (partidos y sindicatos).

Lo local adquiere así el status de ámbito «más seguro» (por ser más conocido), pero también, en gran medida, «obligado» para los

sectores populares que, a partir de la polarización social y el debilitamiento de las redes de vinculación interclasistas existentes (sostenidas en el espacio laboral, la educación, las organizaciones políticas y demás), encuentran en el barrio un espacio desde donde se ensayarán respuestas a las urgencias cotidianas que atraviesan.

Si la manera de pensarse como conjunto cambió en forma drástica, la forma de actuar colectivamente debió, necesariamente, modificarse. La pregunta por el lugar que ocupa la identidad en los procesos de movilización y participación puede ser respondida a partir de considerar aquellas propuestas teóricas que resaltan la importancia de la conformación de un nivel colectivo, un «nosotros» que lleve a cabo dicha acción.

«Entre el análisis de los determinantes estructurales y el de las preferencias individuales falta el análisis del nivel intermedio relacionado con los procesos mediante los cuales los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente. [...] Lo que se da por sentado en muchos análisis de la acción colectiva, esto es, la existencia de un actor relativamente unificado, es, en esta perspectiva, un problema que tiene que ser explicado. El fenómeno colectivo es, de hecho, producto de procesos sociales diferenciados, de orientaciones de acción, de elementos de estructura y motivación que pueden ser combinados de maneras distintas. El problema del análisis se centra, de esta forma, en la explicación de cómo esos elementos se combinan y unen, de cómo se forma y se mantiene un actor *colectivo*». (Melucci, 1999, p. 66).

El modo en que un grupo de personas se constituye en colectivo – más allá, inclusive, del formato que adopte su acción conjunta– está vinculado estrechamente a su capacidad de erigir una perspectiva común, un «nosotros». El análisis de la formación del colectivo que desarrolla la acción permite tomar contacto con los procesos en los cuales los involucrados elaboran y negocian significados (sobre sus experiencias pasadas, situación, posibilidades y necesidades) y postulan definiciones (lo que somos, lo que queremos ser) que condicionan su práctica.

La situación actual de los sectores populares señala serias dificultades para pensarse como un colectivo homogéneo del tipo «los trabajadores» o «el pueblo», lo que explica en parte el surgimiento de novedosos «nosotros» desde los que actuar: «desocupados», «piqueteros» o «vecinos»; más atomizados, efímeros y también más dinámicos. Introducirse en ese nivel intermedio abre la puerta para vincular la reconfiguración de la identidad colectiva de los sectores populares con las formas de acción emergentes en tanto procesos sociales. Para ello se tendrán en cuenta los medios con que se cuenta para actuar (experiencias de participación previas, modos de organizarse), el

escenario donde se desarrolla acción (las características del ambiente, el rol de los actores sociales con peso en el mismo, las relaciones que se establecen con aquellos) y los fines de la acción (lo que se busca, los objetivos e intenciones generales). A estos tres elementos analíticos se los puede pensar como un conjunto de vectores interdependientes en estrecha y tirante relación. La forma organizada de la acción es la manera mediante la cual el actor colectivo busca darle una aceptable y duradera unidad a ese sistema, que está continuamente sujeto a tensiones (Melucci, 1999).

Indagar la acción colectiva como producto construido no implica únicamente considerar que lo que se construye es la acción (organizarse, movilizarse, protestar, planificar) sino –y este es el aporte del italiano– el colectivo mismo. La complejidad de la formación del actor colectivo aparece así en el centro de la explicación de la acción desde el momento en que son las relaciones sociales que se producen en un contexto específico las que van a darle un perfil particular.

La centralidad de la construcción del colectivo para el análisis de la acción se refuerza en estudios como el presente, en el que los sujetos son interpelados en forma negativa. La edificación de un nosotros que posibilite la acción –eje central de la propuesta de Melucci– queda condicionada, en este caso, por la capacidad de cuestionar una mirada estigmatizante (hacia el barrio en particular y hacia los sectores populares en general), lo que complejiza la construcción y obliga a disputar significados con diversas y poderosas fuentes de atribución.

### *Estigma y pobreza*

Erving Goffman (1963) propone el concepto de estigma para hacer referencia al caso en que una persona posee un «atributo que lo vuelve menos apreciable, peligroso o débil» (p. 12). En especial, se detiene a analizar diversos testimonios de casos de hombres y mujeres con capacidades físicas limitadas o bloqueadas, tales como no videntes o amputados. Lo que marca la existencia y la significación del estigma en el sujeto en cuestión es, finalmente, la mirada externa. Es decir, la presencia de otros «normales» (sic) que le hacen sentir al estigmatizado su condición, ya sea a través de sus acciones (miradas, comentarios, burlas, evasiones) como a partir de su presencia «normal». Interesa remarcar que el autor aplica el concepto mayormente a rasgos cuya perceptibilidad (p. 64) se da a través de los sentidos, esto es, captados por la vista (fundamentalmente), el oído o el tacto. Es posible señalar al respecto que, aunque parezca paradójico, los sentidos no perciben como diferente todo lo que es «distinto», sino solo

aquellas características que socialmente están establecidas como tales. Esto lleva a pensar en situaciones en las que sujetos que en algunas oportunidades están estigmatizados (por ejemplo, en un paseo por las calles de la ciudad), en otras no lo están (por ejemplo, al interior de una institución que albergue a pacientes con casos similares de dificultad).

Lo que se propone en este marco es considerar un proceso equiparable respecto de la estigmatización de la pobreza. Tal vez, la mayor diferencia que pueda ensayarse en comparación con los estigmatizados a los que hace referencia el intelectual canadiense sea que cuando se trata de estigmas por condición social debe destacarse que esta relación entre «normales» y «diferentes» está imbricada en una relación social desigual más general, propia de una sociedad compleja y asimétrica como la actual. Necesariamente, el surgimiento y sostenimiento del estigma estará vinculado a la visión de un sector de la sociedad que logra imponer (con mayor o menor dificultad, temporariamente y no sin resistencias) sus parámetros de normalidad al resto. Pero aquí el estigma conlleva la postulación de características éticas y morales que hacen que los «diferentes», también sean considerados «peligrosos», «inferiores», «recuperables» o «inacorregibles», según los casos.

Toda clasificación implica un condicionamiento para la comprensión y la acción que se dirija hacia el objeto o sujeto clasificado<sup>3</sup>. Para

el caso que se está analizando, el señalar a alguien como «pobre» –y si se acepta que en la actualidad se trata de un estigma– podría derivar en indiferencia, asistencia o represión, que emergen como soluciones combinables para «tratar» a los estigmatizados.

Lo dicho hasta aquí no impide reconocer que el estigma por condición social no sea una referencia destinada en forma exclusiva a los vecinos del barrio La Gloria, sino que alcanza a toda la población que comparta con estos ciertas características que se tornan centrales para su definición.

Sin embargo, el hecho de que el nombre del barrio sirva como referente o modelo situacional (Van Dijk, 1990) para señalar una condición estigmatizante deriva en una doble estigmatización: la de ser pobre y, en forma complementaria, la de ser vecino del barrio La Gloria. Esto puede ser vinculado con lo planteado por L. Wacquant, quien da cuenta de la existencia de una dinámica espacial que se caracteriza por la concentración y ubicación geográfica –en lugares a los que aparentemente «ya no se puede ir»– y estigmatización –sobre sus residentes– (Wacquant, 2001).

3. Una de las fuentes principales de atribución de una identidad estigmatizante proviene, en este caso, de los medios de comunicación. Un trabajo de recopilación y análisis de contenido de las noticias sobre el barrio La Gloria publicadas en el diario *Los Andes* hasta 2006 puede consultarse en Bravo (2008). Versión on line: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=199016835005>.



Desde 2002, la Biblioteca organiza talleres artísticos, el Festival La Otra Cara de La Gloria y encuentros de teatro popular.

La postulación de zonas «necesitadas» y a la vez peligrosas da lugar a un razonamiento engañoso que deposita en algunos espacios físicos concretos las causas de problemáticas sociales sumamente complejas, como la inseguridad, la violencia o la pobreza. Ello se debe a que de aquella identidad estigmatizante se desprende que la causa principal del carácter marginal del barrio son sus propios vecinos, debido a una supuesta ausencia de valores, incapacidad para progresar o integrarse, falta de voluntad y de movilización o, simplemente, de fortuna.

Pero, más allá de los planteos teóricos, el doble estigma posee efectos concretos en los vecinos, asunto que quedó retratado desde los comienzos del trabajo de campo en las múltiples experiencias de discriminación y marginación cotidiana que surgen cuando se menciona el barrio: dificultades para inscribir a los hijos en la escuela y comentarios o miradas de compañeros de trabajo, posibles empleadores o conquistas amorosas, por mencionar algunas de las formas de rechazo hacia el barrio y sus habitantes.

¿Cómo significan los integrantes de la biblioteca su contexto? ¿Qué rol juega el estigma en la acción de los vecinos organizados? ¿Con qué herramientas se cuenta para actuar? ¿Desde dónde surgen los objetivos que se plantean y de qué modo son trabajados? Y, en general, ¿qué relación existe entre el proceso de construcción de identidad y la forma que adquiere la acción colectiva? Estas son algunas de las preguntas que orientan los apartados que siguen y que buscan aden-

trarse en el análisis del caso. En lo que sigue, se abordará el modo en que aquella atribución identitaria es procesada por los vecinos nucleados en la BP.

### ***Análisis de caso: La Biblioteca Popular Pablito González, organización barrial y estrategias frente al estigma***

El proceso de construcción de identidad colectiva implica un mecanismo de selección y presentación de algunos elementos, situaciones, trayectorias y características que se postulan compartidas por el conjunto y permiten soldar un «nosotros» que suspende (con menor o mayor efectividad) las diferencias internas. Este dispositivo de borramiento de contrastes intravecinales y unificación grupal tiene en el estigma un punto nodal de referencia.

Cuando uno de los entrevistados asegura que es común que la prensa afirme «que somos un barrio conflictivo», pone de manifiesto la dinámica vinculación que existe entre el barrio como referencia mediática para el tratamiento de ciertas problemáticas y sus vecinos, en tanto sujetos aludidos de modo estigmatizante: «somos un barrio» (ya no se trata puramente de un lugar físico, sino de un continente simbólico que incluye a todos los vecinos por igual en un plural abarcador) y «conflictivo» (una caracterización que el otro hace del barrio a partir de una lectura parcial de las acciones de sus residentes).

En principio, es importante destacar que la gran mayoría de las (auto) definiciones se colocan en relación a las atribuciones recibidas. Es decir que resulta por demás dificultoso pensarse sin tener en cuenta lo que aquellos «otros» dicen. Sería viable, sin embargo, distinguir entre posiciones que pueden ser presentadas en referencia con la mirada externa, como independientes, críticas (aceptan parte de la atribución pero buscan comprenderla y/o complementarla) y reproductoras, en tanto reconoce y confirma la postura estigmatizante.

Una definición independiente sirve para realizar una descripción propia que, al no hacer referencia directa a la visión atribuida, se presenta como emancipada de aquella: el barrio se caracteriza por su solidaridad, sus valores, la calidad de su gente o el alto grado de organización. La postura crítica, por su parte, puede encontrarse entre quienes incorporan aspectos de la identidad atribuida para desde allí realizar una mirada propia (en el barrio no solo hay delincuentes o conflictos, sino también gente capaz, trabajadora, estudiosa, orga-

nizada); se trata de una réplica de aquella identidad atribuida, ya que se presentan situaciones o acciones que parecen quedar ocultas o que no son mencionadas sobre el barrio y que, para el grupo de vecinos, también son características.

Finalmente, puede distinguirse una posición que deriva de la aceptación y revitalización del estigma. Allí se ubican vecinos que reproducen el discurso sobre el barrio y quienes usufructúan su mala fama, como en el caso de algunos hinchas de fútbol y de quienes delinquen, para quienes ser del La Gloria supone cierto prestigio en sus respectivas actividades<sup>4</sup>.

Cabe aclarar que estas posturas son distinguidas a partir del análisis pero que en numerosas ocasiones conviven en los discursos sobre el barrio que elaboran sus vecinos. En cambio, de parte de la BP, como se verá posteriormente, pueden reconocerse tanto elementos de una visión independiente como de aquella que complementa la atribución realizada.

Pero, además de las diferentes maneras de relacionarse con una definición estigmatizante, resulta necesario remarcar la importancia que para desentrañar el proceso de construcción de identidad que se analiza posee el par dicotómico adentro/afuera (del barrio). El mismo, emergió reiteradamente a lo largo del trabajo de campo y puede graficarse en las diferencias que existen entre *estar* en el barrio o *pertenecer* a él, *entrar* esporádicamente o vivir allí, etcétera. Si bien el tema de los límites y las fronteras aparece estrechamente vinculado al estudio de las identidades colectivas (cfr. Grimson, 2000), resulta llamativo en este caso, debido a que se trata de una geografía reducida y sin diferencias evidentes con zonas limítrofes o barrios con características edilicias o poblacionales similares.

La rotunda distinción entre el «adentro» (base de la construcción de un nosotros colectivo) y el «afuera» puede ser comprendida a partir de la profundización del proceso de polarización social y de resquebrajamiento de los canales de contacto entre sectores sociales propios de la etapa contemporánea. Tal vez pueda pensarse que de lo que se trata es de un cambio en las formas de relación más que de su extinción definitiva. La centralidad que adquiere aquí la diferenciación entre dentro y fuera del territorio compartido es comprensible ante la necesidad de encontrar certezas que sirvan de base estable para la construcción de identidad. En este contexto, los vecinos entrevistados del barrio La Gloria ubican dentro de su barrio

4. El antropólogo Ariel Gravano realiza una distinción similar para clasificar la opinión de los vecinos de Villa Lugano I y II (Buenos Aires) sobre su barrio. El autor distingue entre imagen positiva (aquella que reivindica al barrio por sus atributos), imagen negativa (aquella que coincide con la mirada externa que ve en esos sitios únicamente delincuencia, vagancia o falta de valores) e imagen crítica (la que admite los contenidos de la imagen negativa para relativizarlos o buscar sus causas) (2003, p. 181-182). Para el caso de estudio, lo que Gravano denomina imagen negativa sobre el barrio estaría prácticamente ausente en la visión de la BP.



una serie de valores, creencias y proyectos que les permiten edificar un tipo particular de identidad (lo que somos, lo que queremos ser). El afuera sirve aquí de antimodelo (lo que no somos, lo que no queremos ser). Puede señalarse, a partir de las entrevistas y el análisis documental, numerosas situaciones que perfilan un «afuera» hostil, engañoso, interesado en asuntos particulares, corrupto y marcadamente estigmatizador. La percepción de que esos «otros» tienen una idea negativa del barrio es vinculada –en gran parte– con que no son de allí, con que no viven *dentro* de él.

Otra de las aristas a considerar para comprender la importancia del par adentro/afuera en la cosmovisión de los vecinos que integran la biblioteca se vincula con aquellas situaciones en que el «afuera» *entra* al barrio. En esta línea deberán tenerse en cuenta una larga lista de proyectos estatales, partidarios, políticos o culturales que han logrado o intentan asentarse en ese territorio. A partir de un breve repaso por los espacios participativos por los que transitaban los integrantes de la BP antes de su surgimiento, se busca tomar contacto con elementos que colaboran en la edificación del «afuera» y de las características centrales de aquel. En paralelo, se intentará mostrar cómo el modo de procesar esas experiencias –además de construir esa visión del afuera– tiene un correlato efectivo en el surgimiento de una nueva organización.

*Surgimiento de la organización barrial y edificación de un colectivo de identificación; de la Comisión Fantasma a la Biblioteca Popular Pablito González*

Las experiencias previas de participación o contacto con espacios colectivos pueden ser pensadas como redes de reclutamiento (Kornhauser, 1959, citado en Melucci, 1999) en tanto sirven de base para desarrollar, posteriormente, un espacio propio como la BP. Además de las instancias formales de organización –en las que los proyectos de «afuera» cumplen un rol importante–, se tendrán en cuenta en este punto aquellas relaciones de vecindad que pueden colaborar en la comprensión del fenómeno. El hecho de haber compartido el tiempo libre en un ámbito común parece ser fundamental para reconocer algunas de las características que adopta la organización. Si se recuerda que el barrio fue inaugurado en 1978, se podrá graficar que los integrantes del grupo –que hoy superan los 30 años de edad– se criaron juntos. Es decir, existen vínculos de amistad o al menos de vecindad que anteceden en mucho la formación de la organización. En particular, el haber compartido durante años «la



Al momento del trabajo de campo, la biblioteca ofrecía más de diez mil títulos, mayormente donados por los propios vecinos.

esquina» (espacio físico que adquiere gran importancia simbólica en el imaginario barrial pero que sobre todo resulta útil como espacio de socialización y uso del tiempo libre para los jóvenes) se convierte en un asunto a tener en cuenta.

«**Había un grupo de gente, de amigos, que nos juntábamos a esquinear por allá [señala]. Ahí tocábamos la guitarra, ya se había armado [la banda de rock integrada por jóvenes del barrio] Placenta<sup>5</sup>, organizábamos partidos, se tomaba cerveza... Se esquineaba, bah. Y, bueno, como te imaginarás, no éramos bien vistos. Aunque trabajáramos y todo, pero estábamos ahí, jodiendo a los vecinos, chamuyendo a los que pasaban... “Cementerio de chapitas” le pusimos a ese lugar, porque cada cerveza que destapábamos, pum, hundíamos la tapa en la tierra... “Cementerio de chapitas».**

Walter, 2005.

5. El barrio cuenta con muchos grupos de rock y de estilos musicales derivados, formados por jóvenes vecinos: Placenta, Raza Indígena, Nyahbingi y Roña, entre otros.

Sin embargo, el grupo de amigos y, sobre todo, las bandas de rock que algunos de ellos integran comenzaron a ser convocados por organizaciones del barrio en diversas oportunidades para realizar actuaciones en festivales solidarios. En el transcurso de 1999, a partir de una iniciativa propia, «*por las ganas de tocar que teníamos*», el grupo de jóvenes se propone organizar un festival «*para el barrio*». Como parte de las tareas de organización, entran en contacto con referentes barriales y funcionarios de la Municipalidad de Godoy Cruz.

Las entrevistas dan cuenta del surgimiento en esta época de situaciones que cobrarán importancia en el futuro, vinculadas a los modos de llevar a cabo y caracterizar el trabajo colectivo.



**Nos habíamos organizado haciendo un festival con la intencionalidad de querer colaborar con el barrio. En ese momento...**

**Bueno, no estaban tan claras las cosas y recurrimos a gente de la Municipalidad, de Juventud del Municipio. Ellos habían conseguido el sonido y la publicidad. Entonces logramos poner al padre Contreras a la cabeza de esto, para decir “bueno, lo que vamos a juntar es a beneficio del comedor”. Y la Municipalidad, de paso, buscaba congraciarse con estos sectores, con el padre Contreras. Entonces, bueno, confiados en que en realidad era un aporte nuestro, como parte de la comunidad hacia la misma comunidad... Hasta que aparecieron las publicidades. Leíamos los panfletitos, los carteles, y aparecía el nombre de la Municipalidad y del padre Contreras, y nosotros no y... Entonces eso generó mucha bronca, ¿viste? Como que siempre los políticos... te usan, digamos, te dicen “hacelo, hacelo, te conseguimos las cosas”, y después el que aparece es el político... Y siempre lo mismo, siempre lo mismo. ¿Viste cómo es?».**

Leonardo, 2006.

Como se ve, la «gota que rebalsó el vaso» se vincula con la distribución en el barrio de folletería firmada exclusivamente por una secretaria del Municipio y por el representante de la Iglesia, asunto que, según los entrevistados, no estaba pautado con antelación. De allí surge la idea de hacer algo en forma independiente, *«sin la firma de nadie, que sea del barrio... ¡y listo!»*, iniciativa que dará un fuerte impulso al proceso de creación de la BP.

Si bien aquel festival es el «hecho desencadenante» más citado por los entrevistados, cuando se los consulta por los inicios de la BP aparecen también otro tipo de situaciones procesadas de modo similar, vinculadas a la acción de punteros, políticos y organizaciones de diversa extracción, pero que en todos los casos «vienen y se van», «pasan las elecciones y si te he visto no me acuerdo» o «dejaron colgados a todos los pibes... sin ninguna explicación». Tanto la malograda experiencia del festival como las expectativas truncas de aquellos proyectos *hacia* el barrio (fundamentalmente talleres de arte, murga y teatro) resultan una base desde la cual comienza a pergeñarse la idea de «organizar cosas, pero solos». Para esto se conforma

un grupo que convoca a otros vecinos, cuyo nombre sintetiza gran parte de las expectativas y la forma de trabajo a la que se apuesta.

« Pero quedó la idea de armar algo con más continuidad. De ahí surge la Comisión Fantasma. ¿Qué era esto? Una respuesta a lo que pasó con lo del festival y los afiches: “No queremos que firme nadie”. ¿Quién lo organizó? Nadie, eran todos “fantasmas”, pero se organizó. Esa fue la idea, y de ahí, bueno... con todos los aportes de los vecinos se consigue el sonido, se consiguen las bandas, se consigue el patio de la escuela... Las bandas traen lo que van pudiendo también, ¿viste? Y empezamos a organizar el primer festival La Otra Cara de La Gloria. Luego, finalizado ese festival, seguimos con la intencionalidad de darle continuidad, que no se cortara como todo».

Santiago, 2005.

De este modo, la Comisión Fantasma logra ampliar la convocatoria a otros sectores –en su mayoría, gente joven–, que si bien proviene de otras experiencias, comparte en principio las expectativas y acepta la forma de organizarse que se estaba gestando. Además del grupo de la esquina y de la murga como redes de reclutamiento que confluyen en la génesis de un espacio propio –la Comisión Fantasma–, debe mencionarse una tercera vertiente, que se vincula con aquellas vecinas que están implicadas en «tareas sociales», entre las que se encuentran la mayoría de las mujeres que participan en la BP y que habían desarrollado actividades de apoyo escolar o talleres de distintas disciplinas, como cerámica, pintura o dibujo. Parte de este trabajo se realizaba en el marco de la contraprestación que exigía el Municipio a cambio de subsidios como el Plan Jefas de Hogar u otros similares.

La revisión de la experiencia previa de participación de los integrantes de la BP permite dirigir la atención, en primer lugar, hacia aquellos ámbitos de asociación de quienes transitan por diversos tipos de vivencias comunitarias (ancladas todas en la cotidianidad de la pobreza) con un denominador compartido: su vinculación –las más de las veces considerada conflictiva o perjudicial– con proyectos desarrollados en el barrio. Aquí es posible reconocer una serie de elementos que irán moldeando una visión particular sobre el «afuera» cuando se acerca a los vecinos y, por oposición, las características que el trabajo comunitario debería poseer en la práctica.

Respecto de la emergencia de un nivel grupal de identificación, debe señalarse que, especialmente en esta fase, anterior a la for-

mación de la BP como tal, una parte importante de sus integrantes –quienes «esquineaban»– se sienten interpelados por la opinión de otros vecinos que los califican despectivamente (borrachos, drogadictos, delincuentes o vagos). El «nosotros» queda, hasta este momento, construido por oposición a los adultos del barrio, quienes los critican o repudian. Es un «nosotros, los de la esquina» que va confluyendo con «los de las bandas», «los de la murga», «los de los planes» y que derivan en un espacio común. Si bien se trata de un nosotros aún desagregado, esta etapa es reiteradamente destacada en lo que podría ser leído como un acto de autorreivindicación: nadie tenía mayores expectativas sobre el grupo de amigos que se reunía –como tantos– en una de las esquinas del barrio a tocar la guitarra, tomar cerveza o practicar murga.

A partir de ese momento se inicia un proceso que, más allá de momentos de conflictividad entre vecinos, se caracteriza por la paulatina pérdida de aquella «mala fama» y la obtención de cierto grado de reconocimiento para el grupo de jóvenes de parte de los vecinos y del resto de las organizaciones barriales. Como se verá, serán estas agrupaciones –de tipo tradicional, en el sentido de los vínculos que mantienen con el Municipio, los partidos o los punteros– las que pasarán a ser ese «otro» que sirve de referente-opositor para el grupo, señalando una nueva etapa en la conformación de la identidad grupal.

La idea de sostener un trabajo colectivo independiente refuerza la necesidad de algún tipo de organización que permita su continuidad. Algunos hechos fortuitos (como fue la donación de libros en desuso) ayudaron a definir el perfil de la nueva organización como biblioteca, aunque desde un principio se apunta a una variedad de actividades que trascienden el préstamo de libros.

«**Entonces, cuando decidimos esto, dijimos “bueno, están los libros, también vamos a ofrecer talleres, pero con la finalidad de empezar a formar y a formarnos nosotros en algo nuevo y hacer de la comunidad del barrio La Gloria una cuestión nueva”. Hasta acá, los políticos siempre nos han forreado, hasta acá no tenemos la posibilidad de un espacio concreto, real de participación... No hay en la comunidad un espacio de participación cierto. La idea de la biblioteca es unificar, es contribuir a un proyecto de comunidad distinto al que había hasta ahora, que ofrezca la posibilidad de participación... Digamos, de democratizar y de hacer más accesible al vecino el poder opinar, poder decidir sobre su futuro. La cosa es esa, la cosa es**

vernos distintos, poder mirarnos diferente. Que no sea una cuestión de juntarse una vez al año o cuando tengamos ganas, sino de poder laburar y construir un espacio que se sostenga en el tiempo, que nos dé la posibilidad de participar en la vida de la comunidad».

Claudia, 2006.

La decisión de emprender un proyecto más estable y acorde a una serie de pautas específicas encuentra en la definición del nombre y la fecha de inauguración de la biblioteca íconos significativos para el análisis de caso que se realiza.

« Después había que tener un nombre, un nombre que nos identificara. Teníamos la idea, los libros, las ganas de inaugurar, pero no teníamos nombre. Nos juntamos a ver eso... Unos habían propuesto Biblioteca Saber, me acuerdo, cada una de las letras significaba algo. La S era sabiduría, la E no me acuerdo... Pero no nos terminaba de cerrar, era como que nadie quería un nombre así... Y cuando salió Pablito González<sup>6</sup> dijimos “este es el nombre, este es el nombre para la biblioteca”. Porque Pablito significaba decir cuántos pibes hay que se mueren y pasan inadvertidos y a nadie le interesa nada, digamos. Acá, un montón de pibes mueren en el cruce del Acceso Sur, por cruzar la calle, como perros. Se quería buscar a una persona que fuera representativa en relación a lo cultural y lo artístico en el barrio. Que tiene que ver con lo que fue Pablito González, que era el chico de la murga. Y, bueno, se acordó esto, aparte, porque en la biblioteca también participaban sus hermanos, estaban sus hermanos, la mamá, que estaba muy mal también en esa época, porque tampoco tenía ninguna respuesta de la Justicia. Pasaron muchos años... qué sé yo. Y la respuesta que le dieron tampoco fue muy satisfactoria para ellos. En fin... Hacemos la inauguración, donde participan todas las bandas de rock y que, además, tuvo un montón de condimentos muy emotivos, porque fuimos y hablaron los padres de Pablito, porque habíamos elegido el nombre del hijito de ellos... Y elegimos 25 de mayo porque... digamos que era una fecha patria, significaba varias cosas, ¿no? Significaba, de alguna manera, una fecha revolucionaria en el sentido de que se había roto con los intereses imperiales de España y todo eso. Entonces fue... nos cabía

6. Pablo González era un joven de 13 años vecino del barrio La Gloria. Asistía al colegio de Bellas Artes en la Ciudad de Mendoza. Junto a sus hermanos participó desde sus inicios en la murga Los Gloriosos Intocables, una de las primeras y más renombradas de la provincia. Aunque no todos siguieron participando en dicha murga, siempre estuvieron vinculados a esa actividad. El 18 de diciembre de 1999, Pablo González participaba junto a otros murgueros en un encuentro artístico en Rivadavia, departamento del Este mendocino. Mientras esperaban a un costado del camino que una *traffic* los viniera a buscar, un auto conducido por Carlos Diego Barossi los atropelló y luego huyó. Catorce jóvenes resultaron heridos y cuatro murieron (Pablito González, Exequiel Ursúa, Daniel Gómez y Pedro Ojeda). Desde ese momento, familiares y amigos comenzaron a recorrer los caminos burocráticos de la Justicia. En 2004, Barossi fue condenado a tres años de prisión en suspenso (no efectiva) y a siete de inhabilitación para conducir.

**mejor eso, porque habíamos pensado en el 1 de mayo... Pero después no... No. Pensamos que era mucho mejor hacerlo el 25 de mayo, por esta cuestión de que tenía que ver con una instancia de ruptura con algo y nosotros queríamos romper con esto, digamos, con las mentiras de los partidos políticos, que todos los años se instalan en la comunidad y no hacen más que engañar a la gente. Entonces, bueno..., pusimos como fecha el 25 de mayo y empezamos».**

Walter, 2005.

La reformulación en el nombre del grupo de vecinos –de Comisión Fantasma a Pablito González– resulta útil para dar cuenta de los procesos que intervienen en la elaboración de una identidad colectiva particular. Si lo que se buscaba en un momento era cuestionar la apropiación de parte de particulares (organizaciones, partidos, oficinas municipales) de esfuerzos colectivos («¿Quién lo hizo? Nadie, un fantasma») dirigidos a la comunidad, en una nueva etapa, la adopción de un nombre y un apellido se asienta en la necesidad de darle contenido a aquella acción conjunta. Si bien la denominación Pablito González aparece soldando una identidad grupal más específica, el discurso y la práctica de la nueva organización refuerza concepciones de la Comisión Fantasma y ensaya nuevos significados para la participación barrial. Pero también la elección del día de inauguración de la BP puede aportar elementos que se inscriben en la perspectiva que elabora la biblioteca. El simbolismo que posee el hecho de descartar el Día del Trabajador como fecha de presentación en sociedad resulta representativo del hiato producido en las últimas décadas entre las clases populares y el espacio laboral como dador de sentido y aglutinador de proyectos. Difícilmente ese día sea considerado significativo o paradigmático de la cotidianidad de los sectores más castigados por el desempleo y la flexibilización laboral (en su punto histórico más alto al momento de la inauguración). De allí que la elección del 25 de mayo como día de «ruptura» parezca apropiada para el mensaje que se quiere difundir y más acorde a los preceptos que guían la acción de los vecinos organizados.

*El escenario de la acción colectiva, relación con otras organizaciones, militantes y el Estado*

Como se recordará, una de las particularidades que posee el escenario donde desarrolla su acción la BP se vincula con la profusa presencia de organizaciones sociales y estatales y su importancia

como lugar de militancia para partidos políticos. La visión de la BP como colectivo puede ser enmarcada a partir de la relación que sus integrantes establecen (antes y después de su conformación) con ese escenario y la búsqueda de un perfil particular, libre de algunas prácticas consideradas negativas. Tanto las vinculaciones que se establecen con otras organizaciones como las vías de contacto con el Estado y la militancia política resultan elementos importantes para enmarcar un análisis del tipo de organización que se construye cotidianamente.

Respecto de las vinculaciones con otras entidades barriales, debe decirse que son más bien ocasionales –en algunos casos, de colaboración coordinada–, cuando no nulas. En gran medida, de lo que depende el tipo de relación que se establece es, según los entrevistados, de la «forma de trabajo», en la que confluyen los objetivos o intenciones que se plantean las otras organizaciones, su génesis (vinculada a un partido, a un proyecto municipal o autónoma) y, con especial relevancia, la fuente de recursos. El peso que poseen muchas de esas organizaciones facilita al Estado el contacto con los vecinos. Los distintos grupos de trabajo barrial resultan así una puerta de ingreso para que las políticas estatales «entren» al barrio.

«Ahí, en las organizaciones, es donde nosotros vemos que los partidos, los punteros, han ido buscándole la vuelta para meterse al barrio. Ellos, desde ahí, hacen la suya, y nosotros no queremos» (Antonio, 2006). Si a esto le sumamos aquella sentencia que rezaba que «el partido que tiene al barrio tiene casi asegurada la elección» realizada por un funcionario, se comprenderá mejor la importancia que posee el La Gloria y cómo esto deriva en intentos permanentes de sumar a sus vecinos a proyectos o propuestas de diversa índole.

En la misma línea, el querer «colgar banderas por todos lados» («también nos juntamos con los de la iglesia del otro barrio, pero no dio. Querían colgar banderas por todos lados» –Antonio, 2006–) hace referencia a una crítica reiterada de parte de los integrantes de la biblioteca hacia el resto de las organizaciones y que gira en torno a lo que se consideran intentos de obtener rédito de actividades que son organizadas por muchos actores pero que, sobre todo, son para el barrio (y no para «juntar unos votitos» o «hacerle el juego al Municipio»). Las diferencias se profundizan si se toman en cuenta los modos de obtener recursos. La apelación a instancias como el Estado o fundaciones son avizoradas como algo negativo y totalmente contrastante con el trabajo «de base» que plantea la BP. Es decir que la manera de gestionar y utilizar recursos es considerada una variable definitoria para establecer instancias de coordinación.



Como se anticipó, en forma paulatina, el «otro» significativo para los entrevistados va a ser encarnado por organizaciones e instituciones con trabajo en el mismo barrio. Desde este momento se perfilan claramente los ejes que irán marcando las diferencias con aquellos «otros» (organizaciones con trabajo en el barrio) y que resultan útiles para la postulación de un «nosotros grupal» más sólido (miembros de la BP). Solo una vez que se encuentra conformada la biblioteca se termina de soldar una visión de las características que se realiza sobre gran parte de las organizaciones («*politizadas*», «*trabajan para ellos mismos y no para la comunidad*», «*están detrás del billete*», etcétera).

En este marco, será comprensible la búsqueda de algún modo de organización que se aleje de todo lo criticado por sus integrantes. Es decir, los primeros tiempos de la organización como tal resultan de fundamental importancia para comprender las formas que adquiere y los «valores» que defiende, lo que puede *leerse* en los modos de entender el trabajo barrial, la participación en política o la visión sobre los jóvenes y las *esquinas*, entre otros.

Por su parte, pueden ubicarse en este apartado las referencias sobre la militancia partidaria, que, más allá de su color político, para los miembros de la BP no resulta muy dificultoso unificarlas bajo el rótulo de «la política».



**Siempre los que vienen por política han sido repelidos. Una vez había una chica que estaba con una de las listas en una interna, una amiga nuestra, entonces dice... “bueno, che, ¿vos querés que te pasemos a buscar el domingo para ir a votar?”. Y les estaba preguntando eso a los chicos que estaban participando en los talleres. Entonces le digo: “Mirá, esto hacelo en tu casa o hacelo después de las 21, cuando cierra la biblioteca. Hacelo, pero acá no. Acá en la biblioteca no se puede, como no se puede fumar, no se puede tomar alcohol, como no se puede fumar marihuana, acá tampoco se permite la actividad partidaria”. Ha venido gente de todos los sectores, de todos los colores políticos que te puedas imaginar. Esto nos ha traído discusión».**

Mariela, 2006.

Otro de los modos que punteros y políticos en general han encontrado para acercarse a la BP es el de ofrecer materiales o facilitar trámites. Este asunto es inmediatamente vinculado por sus miembros con intereses particulares y no con lo que se postula como «verdaderas ganas de hacer cosas por el barrio». De allí su rechazo, liso y llano.

La contratación de la murga para animar un acto o la tarea de reclutamiento de votantes mencionada anteriormente resultan ejemplos de cómo «la política» ensucia y provoca debates ajenos al interior de la BP. Pero no son solo aquellos intentos de parte de militantes o partidos por establecer un vínculo con la biblioteca lo que tienen en mente sus integrantes para caracterizar a «la política». La inconstancia de los proyectos o su emergencia en épocas eleccionarias también son aspectos referidos en reiteradas oportunidades.

«**Mirá, nosotros partimos con este discurso, partimos con el mismo discurso, y por suerte está y se sigue manteniendo y se sigue comunicando. Han querido meterse [los políticos] de mil maneras y no han podido. Porque como que en alguna medida hay un anticuerpo creado a través de la biblioteca, entonces les salen todos al cruce, y la verdad, les es muy difícil hacer algo. Tal vez haya gente que se confunde, que de alguna manera se siente atraída por ese tipo de propuestas, pero después vuelve. Porque la biblioteca sigue, la biblioteca no tiene estas contradicciones coyunturales, el tema de las elecciones... Lo que yo puedo ver en mi experiencia en el barrio es que todas las coyunturas políticas, en todas las épocas de elecciones, llevan a que después no puedas sostener el discurso en el tiempo. Nosotros no queremos estar vacilando y no queremos estar cambiando el discurso. Y, hasta acá, hace muchos años que lo mantenemos, y hemos pasado varias coyunturas, y todas las coyunturas se presentan distintas y en todas los partidos políticos van buscando distintas maneras de llegar a la comunidad, porque lo que ellos buscan es el voto, no el laburo concreto, que es el que se hace todo los días, eso es lo que es más difícil. ¿Por qué? Qué sé yo... Por cuestiones de fondo, por cuestiones de falta de convencimiento y porque les conviene tal vez que las comunidades no salgan adelante. Este... Esas idas y venidas se traducen en desorganización, en desmovilización en los barrios, en descreimiento, en que la gente no se sienta con ganas ni con fuerza para participar».**

Santiago, 2005

La «coyuntura de las elecciones» resulta ser una constante cíclica que enturbia el panorama barrial y se convierte en una prueba fehaciente del predominio de un interés personal de parte del «político» sobre los intereses generales de la comunidad, que son los que la biblioteca busca defender. Que se inicien proyectos o se realicen promesas que luego no tienen continuidad en el tiempo o no se concreten nunca



La Biblioteca Pablito González tomó su nombre de un joven vecino murguero fallecido trágicamente.

provoca, para los entrevistados, desconfianza en la participación, el acostumbramiento a formas de asistencialismo («le dan leche, le dan comida, le dan, le dan todo y después se borran») y la desmovilización vecinal.

Finalmente, para completar la revisión de aquellas situaciones y actores sociales que dan forma al escenario en el que se desenvuelve la BP, se puede hacer referencia a las definiciones que existen sobre el Estado y las relaciones que con este se establecen.

Debe destacarse, en primer lugar, que las referencias al Estado surgidas en el trabajo de campo se dirigen, casi en forma exclusiva, a lo que podría considerarse como el Estado inmediato, esto es, el Municipio y aquellas entidades vinculadas a él con sede en el propio barrio. El Estado sobre el que se hace mención es el que se encuentra «más cercano» o visible en la geografía barrial, aunque esto no implique el desconocimiento de la existencia de instancias provinciales o nacionales, sino más bien que «lo que importa» es el nivel local de lo estatal. El hecho de que sea el Municipio el que contrata a las trabajadoras sociales, gestiona los insumos para los comedores o controle el cumplimiento de las contraprestaciones de los planes asistenciales resulta un elemento de importancia para comprender esta caracterización.

La actuación de los funcionarios y empleados estatales que desarrollan una actividad directamente relacionada con el barrio adquiere aquí un peso central en la definición. Podrá graficarse esto

postulando que el Estado que sirve de referente es el que genera instancias más visibles para los vecinos. Con este Estado inmediato se establecen relaciones cotidianas de diverso tipo: rechazo, crítica, aceptación, coordinación o reclamo. Estas relaciones dependen del contacto cara a cara con los representantes estatales, lo que redundaría en una «personalización» de las vinculaciones con lo estatal, permitiendo entablar buenas conexiones con unos y repudiar a otros, criticar al Estado por su corrupción e ineficiencia y aceptar financiamiento de uno de sus organismos, siempre y cuando se respeten ciertas pautas. Como se intentará demostrar, este asunto no responde a una estrategia declarada ni a contradicciones internas (aunque en muchas oportunidades se manifiesten como tales). Antes que eso, parece producto de la dificultad de «escapar» de un Estado que, en esta etapa y para los sectores populares, lejos de achicarse, parece haberse multiplicado, o al menos haber extendido sus redes a todas las áreas de la vida cotidiana.

- ◀ —¿Y con el Municipio, cómo se llevan?
- ◀ —No hay definición sobre el tema de relaciones con la Municipalidad, hay distintas visiones... Algunos somos más cerrados y las rechazamos, otros tranzas más... Depende de los casos, ¿viste? Nosotros no les pedimos nada de nada, porque sabemos que después ellos se suben a lo que hagamos y terminan cambiando la bocha.
- ¿Pero a quiénes te referís?
- Y... Municipio, Juventud, Acción Solidaria... Qué sé yo... Todos esos. Ya nos pasó. Armamos todo y después caen con un banderón con el logo de ellos y resulta que lo que les pediste es que te presten una tarima por dos horas...

Que sea posible «aprovecharse» de la situación en que viven los vecinos del barrio es otra de las imputaciones más frecuentes cuando se abordan las relaciones con instancias estatales de distinto grado. Según se desprende del trabajo de campo, al caso de las maestras (que quedará retratado en la siguiente cita) deberían sumarse el de los enfermeros y los trabajadores sociales.

- ◀ **Mirá vos hasta dónde llega el interés sobre el barrio La Gloria, que algunas lo toman por un lado. “¡Uh, La Gloria, el bicho raro, qué peligroso!”. Y por otro vienen maestras recién recibidas a hacer su carrera acá, para que les den un puntaje más alto. Porque como es**

**zona roja, les dan puntaje más alto, entonces, para cobrar más y para que en dos años les den traslado a la escuela que a ellas les convenga. Entonces, por eso te digo, La Gloria vende, de un lado del otro, vende. Entonces esos son los valores que se manejan. Las mismas maestras no les enseñan a los pibes a cuidar la escuela, no les enseñan por qué la tienen que cuidar, porque ni a ellas les interesa... ¡imaginate! Hay muy pocas maestras que se han quedado en el laburo real, y poner huevo y decir “a estos pibes los vamos a sacar en serio”. Hay muy pocas, hay algunas que sí, pero la mayoría no, ¿viste?».**

Ramiro, 2006.<sup>7</sup>

7. Aunque estas afirmaciones podrían carecer de un fundamento sólido o ser demasiado duras o injustas, hay que señalar que en las entrevistas realizadas a funcionarios públicos, algunas de ellas resultaron confirmadas en algún sentido: «Seguramente habrá maestras, médicos o trabajadoras sociales que toman su paso por el barrio como algo temporario, que les da cierta legitimidad pero que realmente no les interesa hacer algo ahí. Eso pasa... y es muy difícil de controlar».

En definitiva, a lo largo del trabajo de campo emergieron apreciaciones (sobre hechos, actitudes personales, métodos de trabajo, modos de obtener y manejar recursos y demás) que han ido conformando una opinión negativa sobre quienes realizan algún tipo de intervención en el barrio. Aquellas características repudiadas pueden ser agrupadas bajo el mote de «la política», particularidad de quienes solo buscan rédito para sí y/o para su agrupación, organización o dependencia. Esto explica en buena medida que «la política» sea ubicada por los miembros de la BP no solo en la militancia política o la acción del Estado, sino también en las organizaciones sociales con labor en el barrio. Es en la crítica hacia estas y en el señalamiento de las características que las mismas poseen (y que dificultan un trabajo conjunto) donde surge un claro contraste respecto de modos de obtener recursos, formas de organizarse internamente o definir el tipo de relaciones con partidos políticos o instancias estatales. Pero también es necesario observar que el hecho de cobrar para participar en un taller artístico, firmar un panfleto o embanderar un escenario es ubicado como ejemplo claro de maneras rechazables de llevar a cabo el trabajo barrial. De fondo, lo que parece criticarse no son tales decisiones en sí, sino una lógica de intervención que se considera estrechamente emparentada con la que llevan a cabo punteros, partidos políticos y Estado. «La política», entonces, no es algo que siempre pueda observarse a simple vista, sino que resulta una matriz compartida por gran cantidad de actores, individuales y colectivos, que –según la visión de la BP– restringe el rol de la comunidad al de un medio para obtener bienes (materiales, económicos) y recursos (políticos, sociales). Esta matriz común es la que permite unificar en un mismo conjunto a individuos, agrupa-

ciones de la sociedad civil, militantes sociales, empleados públicos, políticos e instancias estatales bajo un mismo techo.

Vista así, «la política» es un concepto que resulta útil a los integrantes de la BP para resumir todo aquello que como organización critican. En definitiva, «la política» se convierte en el más evidente contraejemplo de lo que la biblioteca quiere para la comunidad. Este rechazo lleva a buscar formas de posicionarse ante sus personeros y desarrollar formas de organización y participación que se diferencien de aquella. De modo directo, «la política» sirve para reforzar aquella identidad grupal que fue construyéndose al calor de las experiencias de participación previas a la BP y que cobrara un estadio más claro una vez conformada.

### *Modo de organización, prácticas y discursos; los fines de la acción puestos en práctica*

Los asuntos que se han planteado buscan servir de marco de referencia para comprender, en definitiva, el tipo de acción colectiva que desarrolla la BP y los parámetros desde donde es significada por sus integrantes.

Desde el inicio del trabajo de campo, las palabras «horizontalidad» (aplicada a la forma general de organización) y «consenso» (para la toma de decisiones) surgían frecuentemente en boca de los entrevistados y en las observaciones de campo. Los estudios sobre movimientos sociales o sobre formas actuales de organización dan cuenta de la preferencia de los actores por adoptar un modo de organización interna que busca ampliar la democratización en la toma de decisiones y los posicionamientos. La proliferación de organizaciones que se definen horizontales ha llevado muchas veces a su equiparación directa con la idea de mayor democracia o participación amplia. De todos modos, resulta importante preguntarse por la forma en que tales postulados se llevan a la práctica, asunto que, curiosamente, es dejado de lado en muchos trabajos dedicados al tema.

Resulta entonces oportuno preguntarse qué horizontalidad, qué consenso. En efecto, caracterizar la organización como horizontal y optar por la toma consensuada de decisiones puede ser enmarcado en la necesidad de no estructurar la biblioteca alrededor de un liderazgo unipersonal y alejarse de aquellas experiencias barriales que son vinculadas al verticalismo.



**—¿Y hay instancias en las que se pueda discutir si vos no estás de acuerdo con algo?**

**—Todo, en realidad, todo. Porque ese grupo estable no es eterno,**

**cualquiera puede ir a plantear que está todo mal y revisar todo. En general, no pasa, porque el que no viene mucho, medio que queda flojo criticar así, pero... a veces pasa que nos ponemos a revisar todo. Todo lo que hicimos y ver qué se hace para adelante. La idea es esa. El tema del consenso ha sido así siempre. O sea, con procesos muy difíciles vividos, momentos de, digamos, flaquezas muy grandes en cuanto al estar o a la participación, el consenso se ha logrado sostener. En diferencias también que hayan tenido entre las personas que lo componen, pero siempre se ha tenido la actitud de discutir todos los temas y de modificar todo, todo el tiempo. También surgió que uno solo no estuviera de acuerdo, pero todos los demás sí, y no es una cuestión de votar, «somos uno, dos, tres, tantos a favor y tantos en contra», sino que se tiene que lograr un consenso tal que a todos les parezca adecuado. Se tiene que ceder, si hay equivocaciones, la equivocación es de todos.**

Ramiro, 2006.

El planteo de horizontalidad y consenso emerge como una voluntad común de los participantes (especialmente entre quienes iniciaron la experiencia, ya que aquellos que se sumaron luego la adoptan de manera más natural), en contraposición con las formas (conocidas por ellos) que adoptan las organizaciones con presencia en el La Gloria. Esta decisión es en sí misma un claro mensaje de posicionamiento al interior del escenario barrial y una forma de expresar la necesidad de un modo de participación comunitaria particular. No parece pertinente buscar allí intentos de «ponerse a la moda» de las nuevas formas de organización o intencionalidades subyacentes. Aunque parezca innecesario decirlo, la horizontalidad no implica la eliminación de liderazgos y mucho menos de conflictos. La búsqueda de «horizontalidades absolutas» parece no tener mucho asidero en el dificultoso panorama en que actúan muchos de los colectivos en la actualidad. Tal vez resulte más apropiado aproximarse al tema de la horizontalidad a partir de comprenderla como un proceso en marcha, es decir, más que de horizontalidad en estado puro, se trataría de su búsqueda.

En este sentido, es necesario destacar que la definición de organización horizontal acarrea en la práctica ciertas dificultades para el colectivo. Si la acción y organización no dependen de una cabeza única (ya se trate de sujetos o comisiones directivas), la necesidad de compromiso personal con la organización –con sus objetivos, sus modos de llevarlos a cabo y demás– de parte de cada uno de los

miembros salta a la vista. Al mismo tiempo, cada integrante deberá poseer cierto nivel de información y contar con posibilidades reales de participación, es decir, debe permitírsele actuar, hablar y/o disentir con cualquiera de los miembros restantes.

En muchas oportunidades se ha podido observar, en el caso que se estudia, que una parte importante de las decisiones se deja en manos de algunos de los miembros de la organización, por lo general, basándose en la confianza hacia los mismos, la necesidad de resolver algo sobre la marcha o también por cierto desinterés en tratar algunos temas específicos, por ejemplo, los vinculados a asuntos burocráticos. Es decir que la horizontalidad y el consenso no siempre implican mayor participación, sino que a veces deriva en ausencia de responsabilidades concretas. De todas formas, también debe reconocerse que en la práctica cotidiana de la BP no se perciben inconvenientes respecto de decisiones unipersonales o algún tipo de autoritarismo, que son, en todo caso, los aspectos que se busca rechazar.

La manera de organizar la acción puede ser leída como el resultado de significar experiencias de participación mediante las que se cuestionan y rechazan formas de establecer relaciones entre pares.

Si la búsqueda de evitar a «los figurones que bajan línea» sirve para vislumbrar una crítica al verticalismo de otras organizaciones (históricas, aunque también contemporáneas y con trabajo en el barrio), puede comprenderse mejor la apelación a la horizontalidad como práctica. En sentido similar, la búsqueda de consensos para la toma de decisiones implica una forma de llevar a la práctica un método de organización que cuestiona la figura de autoridad, más allá de la forma que esta adquiera.

Para finalizar con esto, se quiere remarcar la importancia que el propio barrio y lo que ocurre en él poseen para comprender el caso que se analiza. Si bien la horizontalidad y el consenso ya forman parte de los repertorios de organización conjunta de muchos de los denominados nuevos movimientos sociales y son adoptados como forma de cuestionar el verticalismo, puede asegurarse que la BP –a diferencia de aquellos– se sirve de referencias particulares para optar por esos mecanismos. No se trata de una respuesta crítica y/o superadora de los modos de organización de las décadas de los 60, 70 y 80 del siglo xx –al menos no es posible asegurarlo a partir de las entrevistas y la observación–, sino del cuestionamiento a las organizaciones coetáneas con trabajo en el propio barrio. No parece resultado de un diálogo con la historia de las organizaciones popu-



lares, sino de una disputa con el presente del trabajo barrial (aunque este sea consecuencia de procesos históricos, claro está).

Una vez analizado el modo de organización que adopta la BP y enmarcado el mismo como correlato de las experiencias previas de sus integrantes, el modo de significarla y el papel que juega el contexto barrial –en el que pueden ubicarse el resto de las organizaciones, la militancia partidaria y el Estado–, se pretende hacer centro en aquellos fines que la organización se plantea. Sin embargo, no se busca descubrir en los objetivos la razón explicativa de la acción colectiva, ya que esto sería por demás limitado (desde el momento en que se estaría dando por supuesta la uniformidad de criterios entre los participantes y reconociendo únicamente aquellos propósitos que se verbalizan o aparecen redactados).

Lo que resulta más factible y útil para el análisis es considerar que una serie de propósitos sirve de guía para la acción cotidiana más que de instancias a alcanzar en el futuro. Son elementos ya presentes en la concepción y la práctica de la BP –resultado de la interacción entre los sujetos, su capacidad de elaborar algún tipo de diagnóstico que posibilite su acción y la puesta en práctica de mecanismos para desarrollarlos– pero que se quieren sostener y/o profundizar. Con esto se busca tomar en cuenta el modo en que los objetivos de la BP se «filtran» en cada una de las actividades y los discursos de sus miembros, es decir, cómo aquello que se quiere lograr cobra forma en la práctica.

Para desarrollar este apartado se tendrá en cuenta parte de las observaciones realizadas en territorio, específicamente respecto del festival La Otra Cara de La Gloria, principal evento público que organiza la BP, y los talleres artísticos que se ofrecen semanalmente en la sede.

El mencionado festival tiene lugar durante septiembre de cada año en las instalaciones de la Escuela Padre Pedro Arce y ha logrado

establecerse como uno de los eventos anuales más

importantes que desarrolla la biblioteca<sup>8</sup>. En él confluye una amplísima variedad de expresiones artísticas a cargo de vecinos del barrio y de la zona. Para este evento se cuenta con sonido y escenario, que aparece adornado por carteles y banderas hechos en los talleres y que incluyen el nombre del festival y alguna frase alegórica. Los vecinos

que participan ofrecen una variadísima gama de habilidades artísticas: folclore cuyano, *heavy metal*, danzas tradicionales, *hip hop*, arte circense, caricaturas, poesía y manualidades, entre otras. Las edades de los artistas abarcan un amplio segmento que va de los 5 a los 80 años. Lo mismo puede decirse del público, cuya concurrencia varía a lo largo

8. La observación en territorio que sirvió para la redacción de este apartado corresponde al festival del año 2006, aunque es posible asegurar que resulta representativo de lo que ocurre en ediciones anteriores y posteriores.

del día (al mediodía asisten más familias y gente adulta, mientras que a la noche el público es fundamentalmente juvenil), pero que mantiene un promedio de 200 personas, con picos de 350 en horas de la tarde.

«**Del festival La Otra Cara de La Gloria, la idea es contraponer al sello que nos ponen los medios: violencia, ladrones... Y mostrarle a la propia comunidad la contracara de esto. Incluso, en esas situaciones hay contracara. Hay muchas cosas que no se conocen para afuera. Experiencias que no se conocen, las habilidades, la experiencia de la falta económica... La historia era, justamente, movilizar a los artistas del barrio. No era traer artistas de afuera, sino movilizar a los artistas del barrio, que es lo que nosotros buscábamos y buscamos. Y entendemos que el barrio tiene herramientas, el barrio tiene otras cuestiones distintas, pero hay que movilizarlas, están tal vez tapadas o están guardadas. Entonces, si vos sabés tocar la guitarra, no hace falta que seas el mejor guitarrista del mundo ni ser discípulo de Tito Francia, sino la idea es... si vos sabés tocar la guitarra, que lo expongas y lo compartas con tus vecinos. Entonces, ese es el aporte a la comunidad, y con esa intencionalidad se armó la biblioteca y se organizó el festival».**

Claudia, 2006.

Como se ve, la realización y el concepto del festival pueden ser fácilmente enmarcados al interior de las preocupaciones, definiciones y modos de participación que propone la BP. Se busca cuestionar o complementar la mirada externa –encarnada en los medios de comunicación como fuente principal del estigma que viene de «afuera»– a partir de la postulación de una mirada divergente que tiene en cuenta aspectos invisibles para el afuera, como son las habilidades artísticas o la falta de recursos de los vecinos, de los de «adentro».

A su vez, la mayoría de los artistas asume como propio un conjunto de ideas que caben cómodamente al interior del discurso elaborado por la BP:

«**Locutor: «Este es el quinto año que hacemos el festival. Esto va creciendo, sin basura política. Acá hacemos todo sin que se metan los políticos ¡Viva el barrio La Gloria! ¡Esta es nuestra fiesta, nuestra cultura, somos todos del barrio!»**

Nota de campo. Festival La Otra Cara de La Gloria. Septiembre de 2006.

Guitarreros que integran el programa de la radio comunitaria Fogón cuyano, luego de un tema:

« **Un aplauso, para que vean que no somos solo [la sección del diario] Policiales, demostremos que en La Gloria también hay arte, acá también hay artistas, gente muy capaz»**

Nota de campo. Festival La Otra Cara de La Gloria. Septiembre de 2006.

En similar sintonía, puede hacerse referencia a lo observado en los talleres artísticos que ofrece la biblioteca, en este caso, un taller de dibujo en el que participan niñas de entre seis y nueve años y cuya consigna era dibujar, entre todas, en un único papel afiche.

« **Tallerista: Bueno, ¿qué les parece si dibujamos un día en el barrio? ¿Qué pasa en el barrio?**

**Niña 1: Hay chicos jugando...**

**Niña 2: A mí no me dejan salir a la tarde... ¡Por los tiros!**

**[Mirándome]**

**Niña 3: Qué mentirosa... No te dejan salir porque no hacés las tareas, sos re-burra.**

Discuten un largo rato respecto de la frecuencia con que se escuchan disparos (siempre o pocas veces son las opciones). No llegan a ningún acuerdo. La tallerista no interviene. Finalmente, dibujan niños jugando y otros asomados a la ventana. Es una suerte de «empate» entre ambas posturas.

Antes de terminar el dibujo, la tallerista vuelve a hablar:

« **—¿A ustedes les gusta vivir en el barrio? Nueva discusión a los gritos. Las posiciones son similares a las anteriores: «No, porque hay tiros», «Sí, porque se puede hacer de todas las cosas».**

No hay un cierre del debate. Luego de unos minutos se despiden hasta la próxima.

Nota de campo. 15 de febrero de 2006.

Puede decirse que el espacio de los talleres no se limita estrictamente a lo vinculado con la promoción de habilidades manuales o artísticas en general, sino que resulta un ámbito de discusión de las líneas que interesan desarrollar a la BP. En ningún sentido se trata de una

«bajada de línea» (al menos no es lo que se pudo observar), sino de poner algunos temas en debate.

Así como los talleres pueden servir para reflexionar sobre aspectos de la vida cotidiana en el barrio, los festivales y los encuentros, a los que asisten muchos vecinos, resultan un espacio de refuerzo de las ideas que se quieren difundir desde la BP. En términos generales, a partir de la observación de las actividades organizadas, puede afirmarse que los «mensajes» que pueden leerse allí coinciden con las intenciones que persigue la BP. No se trata de una mera coincidencia ni tampoco del resultado de un consenso previo a las actividades que señalara algún tipo de correspondencia obligatoria con los objetivos de la organización.

Lo que parece producirse es una doble correspondencia. Por un lado, la biblioteca logra condensar una percepción sobre lo que significa ser del barrio La Gloria, su relación con el «afuera», el papel que juega la prensa y demás y que, al parecer, es compartida –cuanto menos– por los vecinos del barrio que participan en sus actividades. Por el otro, quienes se integran a las actividades o desarrollan alguna labor puntual se hacen eco de un discurso que la BP ha ido estructurando a lo largo del tiempo.

Si «la idea es unificar», abrir un «espacio de participación», «cambiar la forma de vernos» y «no convertirnos en un partido político», surge la pregunta por el modo de llevar a la práctica lo dicho en palabras. El asunto de las formas de participación que brinda la BP no es menor si se tiene en cuenta que desde sus inicios busca una diferenciación respecto de formas ya existentes dentro del barrio y que, en la mayoría de los casos, son cuestionadas. Como se anticipó en los ejemplos anteriores, el grueso de las acciones que encara la BP gira en torno a la cultura barrial, entendida esta como el conjunto de las manifestaciones artísticas y expresivas de los propios vecinos.

Lo anterior puede interpretarse de la siguiente manera: los objetivos que se plantea alcanzar la BP se refieren a cuestiones vinculadas con la identidad colectiva («vernos de otra manera», «unificar»), a los modos de participación («verdaderamente democrática», «sostenida en el tiempo») y, en definitiva, a un proyecto transformador («hacer de la comunidad una cuestión nueva»). Para ello, parece necesaria la construcción de un espacio –asunto que no deja de ser llamativo en un contexto barrial plagado de organizaciones– que asuma ciertas características, como que sea «de los jóvenes para los jóvenes», «participativo», «abierto» y lo que a esta altura podría ser postulado como «contrario a la lógica propia de la política». Por su parte, la veta que

se encuentra para alcanzar estos objetivos se vincula principalmente a lo artístico o, dicho de otra manera, con una participación que es considerada «cultural».

Una lectura rápida de estas cuestiones podría llevar a descartar la posibilidad de analizar este fenómeno más allá de una iniciativa particular de un grupo de jóvenes con intereses cercanos a la expresión artística. Sin embargo, se propone realizar otro recorrido y tener en cuenta que las particularidades que posee este tipo de acción colectiva encierra profundas críticas y definiciones sobre una serie de asuntos que poco tienen que ver con el arte en sí mismo. El rechazo a los partidos políticos, la «denuncia» de la falta de continuidad en el tiempo de algunos proyectos similares o la búsqueda de unidad y de miradas diferentes sobre sí mismos pueden ser analizados como críticas hacia la visión que prevalece sobre el barrio, los modos de trabajo barrial y hasta de formas de práctica política prevalecientes al interior de los sectores populares. «Lo que yo buscaba no lo encontré por otro lado. Y fue como encontrarlo en el arte, en la expresión y en tratar de organizar todo eso que andaba dando vueltas». (Santiago, 2005).

Que la opción elegida esté vinculada a prácticas culturales no quita que el diagnóstico desde el cual se origina esa elección incluya evidentes componentes políticos. De lo que se tratará, en todo caso, es de analizar las razones que llevan a optar por este tipo de objetivos y prácticas y, en definitiva, a reconocer ese «montón de cosas» que el arte viene a liberar y que no parecen limitarse a asuntos artísticos. Si pudiera englobarse en un marco compartido aquellos ejes que funcionan como guías de la acción que desarrolla la BP, cabría hacer referencia a una «propuesta identitaria» que puede ser inscrita al interior del proceso de construcción de identidad que se analiza, en particular, como parte integral de la «interiorización activa» que supone tal edificación. Puede decirse que la propuesta gira en torno a la necesidad de romper con la identidad que se pretende atribuir al barrio, a partir de señalar características o hechos que quedan ocultos.



**Lo que queremos es vernos distintos, es vernos de otra manera.**

**Pero para eso tenemos que sacarnos el cartel de zona roja, para eso tenemos que sacarnos todo esto que nos han instalado de que en el barrio La Gloria lo único que puede haber es delincuentes o pobres y es por eso que tengo que dar un comedor... Nosotros tratamos de hacer todo lo contrario. Decimos que en el barrio La Gloria hay artistas, en el barrio La Gloria hay biblioteca. En el barrio La Gloria hay**

radio, en el barrio La Gloria hay ganas de hacer, el barrio La Gloria quiere ir o los vecinos queremos ir por lo que nos corresponde y no ir a arrebatarlo y a lo tonto y... si no, bueno, estemmm... tratar de ver que dentro de la situación en que se vive se puede aspirar a una vida mejor...».

Diego, 2006.

Puede resultar llamativo, en este marco, la elección de los destinatarios de dicha propuesta identitaria. Si la atribución estigmatizante que recibe el barrio tiene como fuentes (según los vecinos) los medios de comunicación masiva y la gente de «afuera», no sería descabellado imaginar que habría que dar batalla en esos terrenos, ganar espacios en la prensa o buscar convencer a la gente ajena al barrio. Sin embargo, la propuesta se dirige hacia otro horizonte: los propios vecinos del barrio La Gloria.

« La cosa es la de vernos de otra manera... Romper con esta historia, y a los vecinos mostrarles que están pasando cosas distintas también en el barrio, que en el barrio se está gestando una cuestión nueva... Somos otra cosa a la que nos dicen que somos. [...] La idea es hablar a los propios vecinos. Esa es la idea, hablarles a los propios vecinos y convencernos nosotros mismos de decir que somos otra cosa, no tanto mirar para afuera... Pero la idea es esta, convencernos nosotros de que somos otra cosa distinta».

Claudia, 2006.

«—¿Y a vos te interesa cambiar la imagen que del barrio tiene la gente? (En referencia a personas que no son de allí.)  
—No, no... eh, para mí es más importante hacerles la cabeza a los pibes del barrio sobre los valores respecto del barrio... Entonces, no me importaría cambiarle la cabeza a esa gente porque, porque no... Lo que diga yo... ¡Imaginate! La comparación de un grano de arena a todo lo que tiene la propaganda política, mediática sobre el barrio, sobre... sobre esta zona... Y ellos le ponen el punto rojo y chau, ¿viste? Así que no. Me importa más recrear y generar nuevos valores en los pibes, de lo que estábamos hablando antes que... Ir afuera a decirles, «sí, pero ustedes...». Ya no, antes sí, pero ahora ya no, porque te va cambiando la cabeza. Es más importante quedarnos acá que otra cosa...»

Santiago, 2005.

- « —Y esta imagen que decís que tiene la gente, ¿te parece que se puede modificar?  
—Y, en realidad, no es lo importante... No es lo importante. O sea, sí, está bueno que la gente se entere, está bueno no legitimar lo de «zona roja»... y que la sociedad pueda reconocer ciertas cosas que no alcanza a ver, pero lo más importante es que la propia comunidad lo pueda ver, o sea, al menos sería lo que hay que hacer ahora.  
Mariela, 2006.

La contundencia de las afirmaciones anteriores puede ser matizada si se tiene en cuenta que, luego de algunas discusiones internas, se decidió «avisar» en ciertas oportunidades a los medios lo que se iba a hacer. Tal vez, la actividad que más cobró relevancia y de la que los medios se hicieron eco, a instancias de la propia BP, sea el festival La Otra Cara de La Gloria.

- « Es que en un principio era para nosotros, una fiesta para nosotros, para los vecinos del barrio, y después surgió la discusión cuando dijimos: “Che, ¿habrá que hacer publicidad o no habrá que hacer publicidad? ¿Quién se tiene que enterar? ¿Por qué?”. Entonces ahí surgió que estaba bueno que saliera en los medios... para que vieran también...».

Matías, 2006.

Sin embargo, esto no impide reconocer aquí la importancia que adquiere lo local como ámbito de vida (sobrevivencia cotidiana y proyectos a futuro), ya que si bien los entrevistados manifiestan la importancia de la influencia de los medios de comunicación o de los prejuicios instalados en la sociedad hacia el barrio, no es hacia allí que apunta la propuesta. Esto remarca, además, el peso que adquiere para la BP el autorreconocimiento de la gente del barrio. Se trata fundamentalmente de una tarea de revalorización respecto de las capacidades y virtudes propias, que es impulsada por un grupo organizado de vecinos hacia todo el barrio y que busca cuestionar la identidad atribuida a partir del señalamiento de otra realidad.

La idea de que la proximidad (local) implica mayores probabilidades de lograr la meta planteada sobrevuela la justificación de esta posición. Si bien tal factor puede favorecer la propuesta de la biblioteca en algún aspecto, no deja de ser secundario. Es cierto que en muchas oportunidades están constreñidos a un espacio estigmatizado y que eso señala claros límites para la acción desarrollada.

Pero se postula que hay razones de otro tipo que poseen mayor peso: valorarse como sujetos autónomos y mirarse desde un lugar no construido por el otro son ejemplos de esto.

Es posible aquí también dar cuenta del privilegio del que goza la identidad barrial a la hora de pensar en proyectos y cómo llevarlos a cabo. Más allá de las diferencias internas, el problema se plantea como de todos los vecinos del barrio, y es desde allí y para ellos que se buscan alternativas que modifiquen una situación que se considera injusta.

### **Conclusiones**

La elección consensuada del nombre de la biblioteca –una vez realizado el recorrido analítico anterior– puede ser considerada como ícono destacado del proceso de organización y construcción de identidad que se analizó. El nombre de Pablito González emergió como un elemento aglutinador de opiniones sobre la realidad cotidiana y las expectativas de participación que, más allá de su diversidad, apuntaban una serie de caracterizaciones sobre el barrio en particular y (en otro nivel de abstracción) la situación de los sectores populares en general. Una vez analizada la importancia que el territorio local adquiere en la construcción de proyectos participativos, aquella elección puede ser postulada como un modo de reforzar la importancia que el barrio adquiere como referencia desde donde pensarse y actuar para los sectores populares en la actualidad.

Alguien de «adentro» que sufre en el «afuera» no solo su propia muerte, sino también situaciones que –enmarcadas en el análisis realizado– obligan a releer el hecho más allá de un accidente de tránsito. El «afuera», en este caso, no solo se vincula con el lugar geográfico del acontecimiento, sino que también está representado en una serie de actitudes y hechos que los vecinos entrevistados utilizan para ilustrar las características que consideran propias de quienes no viven allí. Falta de responsabilidad y de compromiso hacia las personas, ausencia de respuestas de parte de la Justicia y la sensación de que se puede morir «como un perro» sin que a nadie le interese mayormente.

El desprecio por la vida de un joven murguero resulta un ejemplo extremo de una manera de pensar y actuar hacia la pobreza que, sin embargo, también se manifiesta en aquellos modos de participación barrial en los que se ubica a los vecinos como medio (para obtener



rédito político, recursos económicos o legitimidad profesional) y no como fin en sí mismo. Por su parte, el modo de construir un perfil unidimensional y estigmatizante del barrio de parte de la prensa se asienta en la misma lógica de no reconocimiento que la BP cuestiona y busca revertir con su práctica. De allí que lo que se reivindique con el nombre de Pablito no sea únicamente una persona, sino una manera digna de transitar y transformar la condición de pobreza, una forma vinculada a la práctica artística como base desde donde pensarse a partir de parámetros diferentes a los que subyacen, menos o más evidentemente, en las atribuciones identitarias hegemónicas hacia los sectores populares. La elección del nombre de Pablito emerge así como crítica a la mirada que otorga en los jóvenes pobres (y del barrio La Gloria para el caso en cuestión) una serie de atributos estigmatizantes que los describen peligrosos, marginales, amorales y, en el mejor de los casos, recuperables.

Se hace tangible, por otro lado, el modo en que la situación es «resuelta» por quienes integran la BP: serán los propios vecinos de Pablito quienes deberán llevar a cabo acciones que tiendan a reivindicar su figura e impidan que su nombre quede en el olvido. «Adentro» es posible obtener respuestas (limitadas pero también propias, territorializadas, comunitarias y organizadas desde parámetros particulares) que el «afuera» niega o retrasa. Resulta entonces un modo de posicionarse activamente en la conflictividad social que atraviesa la vida cotidiana de los sectores populares. Así, Pablito González no solo emerge como un nombre unificador, sino que su vida (de murguero, de joven, de vecino) sirve para aglutinar una cosmovisión sobre la realidad que permitirá la acción conjunta.

En un nivel puramente analítico, es posible afirmar que la relación que existe entre acción colectiva e identidad puede considerarse de mutuo condicionamiento: una identidad estigmatizada es el telón de fondo para caracterizar, en muchas ocasiones, a los sectores populares en general y a los vecinos de algunos barrios –considerados paradigmáticos, como en este caso– en particular. Será en el propio territorio donde se experimente de modo más concreto el significado de pertenecer a un sector poblacional que, además de sufrir el impacto de las transformaciones estructurales neoliberales en forma «privilegiada» (pauperización, desempleo, flexibilidad laboral), resulta destinatario de atribuciones que limitan su presencia social al rol de marginal, delincuente o necesitado.

Los modos de organizarse y actuar conjuntamente están condicionados por esta identidad. Tanto los recursos con que se cuenta para

encarar la acción organizada (las experiencias previas de participación, por ejemplo) como el escenario en el que se desarrolla (el barrio, sus organizaciones, las esferas estatales y las políticas que lo intervienen) se asientan en formas históricamente construidas de percibir, significar, crear discursos y actuar sobre la pobreza, que adquieren en la actualidad particularidades específicas y que el caso de la biblioteca permite iluminar.

Sin embargo, para que esa identidad estigmatizada se transforme en «emblema» de la acción debe surgir, primeramente, una instancia colectiva de procesamiento y crítica de aquella atribución. Esto es, si bien el estigma es compartido por un conjunto amplio de hombres y mujeres, la posibilidad de su cuestionamiento concreto depende, en buena medida, de la acción de un conjunto que apueste, con sus discursos y prácticas, al reconocimiento del conflicto y a un posicionamiento en el mismo. En este punto, puede citarse como ejemplo el derrotero de los integrantes de la BP desde aquel «nosotros los de la esquina» hasta el «nosotros los de la biblioteca, los del barrio» que posibilitó la postulación de una propuesta identitaria crítica respecto de la mirada negativa. Así, la acción colectiva (organizarse, actuar, proponer, reflexionar) posibilita la edificación de un nosotros digno y, por lo tanto, por fuera de las atribuciones que lo limitan a ser asistido, ignorado o reprimido. Desde ese nosotros valioso (aunque muchas veces no valorado por el «afuera») se vuelve posible actuar, pensarse, transformar la comunidad. Y será en la práctica donde surjan elementos que permitan reforzar, modificar y actualizar un nosotros digno, esa compleja y trabajosa construcción identitaria.

Se trata de una disputa por el sentido de lo que ser pobre significa, de lo que es posible hacer desde esa definición, de las características que posee ese nosotros construido, de su historia (lo que supimos ser), su presente (lo que somos) y su futuro (lo que podemos ser). Es, además, una lucha desapareja entre actores sociales con posibilidades diferentes de imponer su visión al resto, en un marco de alta conflictividad social.

El análisis del surgimiento, desarrollo y consolidación de una experiencia de participación comunitaria como la Biblioteca Popular Pablito González permite, más allá de sus particularidades, tomar contacto con buena parte de los procesos sociales que intervienen en la acción colectiva que desarrollan los sectores populares contemporáneos, para quienes las vías de politización quedaron, en muchos casos, ancladas a la resolución colectiva de necesidades compartidas en el propio territorio. Esta novedosa matriz espacial desde donde

organizarse puede ser analíticamente integrada a una temporalidad particular (modos de relatar el pasado histórico, comprender el presente y ensayar perspectivas de futuro) asentada en las urgencias cotidianas. Estos asuntos pueden explicar la presencia casi exclusiva de referencias intrabarriales tanto para lo que fue analizado como construcción de identidad como para la revisión de las características que adquiere, en este caso, la acción colectiva. Puede postularse, entonces, que buena parte de las vías de politización que transitan los sectores populares quedó limitada a una disputa cotidiana por el reconocimiento de derechos básicos, incluido el de su dignidad como seres humanos, en un contexto histórico de profundo retroceso de las conquistas sociales. En este marco, tanto la celebración optimista y acrítica del surgimiento de las múltiples experiencias organizativas de base de los últimos años como su opuesto, encarnado en una mirada derrotista sobre las capacidades políticas de las mismas, no colaboran en la justipreciación de las características, los límites y las posibilidades que se abren para los sectores populares organizados.

Como se vio, existen diferencias de criterio notables entre los diversos actores con capacidad de intervención en el proceso de construcción de identidad, perceptibles en las profundas discrepancias que surgen cuando se comparan las construcciones que fueron analizadas. El pobre que construye la prensa, en sintonía con el sentido común próximo a las atemorizadas clases medias (un pobre peligroso, marginal, otras veces invisible), y el que se proyecta en la acción del Estado (un pobre asistenciable e, intrínsecamente, cliente cautivo) no es el mismo que plantean –de diversos modos y ensayando respuestas propias en un panorama por demás complejo– los pobres organizados. Pero, más allá de los límites (cuantitativos o políticos) que puedan señalarse, lo que interesa remarcar es que se apuesta a una construcción colectiva con la dignidad como estándar para, desde esa base, llevar a cabo una acción transformadora. Y será este el punto en común que permite –inclusive más allá del formato organizativo que adquieran– postular un hilo conductor con numerosas experiencias de participación y movilización popular, históricas y contemporáneas, a lo largo y ancho de nuestro continente.



## **Bibliografía**

- BRAVO, N. (2008). *Prensa escrita y construcción de identidad de sectores populares. Un estudio de caso en la provincia de Mendoza, Argentina*. Quorum Académico, 5 (2), 99-116.
- DUBAR, C. (2000). *La socialisation; construction des identités sociales et professionnelles*. París: Colin.
- GRAVANO, A. (2003). *Antropología de lo barrial; estudios sobre producción simbólica de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Espacio.
- GOFFMAN, I. (1963). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- HALL, S. y DU GAY, P. (comps.) (1996). *Cuestiones de identidad cultural*. Madrid: Amorrortu.
- MASSETI, A. (2009). *La década piquetera; acción colectiva y protesta social de los movimientos territoriales urbanos*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- MELUCCI, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- SVAMPA, M. (editora) (2000). *Desde abajo; la transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- VAN DIJK, T. (1990). *La noticia como discurso, comprensión, estructura y producción de la información*. Barcelona: Paidós.
- WACQUANT, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.



The  
Call  
of  
the  
Wild

## **2** **El derecho a la ciudad en Mendoza.** Política, memoria y espacialización de la lucha de clases (2006-2008).

MARIANO SALOMONE

«Yo felicito a este grupo de jóvenes, porque nosotros nos vamos ya. De acá a poco tiempo nos vamos... La macana es que quedaron los muros. ¡Existe la Estación Mendoza!»  
Don Leal, ferroviario jubilado, 2008

*A las personas entrevistadas en este trabajo,  
por su amabilidad al destinar parte de su  
tiempo en conversar conmigo, por su saber  
abrirse a la búsqueda de otros tiempos.  
A Alejandra Ciriza, por su dedicación, el amor  
a su oficio y su inagotable generosidad.*



### ***Introducción***

El presente trabajo procura exponer algunas ideas nacidas del proceso de investigación recorrido hacia la tesis de doctorado del autor. Es entonces una presentación abreviada de aquel desarrollo más amplio que obliga a priorizar algunas líneas problemáticas sobre otras no menos importantes. En suma, estas convergen en torno a dos objetivos principales: el análisis de un conflicto social histórico-concreto y la problematización conceptual de algunos debates presentes en el campo teórico-académico actual.

En cuanto al primero de ellos, se trata de analizar el conflicto abierto a causa de la disputa por el destino de los terrenos pertenecientes al Ferrocarril General San Martín (FCGS M). El 15 de marzo de 1993, el gobierno de Carlos Menem decidió cerrar el servicio de transporte público de pasajeros de ese ramal y concesionar el negocio del transporte de cargas a la gestión privada. Desde entonces, gran parte de los terrenos en los que se ubicaba la Estación Central de Mendoza (36 hectáreas, aproximadamente) fue abandonada. En julio de 2007, tres colectivos sociales con sendas historias grupales deciden comenzar a reunirse para articular la defensa de esos terrenos públicos frente al avance de nuevos proyectos de privatización, principalmente, ante los convenios firmados por el Gobierno nacional, el Municipio de la Ciudad de Mendoza y la Corporación Antiguo Puerto Madero SA para realizar una reurbanización de ese espacio en base a un importante emprendimiento inmobiliario privado.

En este trabajo se presentarán algunos aspectos de la experiencia organizativa llevada a cabo por estos colectivos, de manera que permitan comprender la dinámica de constitución de los sujetos

subalternos y pongan en relieve la inscripción histórica que sostiene la configuración de la conflictividad social.

La tarea despertó interrogantes vinculados a los recorridos particulares de cada uno los colectivos involucrados, a las modalidades diferenciales de sus prácticas políticas y al rastreo de sus tradiciones, pues son las que determinan sus formas de pensar el conflicto, de concebir el espacio público, de diseñar las tácticas de su recuperación. Así, la primera parte está dedicada a exponer la experiencia singular de estos tres sujetos: los ferroviarios, un grupo de artistas llamado Casa América y la red Organizaciones Sociales Autoconvocadas (OSA). Posteriormente, el énfasis estará puesto en reconstruir el período de confluencia y articulación que permitiría la identificación de un problema en común. En dicha reconstrucción se otorga un lugar importante al análisis de los procesos de rememoración que despertó la práctica política de estos colectivos y los efectos que produce la irrupción de la imagen en ruinas de la Estación en el espacio público.

Por otro lado, la lectura de este conflicto singular nos coloca ante los dilemas que precipitó, dentro del campo de las ciencias sociales, el nuevo ciclo de protestas que tuvo lugar hacia finales del siglo xx en muchas regiones latinoamericanas y que en Argentina tuvo como fecha simbólica de inicio la pueblada de 1996 en Cutral C6 y una definitiva inflexión en las jornadas de diciembre de 2001. La cuesti6n de las «nuevas» y «viejas» formas de la lucha social organiz6 el debate pol6tico-acad6mico y coloc6 la teor6a social frente a dos grandes dificultades. Por una parte, pensar las relaciones entre pasado y presente en t6rminos disyuntivos, esto es, como si los acontecimientos pol6ticos y sociales estuvieran en «total» continuidad con los sucedidos en el pasado, o en «radical» ruptura. En segundo lugar, y tal vez relacionado con lo anterior, ha existido una tendencia a interpretar los conflictos contempor6neos en t6rminos de reconocimiento de «identidades» culturales, concebidas como si fueran ajenas a las condiciones materiales de existencia. El desaf6o para el pensamiento cr6tico es reintroducir la historicidad en el an6lisis de las pr6cticas sociales, insistiendo en se6alar las dificultades interpretativas que encuentra ese conjunto de destotalizaciones producidas recientemente por la teor6a social, tanto la disyuntiva entre lo nuevo y lo viejo como la de la escisi6n entre lo social y lo pol6tico.

En este trabajo se encuentra presente dicho debate, subyacente, a la manera de una problematizaci6n conceptual que podr6amos llamar «en acto», esto es, una puesta en juego de ciertas tradiciones



Acto ferroviario, llegada del Tren Solidario, 6 de diciembre de 2008

y perspectivas teóricas que, aun sin contar con el espacio suficiente para su desarrollo conceptual, proponen una manera determinada de pensar la conflictividad social, el vínculo entre las dimensiones simbólicas (los procesos de identificación), el terreno de las prácticas sociales y la constitución de los sujetos subalternos, el lugar de los conflictos culturales (procesos de rememoración) en la espacialización de la lucha de clases y demás.

En síntesis, se ha construido/delimitado el problema a indagar procurando un diálogo entre la «experiencia» política de los sujetos y los debates «teóricos» de la sociología contemporánea (expresada en las categorías de análisis y la construcción de hipótesis). Al decir diálogo nos referimos a la posibilidad de intercambio que tiene lugar a través de la mutua interrogación entre sujetos pertenecientes a espacios con diferentes lógicas pero que lo hacen sobre un terreno que los afecta por igual. En la posibilidad de ese encuentro, no ajeno a tensiones y asimetrías, se juega la producción de un conocimiento social crítico

capaz de romper simultáneamente con la inmediatez de lo dado y las abstracciones teóricas hipostasiadas. Lucien Goldmann (1973) advertía que todo fenómeno social es siempre un fenómeno de praxis, es decir, de conciencia, de acción y pensamiento ligados entre sí. En ese sentido, el criterio de validez para una investigación es la posibilidad de constituir al objeto como «estructura significativa», contra el prejuicio positivista que dice encontrar objetos «dados» en la realidad. Los objetos solo existen como correlato de un sujeto y con relación a su praxis.

#### *Nota sobre el modo de abordaje y el trabajo de campo*

Para las tradiciones teóricas en las que se inscribe este trabajo, el valor de la abstracción conceptual ha sido enorme. No obstante, se ha procurado mantener en el «modo» de abordaje cierta prioridad otorgada a la experiencia de los sujetos subalternos y al relato que sobre ella proporcionan. La importancia de sus testimonios para la producción de un conocimiento crítico radica en el hecho de que sus puntos de vista no han sido tenidos en cuenta en las visiones del mundo históricas y socialmente construidas desde los sectores dominantes (hegemónicos), es decir, sus relatos pueden ser un recurso para realizar una lectura «a contrapelo» de la historia y de la realidad presente.

Eso no quiere decir que debemos tomar sus experiencias a la manera de «evidencia» histórica incontestable, sino como lugar desde el cual pensar el mundo de lo social, es decir, un conocimiento «situado»: una noción de experiencia que, lejos de sentenciar la reificación ideológica del sujeto y sus condiciones de existencia, recupere su propia historicidad al señalar las tensiones que al interior de ella permiten un rebasamiento de los discursos que le dan sentido, una reflexión crítica que permita re-escribir, renarrar dichas experiencias. El transcurso por ese recorrido coincide con el de la constitución de los sujetos de la experiencia, aquellos que interesan en este trabajo, colectivos y subalternos. No hay un sujeto originario que luego «tiene» la experiencia, sino que los sujetos hacen su experiencia a partir de su historia y, a la vez, reescriben su historia a partir de los conflictos y disputas de su experiencia presente.

En efecto, el relato que hace cada uno de los sujetos sobre su vivencia personal, el testimonio que da sobre la experiencia de lucha y los procesos organizativos que le demandan puede ser leído como un registro de las dimensiones que determinan la conflictividad social en su forma «concreta», esto es, como síntesis de múlti-

ples determinaciones, la «unidad de lo diverso» (Marx): las relaciones entre pasado y presente, entre las condiciones objetivas y subjetivas, entre lo personal y lo colectivo, entre experiencia y lenguaje, lo discursivo y las prácticas. Estar atentos a la experiencia de los sujetos, a sus prácticas y a sus propias miradas sobre esas prácticas resulta fundamental para abrir las categorías y prevenir los riesgos de la reificación conceptual, más aun en un momento histórico de grandes transformaciones en el terreno de las prácticas sociales y de recomposición de fuerzas que obligan a la búsqueda de nuevos horizontes de sentido.

La perspectiva escogida ha determinado un diseño metodológico cualitativo, llevado a cabo a través de un trabajo de campo que permitiera cierta «descripción densa» de la experiencia social, esto es, que hiciera posible articular los interrogantes que la praxis planteó a los sujetos de la experiencia al propio compromiso en la participación, las categorías conceptuales y la práctica antropológica.

Este diseño metodológico ha tenido dos actividades principales. Por una parte, la realización de entrevistas etnográficas y observaciones participantes y no participantes en el terreno (llevadas a cabo principalmente entre 2006 y 2008), y por la otra, el trabajo de archivo que implicó la revisión de diferente tipo de documentación: documentos públicos de los colectivos involucrados (panfletos, folletos, correos electrónicos, *flyers* publicitarios), fuentes periodísticas, sitios en Internet (por ejemplo, las páginas oficiales de las organizaciones, así como también las de otros colectivos) y documentos audiovisuales. En cuanto a las fuentes periodísticas, se ha tomado principalmente el registro que han hecho los diarios *Los Andes* y, ocasionalmente, *Uno* y *MDZ*, los dos primeros de tirada local y el último virtual.

### ***El conflicto por los terrenos de la Estación del Ferrocarril***

La exposición del conflicto comienza a partir de un determinado momento de su configuración, específicamente, en los primeros días de julio de 2007, fecha a partir de la cual se inicia un período de confluencia entre los diferentes grupos que defendían, cada uno a su modo y en forma individual, los terrenos de la Estación de trenes como espacio público: ferroviarios, OSA y Casa América. En el lapso que se extiende entre julio de 2007 y mayo de 2008, aproximadamente, comienzan a diluirse los puntos de encuentro entre esas

organizaciones. Se ha tomado como hito que marca el comienzo la convocatoria que realiza OSA el 1 de julio de 2007 a «todos los interesados» para concretar una reunión para debatir sobre los terrenos del FCGSM. El título de esta, Frente al Avance de Emprendimientos Privados, anticipa la definición de lo que será acordado como uno de los ejes del conflicto: la disputa entre lo público y lo privado. El 5 de julio se realiza la primera reunión en la Federación de Entidades No Gubernamentales de Niñez y Adolescencia de Mendoza (Fedem), lugar en el que funcionaba OSA.

En las primeras reuniones participan algo más de 30 personas, en su mayoría, miembros de organizaciones. Entre ellas, dirigentes de La Fraternidad, Ferroclub Trasandino, Casa América, CECA (centro cultural), Colegio de Arquitectos de Mendoza y Observatorio de Desarrollo Urbano, además de personas cuya participación no estaba encuadrada en ninguna organización (ferroviarios, artistas, arquitectos/as, vecinos/as). En esos encuentros, como resultado del debate y el intercambio, se acordaron tanto los ejes del conflicto como algunas reivindicaciones y propuestas para continuar la lucha. En el primer documento, titulado *No al uso privado de tierra pública*, se expresa la preocupación por la falta de participación en las decisiones sobre el destino de los terrenos de la Estación y por el hermetismo de los/as funcionarios/as respecto del proyecto diseñado por Puerto Madero. El programa queda sintetizado en los siguientes puntos:

- No al uso privado de tierra pública.
- Planeamiento y gestión participativos sobre los destinos de estos terrenos.
- Prioridad de actividades que sean de interés de toda la provincia.
- Registro público de proyectos e ideas y de organizaciones y personas interesadas.
- Rescate del patrimonio histórico cultural del ferrocarril en Mendoza.

El «plan de acción» contemplaba tres grandes objetivos: a) la denuncia y divulgación de la información, b) actividades para promover la adhesión de la ciudadanía y c) la persuasión de autoridades responsables y del resto de la comunidad.

Ese documento, elaborado colectivamente, pertenece al campo de los discursos políticos, es decir, se presenta como «palabra adversativa», por decirlo en los términos de Eliseo Verón (1987). Expone un mapeo del conflicto que escinde el campo entre destinatarios y

paradestinatarios a los que hay que convencer –ante los cuales los enunciadores se presentan como portavoces del interés general («recuperación de los espacios públicos», «no al uso privado de tierra pública»)– y adversarios a los que hay que enfrentar, aquellos que representan «el negocio privado». Si en un primer momento ese adversario fue abstracto, luego irá precisándose, con Puerto Madero y algunos organismos del Estado (Municipalidad de Capital, Onabe<sup>1</sup>, Policía de Mendoza) como los rivales más «visibles»<sup>2</sup>.

1. En el año 2000 se crea el Organismo Nacional de Administración de Bienes del Estado (Onabe), encargado de la administración y cuidado de los terrenos de los ferrocarriles (entre otros). Su «principal función es la de administrar y resguardar en forma óptima los bienes que no tienen afectación directa en las actividades propias del Estado, maximizar su valor y entregarlos a la vida cotidiana de los ciudadanos» (Fuente: [www.onabe.gov.ar](http://www.onabe.gov.ar)). A pesar de ello, ha sido el organismo estatal encargado de promover y llevar adelante el convenio de privatización con la Corporación Antiguo Puerto Madero S.A. Los colectivos organizados en defensa de la Estación como espacio público tuvieron una relación variable a lo largo del conflicto con este organismo estatal. En primer lugar, porque habrá diferentes posiciones políticas entre la dirigencia de ese organismo a nivel nacional y su responsable en la provincia. En segundo lugar, porque esas diferencias determinarán distintas posiciones asumidas por este último, el cual terminó hacia finales de 2008, participando en algunas reuniones con quienes luchaban en defensa del carácter público de la Estación.

2. No obstante, serán reiteradas y permanentes las dificultades que tendrá el grupo para poder identificar las posiciones dentro del campo político, esto es conocer, por ejemplo, los convenios efectivamente firmados entre el Estado y Puerto Madero, tener acceso al Plan Maestro diseñado por este último y, en general, conocer cuáles son los grupos económicos interesados en el emprendimiento y las intenciones de los gobiernos (nacional, provincial y municipal) sobre el futuro de la Estación y sus terrenos. Un verdadero hermetismo en el manejo de todo tipo de información que, en términos jurídico-formales, debería ser pública, de acceso público.

A lo largo de ese período (de un año aproximadamente), las instancias de organización y coordinación de la lucha estuvieron definidas principalmente por reuniones semanales y en menor medida por una serie de actividades compartidas (actos conmemorativos, eventos culturales, cortes de calles, panfleteadas, reuniones con funcionarios políticos, audiencias públicas). No obstante, la curva de intensidad de las mismas tendió a depender del conjunto de iniciativas emprendidas por el «adversario», representado por el Onabe, la Municipalidad de Capital o Puerto Madero. Así, las discusiones iban fluctuando entre momentos de amesetamiento, de dispersión y de picos de movilización. A comienzos de 2008, en febrero, el número de participantes en las reuniones había disminuido. Pero una nueva movilización ocurrió hacia mediados de abril de ese año, a partir de los rumores acerca de que el convenio con Puerto Madero se haría efectivo en los próximos días. Se decidió entonces para el 12 de abril un corte en la intersección la avenida Juan B. Justo y la calle Belgrano, y esa fue la última actividad organizada y llevada a cabo en forma conjunta. A partir de ese momento comienza la dispersión de los colectivos y la disolución de la principal instancia de coordinación: las reuniones semanales. En septiembre de 2008, un nuevo conflicto con la Municipalidad de Capital (por el intento de apertura de una calle a través del predio de la Estación) encontró a los ferroviarios realizando solos el corte de calle y defendiendo los terrenos. En este sentido, tal acción puede tomarse como el hecho que marca el cierre del ciclo de confluencia y de articulación de la lucha.

### *Territorio y política: espacialización de la lucha de clases*

El conflicto se instala alrededor de la disputa por el destino de las 36 hectáreas donde funcionaba la Estación Central del FCGSM. En efecto, se trata de un conflicto en torno al territorio y sus posibles usos: «tenemos derecho al uso de ese espacio, a participar en la decisión sobre el futuro de esos terrenos».

En los últimos años se ha debatido mucho sobre la «territorialización de la política». En verdad, resulta difícil imaginar una política que no contenga (construya) algún tipo de territorialización, es decir, algún modo histórico de inscripción en el espacio.

Aquí se entiende al «territorio» como lo ha conceptualizado Ana Esther Ceceña (2001), como uno de los pilares fundamentales, junto a la tecnología, de la competencia internacional y la construcción de hegemonía, convertido por ello en uno de los campos privilegiados de disputa. La autora define al territorio de una manera compleja. Sus límites no coinciden con los bordes de su aspecto físico, sino que su extensión comprende el espacio material y simbólico en el que se asienta la creación de la historia y la cultura, que se originan en él y permanecen profundamente imbricados, un lugar sobre el que se construyen utopías colectivas y alternativas sociales y, por lo tanto, es punto de partida de la construcción de las «identidades».

«El diseño de una nueva geografía y la construcción/modificación de los modos de uso del territorio implican entonces una transformación profunda de las relaciones sociales, de las relaciones entre naciones, de las historias y culturas regionales y del imaginario colectivo como expresión del juego de fuerzas entre las distintas visiones del mundo. La concepción y uso del territorio es un ámbito de lucha civilizatoria, cuyo significado e implicaciones son muy profundos. [...] No se trata, como en otros casos, de una simple privatización de algún espacio estatizado (por complicada que ésta sea), sino de la expropiación de territorios y riquezas naturales junto con el sentido de la vida que han construido históricamente. Modifica conceptos como nación y soberanía, poniendo en primer plano de discusión la capacidad de autonomía o autodeterminación de la sociedad. ¿Quién, cómo y por qué se deciden los destinos de la humanidad?». (Ceceña, 2001).

En efecto, el territorio es espacio de síntesis de la disputa por la cultura y los derechos humanos, sociales y políticos de todos los miembros de la sociedad. En él se pone en juego una confrontación civilizatoria entre la mercantilización de la vida (bajo todas sus formas) que impulsa el neoliberalismo, y la sociedad del respeto a la diferencia, con democracia, libertad y justicia (Ceceña, 2001). En la experiencia de lucha alrededor de los terrenos de la Estación es posible reconocer ese antagonismo social entre diferentes sociabilidades y modos de vida en dos lógicas opuestas de producción espacial,



Andén Estación Central, luego del incendio de 2003

una asentada en el «valor de uso» (derecho) y la otra en el «valor de cambio» (negocio). Este parece ser el eje de la disputa que aparece en el documento escrito por las organizaciones en forma de manifiesto político (la forma de significar en un momento determinado la configuración del conflicto).

De un lado está el valor que adquiere la Estación en relación con las «necesidades radicales» de los sujetos, que se encuentran determinadas por su inscripción histórica. Es decir, no se trata de necesidades naturales, sino que han sido creadas en y a través de la historia, nacidas y alteradas en ella. Emergen (como en el caso de la Estación) vinculadas al pasado, a su rememoración, y se dirigen al futuro, a su figuración anticipada. Esos procesos de rememoración remiten a «prácticas» efectivas vinculadas al territorio y encarnadas en la vida cotidiana de los sujetos, como en el caso de los ferroviarios. Se trata de necesidades ligadas a determinadas prácticas y rituales que las personas realizan en torno a los espacios físicos (territorialidad inherente a la corporalidad humana). A diferencia de los «objetos naturales», los objetos que producen los seres humanos solo se afirman como productos en el «uso» que ellos decidan otorgarle. De ahí que el valor de uso pueda resultar «incalculable», pues el ser humano, en tanto sujeto de «imaginación radical» (Castoriadis, 2007), es el único ser capaz de crear valor, es decir, de imaginar y consumir diferentes usos históricos (significados) para un mismo objeto e incluso figu-

rarse aquello que no fue pero que podría haber sido y anticipar lo que todavía no es pero podría llegar a ser.

Desde el otro lado, el valor de cambio intenta fijar esos objetos históricos en una «segunda naturaleza», las relaciones sociales capitalistas, es decir, un orden social ya constituido que comienza a valorizar los objetos a partir de necesidades que han sido «separadas» de los sujetos (cálculo de utilidad/ganancia/beneficio). Entendemos la producción y reproducción de capital como la continua «separación» de los/las trabajadores/as de sus condiciones y medios de producción<sup>3</sup>.

Aquí es crucial retomar el análisis que hace Meiksins Wood (2000) acerca del capitalismo como paulatina privatización de lo público. La autora, recordemos, propone comprender la especificidad del capitalismo como el proceso histórico por el cual una cantidad cada vez mayor de asuntos de interés público se someten a la decisión privada, a una esfera separada e independiente de la «política», llamada «economía». Esa «separación» está en la base de la relación social capitalista, de la acumulación de capital (desposesión) y de la lucha de clases. Cuando el capital sale de la fábrica y se expande sobre todo el territorio de la vida social, sobre la totalidad de sus relaciones y actividades, esa separación continúa sus pasos: ahora ese proceso refiere a la separación de los diversos sujetos de las condiciones de producción y reproducción de su vida social, que incluye la capacidad de planificación y producción de la ciudad en la que se quiere vivir.

Una mirada atenta podrá leer, en la convocatoria hecha desde OSA, cómo ese proceso penetra y se expande hasta el último rincón del territorio: «Debemos tener en cuenta que este predio, alrededor de 40 hectáreas es el «último espacio» de la ciudad de Mendoza que, por su ubicación e historia, permitirá la creación de un lugar para todos los mendocinos» (Documento de OSA, abril de 2007). De ahí la formulación de sus demandas: «no al uso privado de tierra pública (...) planeamiento y gestión participativa sobre los destinos de estos terrenos» (Documento de OSA, abril de 2007). Dice Harvey respecto de ese «derecho a la ciudad»:

«La cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede estar divorciada de la que plantea qué tipo de lazos sociales, de relaciones con la naturaleza, de estilos de vida, de tecnologías y de valores estéticos deseamos. El derecho a la ciudad es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata

3. Tomamos en este punto el análisis que hace de la lucha de clases Werner Bonefeld (2004) en *Clase y constitución*, en el que define al desarrollo capitalista de la producción como el paulatino divorcio entre los medios de producción y el trabajo (2004, p. 43). Esa transformación histórico-social, el divorcio entre el trabajo y sus condiciones, resulta ser la base sobre la que se asienta el poder del capital. Una separación que tiene su fundamento en el «violento» proceso histórico de «acumulación originaria», violento porque se trata de separar algo que no lo estaba, es decir, refiere a la expropiación forzada del trabajo de sus condiciones, momento a partir del cual la práctica social humana se constituye en propiedad privada. La noción de «acumulación por desposesión» desarrollada por Harvey recientemente continúa claramente esta línea de interpretación histórica.

del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad. Es, además, un derecho común antes que individual, ya que esta transformación depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo para remodelar los procesos de urbanización». (Harvey, 2008. p. 23).

Hay una cierta conciencia del carácter territorial que la lucha política tiene hoy. Es a partir de esa territorialización del conflicto que los sujetos formulan sus demandas: queremos decidir sobre el uso de la tierra, sobre el destino de los terrenos de la estación, aquel «derecho a la ciudad» que indicara Harvey. La apropiación privada de lo que es común –los terrenos públicos– y la cuestión de quién decide sobre el uso de esos terrenos son los nudos del conflicto en torno del espacio de la Estación.

#### *Estación Central: un punto de llegada como punto de partida*

Ahora bien, si la dinámica de la lucha tuvo como «piso» el conjunto de circunstancias históricas «encontradas» por los sujetos –el cierre de los ferrocarriles, las privatizaciones, los terrenos abandonados y el deterioro de las instalaciones, solo por mencionar las más evidentes–, se trata de una materialidad muda que se configura conflictiva a partir de las respuestas que asumen los colectivos sociales involucrados. Así, la conflictividad en juego refiere tanto a condiciones no elegidas («objetivas»), reales y desiguales, como así también a profundos procesos de subjetivación. Las demandas que formulan los sujetos no se asientan en necesidades naturales y fijas, sino que están motivadas desde su inscripción histórica, esto es, nacen articuladas al pasado y proyectadas a futuro.

Aquí resulta imprescindible recuperar la perspectiva con la que trabajaba Edward P. Thompson, para quien la protesta social nunca forma parte solo de un problema «económico», sino que también refiere a las tradiciones políticas y culturales de los sujetos que la protagonizan, a la compleja trama de sus continuidades y rupturas (2002, p. 32-33). De esta manera pretendía dirigir una dura crítica a las concepciones «espasmódicas» sobre las protestas y las rebeliones populares, que las interpretaban como respuestas reflejas a necesidades «económicas». Como decíamos antes, esa crítica estaba movilizada por una preocupación que ocupó un lugar central en su pensamiento: no subestimar la continuidad de tradiciones políticas y culturales en el proceso de formación de una clase, tema fundamental que remite directamente a la posibilidad de reconocer los procesos de autoconstitución de la clase, pues significa que ella no se organiza únicamente en torno a los imperativos y requerimientos

que impone el capital, sino que también interviene en dicho proceso la propia historia política y cultural de los sujetos. Sus memorias, tradiciones, valores culturales y estéticos, experiencias organizativas, anticipaciones utópicas. Es, pues, un asunto de «economía moral», tal como lo llamó Thompson. De la misma manera, la lucha por la recuperación de la Estación como espacio público supone nociones del bien público/común sostenidas y defendidas categóricamente y apasionadamente por los sujetos.

En tal sentido, el conflicto por los terrenos del ferrocarril (FC), su configuración, puede ser leída como un punto de llegada a la vez que de partida, es decir, un hecho que remite a las experiencias políticas pasadas de los colectivos involucrados (aquello que los había llevado hasta ahí: sus recorridos grupales particulares, tradiciones, formas organizativas y demás) y, a la vez, a una experiencia de encuentro e intercambio (con ambivalencias y tensiones) que los abría a nuevos horizontes: la apertura de procesos de rememoración, la construcción de la Estación como bien común, la visualización de los efectos del neoliberalismo, entre otros.

Los próximos dos apartados están dedicados a cada uno de esos recorridos. Por un lado, a una breve reseña de los recorridos grupales de cada uno de los colectivos, sintetizando las preocupaciones que organizan su experiencia –los motivos que los llevan a intervenir en el conflicto y la politicidad propia a partir de la cual lo hacían–, y por otro, a la experiencia de encuentro e intercambio que los abría a un proceso de creación colectiva, a la construcción de la Estación como lugar de la memoria.

### ***Experiencias y trayectorias colectivas: el punto de vista de los sujetos***

*Los ferroviarios. En defensa del trabajo*<sup>4</sup>

«**Entonces, va a destruir o va romper o va en contra de lo que nosotros estamos defendiendo, que es la fuente de trabajo de doscientas personas que están en el taller, que tiene más de cien años de historia. (...) Eso es lo que queremos, no queremos que se sigan favoreciendo las corporaciones como estas de Puerto Madero en detrimento de la actividad ferroviaria».**

Entrevista a Ricardo, 2008.

4. Una reconstrucción ampliada del punto de vista de los ferroviarios sobre el conflicto por los terrenos de la Estación puede consultarse en *Tradiciones políticas y memoria: significaciones sobre la noción de bien común en la experiencia de lucha ferroviaria* (Salomone, en prensa).

El grupo de ferroviarios resulta ser el sujeto «natural» del conflicto, tanto para sí como para el resto de los colectivos involucrados, pues su historia como grupo prácticamente coincide con el nacimiento de la Estación y de los ferrocarriles, es decir, su temporalidad se remonta hasta finales del siglo XIX. En tal sentido, el compromiso de los ferroviarios, su participación en la lucha por la recuperación de los terrenos, responde a una «cuestión histórica». En ese largo plazo de más de un siglo, los ferroviarios transitaron procesos marcados por profundas transformaciones estructurales y políticas vinculadas a su trayectoria de lucha (por cierto, larga y variada). Ello hace que sus experiencias presenten una enorme complejidad, pues se hallan ligadas a tradiciones anteriores.

La motivación principal que impulsó a los trabajadores ferroviarios a «salir a la calle» en los últimos años, a partir de 2007, fue la defensa específica de su lugar de trabajo en Mendoza, los talleres mecánicos ubicados en el predio en conflicto, en el cual se encuentran trabajando actualmente<sup>5</sup>. Además, lo hacían impulsados por las nuevas expectativas creadas acerca de la reactivación de los proyectos ferroviarios (fundamentalmente la refuncionalización de los trenes de pasajeros). Desde esas preocupaciones se involucraron los ferroviarios en el conflicto por los terrenos de la Estación. No obstante, si permanecemos atentos a la densidad de su experiencia, podremos reconocer que en

5. Según el testimonio de los ferroviarios, se trataría de los talleres más grandes de Curitiba hacia el sur, capaces de reparar una máquina al 100%, de desarmarla y volverla a armar. Allí se reparan todas las locomotoras en mal estado de la línea férrea. La infraestructura que ello implica (guinchos, puentes-grúas, galpones) hace muy dificultoso y costoso su traslado.

esas reivindicaciones intervenía el compromiso con otro tipo de demandas y cuestionamientos, tales como la defensa de los «bienes públicos» frente al «negocio privado», la crítica al modo de operación de ALL<sup>6</sup> –punto de partida para generalizar la crítica a las nuevas privatizaciones–, la afirmación de la dignidad del oficio y el deseo de recuperar «todo lo que se perdió». Estos asuntos heterogéneos configuran el posicionamiento de los ferroviarios frente al conflicto por los terrenos de la Estación y serán el punto de apoyo que permitió un acercamiento con otros sectores y organizaciones sociales como OSA y Casa América, también comprometidas, cada una desde sus posiciones singulares, en la lucha por la recuperación de la Estación como espacio público.

6. América Latina Logística (ALL) es la empresa de origen brasileño que actualmente tiene la concesión del transporte de cargas del ferrocarril General San Martín. Los testimonios de los ferroviarios enfatizan la lógica productivista (maximización de beneficios) a través de la cual ha operado dicha empresa, interesada únicamente en «hacer caja» sin importarle el «cuidado del material».

Los ferroviarios comenzaron a intervenir en el conflicto en 2007 participando en el ciclo de reuniones junto a OSA y a Casa América y ya en 2008 protagonizaron acciones y medidas de fuerza que

les dieron mayor visibilidad como colectivo. En este sentido, puede tomarse como punto de partida el 10 de marzo de 2008, fecha en que los gremios ferroviarios organizaron, en los terrenos de la Estación, un acto en conmemoración de los 15 años del cierre del ramal. Esa actividad puede ser considerada también un acto de reafirmación como sujeto político, pues era la primera que organizaban públicamente en los últimos años, y recién un mes después comienzan a protagonizar otras medidas de fuerza, piquetes y cortes de calle. Estas acciones se realizaron en contra de dos iniciativas estatales: el proyecto de apertura de una calle a través del predio de parte de la Municipalidad de la Capital y el convenio con Puerto Madero que impulsan el gobierno nacional y la misma municipalidad.

Como se ha dicho, el protagonismo de los ferroviarios se inscribe en una trama histórica que hunde sus raíces en los acontecimientos político-sociales de la historia nacional. Es en la relación entre pasado y presente que el colectivo adquiere un importante peso político-cultural, ideológico y simbólico. La temporalidad de su experiencia se remonta a la memoria de generaciones anteriores como tradición familiar de un oficio, experiencias políticas como la nacionalización de los ferrocarriles, los gobiernos peronistas y las perspectivas de crecimiento y progreso nacional y las profundas marcas que dejaron la privatización y desaparición de gran parte del sector. Esos recorridos son los que sostienen y animan en la actualidad la recreación de su proyecto colectivo y que alientan sus expectativas en una coyuntura política en la cual vuelve a discutirse la problemática del ferrocarril como sistema de transporte<sup>7</sup>.

En esa larga trayectoria encontramos dos experiencias clave para leer el posicionamiento de los ferroviarios, cuyas significaciones adquieren sentido cuando se contraponen.

En primer lugar, la experiencia del peronismo y la nacionalización de los ferrocarriles. Al respecto, la subjetividad ferroviaria señala una dialéctica histórica que vincula cuestiones de la trayectoria personal de los ferroviarios –sus tradiciones familiares– y las circunstancias histórico-sociales en las que esas tradiciones se apoyaron y forjaron, una determinada configuración del modo de producción capitalista y ciertos procesos político-culturales de la historia nacional. Los testimonios de estos trabajadores dan cuenta de prácticas sociales que históricamente han ido configurando los procesos de identificación de los ferroviarios, fuertemente vinculados al mundo del trabajo, a una experiencia en la que la actividad laboral

7. Los anuncios que hizo el gobierno nacional hacia fines de 2007 y principios de 2008, provocando una gran polémica, fueron registrado por los medios masivos de comunicación como el proyecto del «tren bala» o «tren de alta velocidad».



Taller de acrobacia en tela, organizado por Casa América, septiembre de 2006

8. Podría pensarse aquí en la noción de «tradición» que tiene en mente Raymond Williams (Williams 1977, p. 137), para quien el rescate del pasado es algo más que la mera supervivencia de no de sus segmentos inertes; por el contrario, es fruto de una «tradición selectiva» cuya memoria de configura a partir de los conflictos del presente y resulta poderosamente operativa dentro del proceso de definición e identificación cultural y grupal.

organizaba prácticamente la totalidad de la vida social, delineaba un norte, una trayectoria de vida que comenzaba con el ingreso al trabajo y finalizaba con el acceso a la jubilación. Así, la tradición que liga el mundo ferroviario a un momento de la historia argentina, el del peronismo, en el que se amalgama el período de industrialización sustitutiva de importaciones, los procesos de nacionalización de bienes y servicios, la conquista de derechos de los trabajadores y el mejoramiento de las condiciones de trabajo<sup>8</sup>. En efecto, la identificación de los ferroviarios como colectivo pone en juego una inextricable articulación entre la dinámica de la modernización capitalista y las ideologías-políticas locales y regionales que, de una manera singular, encarnaban en proyectos políticos concretos. La nacionalización de los ferrocarriles (junto a la de otros bienes y servicios públicos) efectuada entre 1946 y 1948 aparece en la memoria política de los sujetos como parte de un proceso de modernización nacional que representaba la adquisición de los recursos necesarios para el desarrollo y el crecimiento económico y social del país. El sector ferroviario ocupa un lugar simbólico importante en ese sentido, en tanto motor de ese proceso de modernización a través de las funciones de integración nacional y desarrollo económico-social asignadas al transporte férreo. Es considerable la presencia de anécdotas sobre

diferentes aspectos y situaciones que relatan esa «revolución» tecnológica que significó el ferrocarril, algo que, incluso, refiere a la fuerza física ejercida por la tracción de las máquinas<sup>9</sup>. En tal sentido, la defensa que hacen los ferroviarios de su sector tiende a coincidir en sus relatos con la defensa de los intereses de la nación, pues las privatizaciones significaron una pérdida en términos de la vida personal de cada uno de ellos, a la vez que un problema social que afecta a la totalidad del país, a la continuidad de su desarrollo, crecimiento y autonomía.

La segunda problemática, las privatizaciones de la década del 90, puede leerse a contraluz de esas imágenes construidas paulatinamente desde finales del siglo XIX y extendidas y mejoradas (al menos en su sentido social) en el período de las nacionalizaciones y la gestión estatal. Aquel mundo del trabajo que había sostenido las identificaciones ferroviarias durante largos años se fue transformando primero como producto de la imposición de dictaduras militares y luego de políticas neoliberales<sup>10</sup>. Lo crucial es comprender que las modificaciones en el terreno de las prácticas sociales (la organización del trabajo, por ejemplo), las interrupciones en la vida política y el cercenamiento de los derechos de los trabajadores (las dictaduras de 1955, 1966 y 1976) expusieron a los ferroviarios a un importante y complejo proceso de reconfiguración subjetiva.

Ahora bien, es precisamente este punto el índice para leer las discontinuidades históricas en la experiencia de los ferroviarios entre los procesos sociopolíticos vividos durante la hegemonía neoliberal y las condiciones actuales, poscrisis de 2001, que abrieron ciertos márgenes de posibilidad para cuestionar las concepciones dominantes. Porque si bien hoy el rechazo a las privatizaciones es un asunto que permite la agregación de voluntades –todos las evalúan negativamente–, por el contrario, en el momento de su implementación, la campaña mediática se sostuvo señalando los costos que pagaba el «pueblo argentino» por mantener los intereses corporativos de un sector, quedando la lucha de los ferroviarios reducida a una reivindicación «particularista». La fortaleza de esa campaña redundó en una opinión pública que apuntaba a la privatización como la mejor alternativa ante el socavamiento de las solidaridades sociales, a la idea de que no había

9. Es notable en las entrevistas el énfasis puesto en describir la magnitud y el alcance de la infraestructura ferroviaria, incluida la exaltación de la organización de los trabajadores: «Nosotros somos el taller general, este de acá, que es el más grande de Sudamérica (...)» (entrevista a Héctor, 2008); «El sindicato de La Fraternidad es uno de los sindicatos más viejos de Latinoamérica, ¡121 años cumplimos nosotros!» (entrevista a Luis, 2008).

10. En las entrevistas las referencias de los ferroviarios a las dictaduras son aisladas y fragmentarias, aparecen en el relato a través de alguna anécdota corta que, al pasar, deja entrever sus efectos sobre el ámbito laboral y las prácticas políticas del sector. Más bien, lo que ocurre es que son las privatizaciones las que han permanecido presentes en la memoria política de los trabajadores ocupando un lugar central en sus relatos. Entre otras cosas, ello sucede porque una de las características de la dictadura fue la *individualización* de la represión, no se podía hablar e indudablemente eso limitó las posibilidades de socialización y transmisión de la experiencia personal. Recordemos las hipótesis centrales que sostienen los estudios sobre la problemática de la memoria, ella se apoya en el diálogo y el encuentro con los/las Otros/as. Siguiendo el núcleo del pensamiento de Halbwachs (2004, 2005), se trata de una memoria colectiva y social.



espacio para imaginar otras alternativas: «ramal que para, ramal que cierra».

En la actualidad, los ferroviarios, parecen estar atravesando un momento vivido como contraparte de la época de las privatizaciones. Si en aquel período de derrota no se veía otra alternativa a la privatización, hoy, por el contrario, hay un consenso más amplio acerca de la necesidad de recuperar los espacios públicos que vuelve a colocar a los ferroviarios en un lugar importante en el escenario político. En tanto portadores de un pasado significativo, se tornan instancia de interpelación hacia otros sujetos y sectores de la sociedad. Desde ese lugar los ferroviarios participaron en el conflicto por los terrenos de la Estación, contribuyendo a construir el carácter público/común de ese espacio. Dicho aporte se realiza desde la especificidad político-cultural, que tiene como referencia insoslayable la experiencia peronista en tanto determinante del encadenamiento que ellos construyen entre público - estatal - pueblo - nación.

Esa experiencia del peronismo se encuentra presente en la memoria de los sujetos como registro crítico que les permite contraponer la lógica de las privatizaciones (del lucro y el cálculo) a la del respeto a la tradición de la clase obrera argentina y sus derechos, la dignidad de un oficio, los intereses generales y la defensa del bien común, que es el bien de la nación y de las generaciones futuras, merecedoras de un horizonte más amplio.

*Organizaciones Sociales Autoconvocadas: reconocernos como actores*



**Planteé que las organizaciones sociales éramos un actor social importante, digamos, un actor social nuevo, que debíamos reconocernos como actores. Y se propuso un encuentro. (...) A raíz de ese encuentro y de esa actividad se revitalizó Autoconvocadas. (...) Es como que adquiere un nuevo sentido. (...) Sobre todo en esta idea de ser actores y ser actores que tienen que ver con una lógica de transformación social, es decir, somos actores sociales para un cambio, para una transformación».**

Entrevista a Néstor, 2008.

11. Algunas de las organizaciones que participan son: Biblioteca Popular Valle Hualilán (biblioteca barrial), Asociación Tierra de Niños (defensa y promoción de derechos), Casa de la Memoria (derechos humanos), Asociación Huellas (vinculada a emprendimientos productivos), FEDEM, Fundación Ecuménica (derechos humanos, educación popular), Asociación Fortalecer y Fundación El Prosumidor (economía social).

Organizaciones Sociales Autoconvocadas (OSA) es un espacio de articulación (red) que incluye una gran diversidad en cuanto a las problemáticas sociales que aborda cada una de los agrupamientos que la conforman<sup>11</sup>. No obstante, ha transitado un proceso de reconocimiento

mutuo que con el tiempo fue decantando en un conjunto de preocupaciones comunes y un trabajo colectivo en función de objetivos compartidos. En lo que se refiere particularmente al conflicto alrededor de la Estación, la experiencia de OSA está signada por una concepción particular de práctica política que pone de relieve el debate en torno a la relación entre sociedad civil y Estado y lee el conflicto político ubicando en el centro del problema las tensiones entre lo particular y lo general. En efecto, su apuesta fue la de convocar a la articulación procurando conciliar los diferentes proyectos que proponían un determinado uso de los terrenos de la Estación (centro cultural, espacio verde, regreso del tren), promoviendo lo que consideran el antagonismo principal en dicho conflicto (del que depende la posibilidad de cualquier proyecto particular): la disputa entre lo público y lo privado, condensada en la consigna «no al uso privado de tierras públicas».

La historia de OSA (su emergencia y sus características) está vinculada a la crisis de 2001 y a los procesos sociales que surgieron alrededor de ella: algunos de sus miembros habían participado en organizaciones de desocupados, en movilizaciones sociales vinculadas a la lucha por el «plan social» y en apuestas a los emprendimientos productivos como alternativa laboral. En efecto, es posible reconocer en las preocupaciones que jalonaron su experiencia colectiva la marca de la temporalidad abierta por aquellos acontecimientos políticos. De ahí que haya algunas tensiones compartidas con otras experiencias organizativas en el resto del país<sup>12</sup>, como la tendencia a una repolitización de lo social («recuperación» de lo público-comunitario), la preocupación por los dilemas ideológicos surgidos frente a la crisis de representación política (debates en torno a las formas de organización) y las ambivalencias en la relación con el Estado.

El puntapié que da origen a la experiencia de OSA se remonta a 2003 y remite al debate público sobre la inseguridad que planteó el caso Blumberg. Desde aquel momento constituyente es posible identificar el modo de funcionamiento que en adelante adoptará. En primer lugar, tomar como punto de partida determinados acontecimientos sociales que impone la agenda pública y mediática y frente a los cuales es preciso asumir una posición («hechos políticos», según uno de los entrevistados). En segundo lugar, dicha posición se asume como proceso de búsqueda y construcción de una respuesta diferente a la hegemó-

12. En términos comparativos, se pueden ver grandes similitudes con la experiencia llevada a cabo por Encuentro de Organizaciones Sociales (EOS) entre 1997 y 2001 (Zibechi, 2002) y fundamentalmente con la experiencia de la Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas (COPA) durante 2001 y 2003 (Volonté y Vicente, 2009).

nica, es decir, como parte de una lucha ideológica y por la creación de una alternativa política. En tercer lugar, aparece el sujeto de esa práctica, el punto de vista desde el cual se piensan esas alternativas: desde las organizaciones sociales de la sociedad civil. Esa mirada y esa voz ponen de manifiesto la problemática alrededor de la cual se organiza la experiencia de OSA: las tensiones entre sociedad civil y Estado y las propias contradicciones dentro de la misma sociedad civil. Por último, también podemos advertir lo que va a constituir la preocupación permanente del grupo y su gran apuesta: la necesidad de superar la fragmentación de la lucha social con vistas a construir una voluntad colectiva que logre articular el conjunto de la práctica política que llevan a cabo distintas organizaciones sociales.

Gran parte de su recorrido grupal coincide con ese proceso de autorreconocimiento como sujeto político dentro del cual es posible advertir al menos tres definiciones ideológico-políticas que organizan la modalidad de su práctica.

a) «*Tenemos que decir qué y cómo lo queremos*». Algo compartido con aquel *ethos* post 2001 será que en sus identificaciones poseen la misma importancia la forma y el contenido, el qué queremos y el cómo lo queremos. OSA funciona a través de una reunión semanal en la que las distintas organizaciones participan por medio de algunos/as de sus miembros, llevando al «espacio» común las problemáticas que están trabajando en ese momento en sus respectivas comunidades, ya sea proponiendo trabajar algún conflicto particular surgido en la coyuntura o dando a conocer el programa de actividades que se encuentran realizando. El objetivo de esas reuniones es articular el trabajo que lleva a cabo cada una de las organizaciones sociales, y para ello se pone énfasis en el carácter horizontal («sin jerarquías») del espacio de articulación. En efecto, la forma de organización también hace al contenido, en el sentido de que la política de autoconvocados (su programática) no se define con anticipación al camino que colectivamente van abriendo, sino que esta resulta de ese trabajo grupal.

b) *Estado y sociedad civil. Gestión de lo social y políticas públicas*. Gran parte de la práctica política de OSA estuvo vinculada a su participación en otro nivel, el «superestructural», y tenía como objetivo general lograr cierta participación en la definición de la política pública<sup>13</sup>. En ese punto, cobra importancia la interacción que tenía el grupo con las diferentes instancias del Estado y las estra-

13. Entendemos por política pública el medio por el cual el Estado distribuye recursos económicos y simbólicos, el conjunto de intervenciones por el cual se determina la forma en que serán asignados los recursos en vista a satisfacer las demandas de la población. En este punto consultar los trabajos de Pierre Bourdieu (2002). Durante el período del denominado Estado de Bienestar (época de oro del capitalismo), la política pública se determinó como contribución a la reproducción ampliada del capital. Con el cambio en la forma y función del Estado, neoliberalismo mediante, se transforman paulatinamente en políticas sociales contra la pobreza, es decir, políticas focalizadas y fragmentarias y, generalmente, políticas «enlatadas».

tegias que en ese sentido han definido. Los testimonios indican que uno de los grandes puntos de coincidencia que dan lugar a OSA es la preocupación por una sociedad civil que tenga una mayor participación en la transformación y gestión de lo social, ser «actores para el cambio». Algunas de las decisiones tomadas en función de esto se canalizaron en la apertura de diversas instancias de diálogo con el gobierno (reuniones con ministros, con el gobernador, con legisladores) y en la propuesta de conformar algunos «consejos consultivos».

c) *OSA y la recuperación del espacio público*. La cuestión de la recuperación del espacio público en la experiencia de OSA constituye otra de las preocupaciones comunes que permitió la conformación de ese espacio de articulación. Se trata, por ello, de una búsqueda que trasciende el conflicto particular en torno a los terrenos de la Estación. Antes que eso, el grupo se involucra en dicho conflicto al entenderlo como continuidad de las prácticas políticas que llevaban a cabo en relación a diferentes problemáticas sociales desde hacía algunos años<sup>14</sup>. El grupo comparte ampliamente la inquietud por la defensa de los espacios públicos –«no al negocio inmobiliario, no al saqueo»–, incluso, comparte la idea de que la disputa entre lo público y lo privado es el eje que podía articular los proyectos particulares que los demás sujetos tienen en torno a la Estación. Pues de su resolución depende la posibilidad de cada uno de ellos.

Ahora bien, si OSA pudo conformarse en torno a este núcleo de preocupaciones comunes, donde la apuesta principal del colectivo fue al trabajo de articulación entre una heterogeneidad de organizaciones sociales, las tensiones y atolladeros que encuentra su experiencia aparecen en ese mismo punto: una vez identificadas ciertas problemáticas comunes, las propuestas elaboradas son leídas en claves distintas, pues quienes integran OSA tienen formaciones y trayectorias de militancia disímiles e intereses diferenciales. En su composición, OSA incluye miembros que provienen de variadas tradiciones y experiencias políticas. Así podemos encontrar una gran mayoría vinculada a prácticas partidarias en la década del 70, sujetos vinculados a partidos de izquierda marxistas –como el PRT– o peronistas –como Montoneros–, personas con experiencias ligadas a organizaciones barriales de base dentro del contexto del retorno a la democracia, hacia comienzos de los años 80 (cooperativas de vivienda, por ejemplo), e integrantes que carecen de una tradición

14. OSA había estado trabajando durante gran parte de 2006-2007 en torno a la cuestión del ordenamiento territorial y el debate por la Ley de Uso del Suelo. Además, por entonces lograba un lugar importante en la opinión pública y mediática la lucha por el agua pura y contra la megaminería contaminante que llevó a cabo la AMPAP y la lucha de la Universidad Nacional de Cuyo contra la apropiación de sus terrenos de parte de Dalvian SA (Grupo Vila). Ambos conflictos fueron parte de las preocupaciones de OSA y constituyeron experiencias de lucha y organización con las que mantuvieron contacto e intercambio.

política definida y cuya posición en la organización se vincula a la experiencia de los años 90, a la reforma del Estado y al surgimiento del llamado «tercer sector», desde el cual comparten la creencia de que es posible contribuir, a partir del «conocimiento técnico», a la construcción de soluciones políticas para los usos del espacio público.

Así, en su conjunto contiene concepciones diferenciales de lo público, de sus maneras de construcción, del lugar que ocupa el Estado en dicho proceso, unas veces interpretado como público-estatal, otras como público-comunitario, mientras que algunos miembros distinguen entre Estado y gobiernos y otros se refieren a ambos de manera un tanto ambigua. Lo crucial ha sido que, finalmente, lo público se liga a una contraposición clara con lo privado.

En efecto, la tensión entre la búsqueda de un punto en común y la propensión a la dispersión conforman uno de los rasgos de este espacio, que se plantea de articulación entre proyectos procedentes de trayectorias, tradiciones políticas e intereses heterogéneos y a menudo escasamente conciliables entre sí. No obstante, en lo que respecta al conflicto por los terrenos de la Estación, aquella politicidad propia de OSA fue la que la impulsaría a intervenir en el conflicto. Su función como convocante y su preocupación por la articulación de los colectivos involucrados en el conflicto por la Estación le dieron un lugar importante en la configuración y en la dinámica de esta experiencia de lucha.

#### *Casa América y la experiencia de okupación de la Estación<sup>15</sup>.*

15. Una reconstrucción ampliada de los procesos político-organizativos vinculados a la experiencia de okupación de Casa América puede encontrarse en *La okupación como forma de recuperación del espacio público. La experiencia del colectivo Casa América en Mendoza (2006-2008)* (Salomone, 2011).

Casa América es un colectivo artístico que, como se verá, fue delineando trabajosamente una táctica, la okupación de la Estación, significada luego como estrategia de «recuperación» del espacio público. Sus integrantes eran, en su mayoría, jóvenes, varones y mujeres, de entre 25 y 35 años y vinculados a la actividad artística (actores/as, músicos/as, artistas plásticos/as, acróbatas, clowns, diseñadores/as, titiriteros/as). Si bien reivindican el arte callejero, la mayoría ha sido formada en circuitos académicos, ya sea que se encuentren graduados/as o estén cursando sus estudios, aunque también encontramos a quienes aprendieron su oficio «en la calle». Cabe destacar también la participación de personas provenientes de las ciencias sociales que estuvieron vinculadas a un taller de Historia Local que buscaba recuperar la historia de la Estación.

A fin de exponer las tensiones que marcaron el recorrido colectivo de Casa América, desde la perspectiva que interesa en este trabajo podemos reconocer dos momentos diferenciales en su experiencia organizativa, según la okupación aparezca ampliando o limitando la recuperación de la Estación como espacio público.

a) *Entrar a la Estación: un espacio denso*. En marzo de 2006 ingresan las primeras personas al terreno de la Estación con intenciones de okuparla. Lo que las movilizaba por entonces era la falta de un lugar donde poder organizar La Quema<sup>16</sup>. El relato sobre los orígenes remite a un grupo de artistas que desde hacía algunos años realizaba actividades vinculadas al arte callejero y al teatro comunitario: la Mansa Moviada, la Ludoteca, el Cabildo de Juegos y la Quema del Tiempo son algunas de ellas. «Una calle nos une», dice el mural que pintaron en una de las paredes de la Estación. Según sus testimonios, desde el primer momento se puede identificar la presencia de dos inquietudes colectivas simultáneas y solidarias entre sí: la «falta de espacio para desarrollar la cultura» y el deseo de recuperar lo público, manifestado como parte de ese interés por reivindicar el arte callejero y el teatro comunitario.

De cualquier modo, la okupación de la Estación será el principal factor común en torno al cual su identidad grupal se organice y también a través del cual se transforme y recree. La mayoría señala que comenzar a okupar la Estación significó simultáneamente «hacerla surgir» tras los matorrales, un descubrirla por debajo de los escombros y de las cenizas (recordemos que el edificio se encontraba incendiado y abandonado). Con la mirada puesta en la realización de la Quema del Tiempo, ingresan a la Estación a limpiar y a comenzar con las tareas para el armado del escenario donde se celebraría. Lo crucial para entender esta etapa es advertir que en este momento okupación y recuperación pública del espacio marchaban a la par: a la vez que el grupo se introducía cada vez más en la Estación, esa okupación se constituía en instancia a partir de la cual poder convocar a otros/as, vincularse, conocerse y proyectarse en ese lugar.

Es el período en el que comenzaron a organizar actividades y a poner en funcionamiento algunos talleres, en su mayoría artísticos, para «darle vida» al lugar. Percusión, acrobacia en tela, folclore y un proyecto de investigación de historia local fueron algunos de

16. La Quema del Tiempo es una celebración cuya historia se construyó a través del sincretismo entre diferentes orígenes culturales (como proceso de apropiación-reapropiación, resignificación). Por una parte, una de sus filiaciones pertenece a un festejo de la cultura incaica celebrada al comienzo de cada invierno, el día de la noche más larga (el solsticio del hemisferio sur), en el que se ruega al sol por su energía y calor. El otro lugar de procedencia se refiere a la influencia del cristianismo en América, que se apropia de aquel festejo pagano resignificándolo a través de las representaciones de San Pedro y San Pablo, mártires que murieron en una hoguera. Recientemente, durante las décadas de 1940 y 1950, se estableció como tradición el 29 de junio como el día de San Pedro y San Pablo. cuando los/las vecinos/as de cada barrio construyen un muñeco, encienden una fogata y queman en señal de haber sido echadas a las llamas las «mufas» (la mala suerte).

17. El taller de Historia Local buscaba reconstruir la historia de la Estación recuperando la voz de sus protagonistas a través del contacto con los ferroviarios y el relato de los familiares. En tal sentido, se puede decir que okupar la Estación era una acción que no solo ponía en juego el espacio, sino que también comprometía al tiempo como parte de una auténtica pre-okupación, un comenzar a interesarse por la historia del lugar (por la recuperación de su pasado) y a interiorizarse en su realidad actual.

ellos<sup>17</sup>. La okupación promovía la convocatoria a otras personas a sumarse al proyecto en curso. En un auténtico proceso de creación colectiva, esa convocatoria hecha sobre la práctica fue generando en el encuentro con el/la otro/a y, «sin darse cuenta», un cambio en la prioridad otorgada a las motivaciones que impulsaban la okupación.

Lo que operaba como fuerza convocante para otras personas y organizaciones era el hecho de que esta experiencia se vivenciaba como un involucramiento con la «realidad argentina». De esa manera, el proceso de okupación fue simultáneo a un paulatino reconocimiento público que permitía establecer cierta continuidad entre esa «crítica en acto» y lo vivido por otros sujetos sociales. Así, en torno a la okupación de la Estación se daba una operación de crítica cultural e ideológica de impugnación y rechazo a los efectos producidos por el neoliberalismo y la actual «desidia de los políticos», que, a la vez, legitimaba la reapropiación del espacio. En efecto, la okupación iba de la mano de su recuperación como espacio público, es decir, de una resignificación colectiva cuya trama simbólica comprometía al pasado, al presente y al futuro<sup>18</sup>. Dicha complicidad (densidad temporal) tenía como sostén una operación ideológico-cultural implícita en la acción directa de la okupación, la lucha contra el abandono y los proyectos de privatización de los espacios públicos.

18. Es por ello significativo el nombre que curiosamente tuvo la primera actividad pública que realiza Casa América en la Estación: La Quema del Tiempo.

b) *Tensiones en torno a la okupación: Entre «poner el cuerpo» y «tomar la palabra».* A partir del testimonio de algunos miembros de Casa América, es posible reconstruir una definición de okupación que, como concepción ideológico-política, se encuentra cercana a la descripción que hace Adriana Petra de una de las corrientes actuales del anarquismo, denominada de «estilo de vida». La teorización de Petra parte de una hipótesis de fondo: la identidad del anarquismo se ha ido constituyendo históricamente sobre la lucha de clases, modificándose en función de las formas de autoridad propias de cada época histórica (Petra, 2001, p. 10). En tal sentido, el anarquismo de estilo de vida sería heredero de la problemática abierta por los llamados «nuevos movimientos sociales» y la emergencia de sus formas de contestación: el desplazamiento de la centralidad asignada a la clase obrera en la constitución de los movimientos antisistémicos, la subjetividad como forma de subversión, el predominio de lo micro y el cuestionamiento de la Revolución como momento redentor capaz

de cambiar las estructuras del poder. Los procesos de fondo sobre los que emergían estas nuevas formas de contestación refieren a una profunda reelaboración de la problemática del poder, proceso de transformación de la autoridad que acompañó la emergencia de una nueva organización del modo de producir y reproducir la vida.

Ahora bien, se trata de un anarquismo que no puede explicarse como sistema de creencias fijas y estables, sino que expresa una «sentimentalidad antijerárquica», que se presenta fundamentalmente de carácter cultural. Es un anarquismo que se hace en la calle, en la pareja, en la forma de relacionarse con la naturaleza, que no se movilizaba desde la confrontación ideológica, la disquisición analítica o la argumentación política y racional, sino desde la experiencia cotidiana y la vivencia personal (Petra, op. cit., p. 17-18).

Volvamos sobre la experiencia de Casa América. En primer lugar, cabe destacar la coincidencia en la periodización que hace la autora respecto del contexto en el que aparecieron en nuestro país esos grupos contraculturales, eminentemente juveniles: el retorno a la democracia en 1983, época marcada por un fuerte despertar en el campo inmediatamente político, pero también en aquel más amplio y difuso de la cultura. Los/as integrantes de mayor edad en Casa América remiten sus primeras experiencias político-culturales a ese momento particular de la historia argentina.

«Yo... (silencio) en el 82, con un grupo que se llamaba Libertad, tomábamos la Alameda todos los fines de semana, y había desde plástica, música... danza (silencio). (...) Y... se acababa de abrir la democracia y estábamos... Queríamos toda la libertad del mundo, ¡queríamos y la teníamos! Y a la vez no».

Entrevista a Tony, 2007.

Concomitante con las transformaciones vinculadas a la mundialización capitalista en el terreno de las prácticas sociales, hay un esfuerzo por recrear la identidad desde los «márgenes» de la cultura. Adriana Petra advierte que el anarquismo de estilo de vida ya no encamina su lucha contra la patronal ni contra el Estado, sino que problematiza la jerarquía en otros ámbitos de la vida y las relaciones sociales. En tal sentido, la dicotomía ya no es entre burguesía/proletariado, sino entre los políticos y la chusma, una reivindicación de los «deshechos» en relación con la cultura dominante.



◀◀ **Yo pienso que la cultura, la cultura que a mí me interesa, viene de las cloacas, ¿no? Viene de lo turbio, viene de la oscuridad hacia la luz. Eso es lo que más me interesa, la cultura que me llama la atención, esa desesperación que nace de esos lugares».**

Entrevista a Pini, 2008.

Inscriptos en estos horizontes ideológico-políticos, los miembros de Casa América fueron organizando y diseñando la okupación de la Estación. La manera en que relatan lo que para ellos es una okupación pone en juego una forma de definir ese ideal regulativo en torno al cual se ha identificado en cada época histórica el anarquismo: la libertad. «Yo, si lo quiero, lo hago. Soy libre de hacerlo. He ahí el punk» (Entrevista a Matu, 2008).

Así, la antijerarquía es acentuada de manera particular, no contra un conjunto de relaciones tradicionales y opresivas más o menos identificables, sino en general contra un «sistema» que se problematiza desde una sensación creciente de aprisionamiento normativo (Petra, op.cit. p. 19).

◀◀ **Yo creo que, sin duda, hay una toma de posición. Por momentos creo que es ante este sistema en el que estamos, y es de alguna manera acercarse a la idea de que se puede recuperar de alguna forma un pueblo, se pueden recuperar otras formas de organizarse. Me parece que tiene que ver con eso, con el okupar el espacio sin tanta designación política, sin tanto... Sin que te den la orden de ahora sí, ¡ahora vos podés! No esperar la orden, la okupación tiene que ver con el proponer de alguna manera las ideas de uno».**

Entrevista a Ciro, 2008.

El testimonio anterior define la okupación como una toma de posición ante «el sistema» que implica principalmente una acción directa, un hacerse cargo que no espera su orden. Varios de los testimonios definen la okupación en oposición al «poder burocrático» que impide el libre desarrollo del sujeto y sus capacidades. En el anarquismo de estilo de vida, la relación con la ciudadanía, el sistema político y las instituciones son de una absoluta ajenidad. Nada hay en la política y la democracia más que falsedad. Con referencia al año 1984, Eduardo señala:

◀◀ **Fundamentalmente, creíamos en la democracia. En la democracia en la que vivimos no. En la verdadera democracia, en la verdadera sí**

**sigo creyendo. Pero en esta democracia que tenemos ahora, eh... me parece totalmente incierta, pagana, pelele... Cualquiera. En aquella época se acababa de romper todo, ganaba Alfonsín, volvía la democracia después de tantos años de sufrimiento... ¡Se creía! O sea, para mí, esa es la diferencia abismal».**

Entrevista a Eduardo, 2007.

Casa América piensa su experiencia política asentada en esa desconfianza actual en «la política» y los políticos<sup>19</sup>.

Se trata entonces de una toma de posición que, sin dejar de pertenecer al orden de lo político, se distancia de la política en tanto poder burocrático, estableciendo una clara distinción entre ambas en términos de las temporalidades que cada una supone, el «tiempo de lo político-burocrático» frente al «tiempo de la okupación»:

19. Ver cómo aparece este rechazo hacia «la política» en la experiencia de la Biblioteca Popular Pablito González analizada en el trabajo de Nazareno Bravo para esta edición.

« Yo, en el terreno de la política, por momentos hablo de lo partidario y por momentos hablo de lo político burocrático, el tiempo burocrático que tienen la política o el Estado, ¿no? Por ahí el Estado tiende a ser burocrático, y quienes manejan el Estado son tipos que están en una función política. Ese tiempo se diferencia de la okupación porque nosotros vamos a tiempo cotidiano y sin pedir permiso. Queremos hacer esto de esta manera y lo hacemos. Entonces, el hecho es político, ese hecho cultural, es un hecho político, porque de alguna manera tomamos posesión ante un espacio y nos hacemos cargo de limpiarlo, nos hacemos cargo de que suceda algo ahí».

Entrevista a Ciro, 2008.

« (...) Donde nuestros tiempos eran, siguen siendo, inmediatos, y los tiempos de los burócratas son eh... son otros. (...) No sé, tienen los ojos en otro lado y las necesidades en otro lado. Nuestras necesidades eran ahí, eran inmediatas, salir, trabajar, tener electricidad, agua».

Entrevista a Eduardo, 2007.

Ahora bien, los atolladeros a los que se enfrentó la okupación en tanto estrategia de recuperación de la Estación como espacio público tenían origen como efecto de los compromisos asumidos en la misma lógica de la okupación, es decir, no se trataba de factores externos, sino de la manera en como la definieron los miembros de este colectivo. Pues la necesidad de ganarle tiempo al poder burocrático

precipitándose en la pura acción tendía a suspender toda dialéctica social de producción del sentido que permite la creación colectiva de lo público, un poder-hacer que no depende de los tiempos propios, sino del arreglo con los/las otros/as.

« **¿La toma de decisión, quién la hace? ¿Con quién la hacés? ¿Solo? ¿O la hacés con la gente? Ese hecho político de hacerlo con la gente me parece que es como el punto en la relación con la política. La cagada es que la política está como. (...) Para nosotros, uno de los criterios fue “del dicho al hecho, el camino es derecho”, y es como eso».**

Entrevista a Ciro, 2008.

El testimonio de la misma persona continúa señalando el punto decisivo en relación con la cuestión política: «¿solo o con la gente?». El rechazo a la política tradicional, a la distancia que esta ha marcado entre lo dicho y lo hecho, se realiza como un poder-hacer sin permiso, como acción directa que no deja advertir cómo se produciría ese diálogo con la gente. Cómo dialectizar los polos de la tensión entre okupación y construcción de lo público, cómo transitar los conflictos entre poner el cuerpo y tomar la palabra. Ese es el interrogante en el que se debate la okupación como forma de recuperación de la Estación como espacio público.

### ***La irrupción de la Estación en el espacio público: memoria y conflictividad***

« **Yo felicito a este grupo de jóvenes, porque nosotros nos vamos ya. De acá a poco tiempo nos vamos... La macana es que quedaron los muros. ¡Existe la Estación Mendoza!»**

Don Leal, ferroviario jubilado.

El pasado trae consigo un índice secreto que lo remite a la redención. [...] Existe un acuerdo tácito entre las generaciones pasadas y la nuestra. Nos han aguardado en la tierra. Se nos concedió, como a cada generación precedente, una débil fuerza mesiánica sobre la cual el pasado hace valer su pretensión. Es justo no ignorar esa pretensión. Cualquiera que profese el materialismo histórico sabe algo de ella. (Walter Benjamin, Tesis II sobre filosofía de la historia, 1940.)

El apartado anterior nos permite advertir que, al analizar la dinámica y la configuración del conflicto, hay que tener en cuenta que los tres colectivos sociales se involucraron en diferentes momentos de su trayectoria grupal. La cronología del conflicto, por eso, resulta poco

cronológica. El momento en el que cada colectivo es interpelado por «el conflicto», más aún, aquello que los convoca, responde a temporalidades particulares, a su propia historia. Ahora bien, desde sus respectivos recorridos grupales y ritmos dispares, también fue posible, a través de la experiencia de encuentro e intercambio, tejer una temporalidad común, algo del orden de la creación colectiva que era parte constitutiva de la problematización de estos terrenos y que no se encontraba presente con anterioridad en ninguno por separado. Algo que, por el contrario, remite a los entrecruzamientos con el/la otro/a. El diálogo y el intercambio de experiencias disímiles ponían en juego nuevas posibilidades colectivas, por ejemplo, al compartir información sobre la voluntad política del gobierno, sobre la historia del ferrocarril, sobre el conocimiento de los convenios realizados entre el Estado nacional, el municipio y Puerto Madero, así como también facilitaba el contacto con funcionarios de distintos niveles administrativos y el acceso a los medios de comunicación. Asimismo, esa vinculación significó la aparición de nuevas dificultades y tensiones colectivas ligadas tanto a las modalidades del debate como a las diferentes lecturas del conflicto que hacía cada grupo (diagnóstico, causas y posibles alternativas políticas). Es decir, la articulación proporcionaba oportunidades y tensiones vinculadas a las particularidades de cada uno de los colectivos, exponiéndolos al desafío de lograr acuerdos que permitieran construir un camino en conjunto. El período de reuniones estuvo marcado por el intento de llevar a cabo una lucha en común y, a la vez, desafiar el conjunto de dificultades y tensiones encontradas en esa búsqueda.

A continuación, el objetivo es advertir algunos procesos que llevaron a esa particular configuración del conflicto, es decir, el proceso de identificación de un problema común, la recuperación de la Estación como espacio público. En ese recorrido, la memoria colectiva respecto de la Estación ocupa un lugar de suma importancia: las imágenes del pasado de la Estación son recurrentes en el discurso de cada uno de estos colectivos. ¿Por qué ese recurso al pasado? ¿Cuál es el lugar que ocupa la memoria en la configuración de este conflicto y en la constitución de los sujetos colectivos? ¿Qué pasado es el que sobrevive y se actualiza? Estas preocupaciones constituyen el telón de fondo sobre el cual se desarrolla este apartado. Las respuestas a estos interrogantes llevan a analizar la significación que tiene la problemática de la memoria como asunto teórico y político en la experiencia de los sectores subalternos: ¿Cuándo la cuestión de la memoria se convierte en un asunto relevante en sus experiencias políticas? ¿Qué condiciones

históricas y subjetivas permiten hacer del recuerdo un recurso para reelaborar la historia y construir el futuro deseado?

Las preguntas colocan en el centro el papel de la memoria en la construcción de las identidades políticas de los/las subalternos/as y en las articulaciones entre memoria y praxis.

*Lugares de la memoria: el problema de la transmisión del pasado*

«Nosotros nos vamos ya. De acá a poco tiempo nos vamos... La macana es que quedaron los muros». ¿Qué otra cosa de la Estación podría permanecer más que sus paredes, aun con todo lo arruinadas que puedan encontrarse? ¿Cuál puede ser mejor índice del paso del tiempo que el estado de sus hierros y estructuras? La frase de don Leal quizás tenga que leerse como un intento de encontrarle alguna solidez a todo aquello que se creía estable e inamovible y que en las últimas décadas los ferroviarios vieron «desvanecerse» con el cierre de los ferrocarriles, las privatizaciones, los despidos, su abandono, su deterioro y ahora su posible venta a Puerto Madero.

La conflictividad social deja marcas en el territorio, lo transforma, lo reordena, lo produce y destruye. En efecto, los espacios físicos, con sus transformaciones a lo largo del tiempo, pueden ser tenidos como escenarios en los que se han desplegado demandas y conflictos entre diferentes grupos y fuerzas sociales. Así, las marcas territoriales pueden leerse como índice de ese proceso de territorialización de su historia, como nexo entre pasado y presente. Los llamados «lugares de la memoria» (monumentos, memoriales y demás) son puntos de entrada para analizar las luchas por los sentidos sociales del pasado reciente (Jelín y Landgland, 2003). La Estación del ferrocarril, a través de sus marcas en el espacio físico, puede dar cuenta de las disputas políticas de las que a lo largo de su historia fue objeto. En tanto lugar que evoca esas memorias políticas, interviene en las disputas del presente, en los conflictos entre los diferentes proyectos ideológico-políticos en torno al destino de sus terrenos.

Ahora bien, la Estación como lugar inscribe el conflicto alrededor de esos terrenos en una perspectiva histórica, articulando la conflictividad del presente con el pasado y con el futuro. Ese proceso de simbolización histórica, según Jelin y Landgland, es el que convierte a los espacios físicos en «lugares» con ciertas significaciones histórico-sociales singulares: «Lo que antes era un mero “espacio” físico o geográfico se transforma en un “lugar” con significados particulares, cargados de sentido y sentimientos para los sujetos que lo vivieron» (Jelín y Landgland, 2003, p. 3). La instancia que hace posible la trans-

formación de un espacio físico en un lugar de la memoria es la praxis de los sujetos<sup>20</sup>. Los lugares de la memoria, la construcción de monumentos, la conmemoración de fechas y acontecimientos del pasado, el convertir a estos procesos de rememoración en una cosa pública son todas cuestiones que devienen de la práctica de los sujetos, del encuentro e intercambio, de una búsqueda de reconocimiento de su memoria y de su legitimidad política.

La memoria colectiva forma parte de los procesos culturales de un grupo o una sociedad. Incluir la cuestión de la memoria dentro de la problemática cultural nos obliga a pensar la memoria de los sectores subalternos al interior de los avatares a los que está sujeta la cultura popular en general. Nos referimos principalmente a la necesidad de comprender que también la memoria de un grupo conlleva las marcas de las relaciones de dominación y subordinación en las que se encuentra sumergida. De esta manera, la problemática de la memoria es colocada (también) desde el punto de vista teórico en el seno de la lucha de clases, es decir, en el terreno de la asimetría desde la cual los sujetos intentan dotar de continuidad (entre pasado y presente) al relato propio que articula su experiencia. Y es esa misma asimetría la que, desde el punto de vista de los sectores subalternos, ubica en el centro del problema la cuestión de la «transmisión» de la experiencia. En tal sentido, Antonio Gramsci decía:

«La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes». (Gramsci, 2004, p. 493).

«Nosotros nos vamos, pero los muros quedan». Retomamos esta frase porque, de alguna manera, anuda y expresa en forma densa cuestiones importantes en la experiencia de los sujetos que se reúnen en torno al conflicto por la Estación, esa compleja amalgama entre lo histórico (la transmisión generacional), la política (la constitución de sujetos) y el lugar de la memoria en dichos procesos. Por decirlo en los términos de Benjamin, la tarea a la que parecen avocarse (fundamentalmente los ferroviarios) es la de la recuperación de las ruinas para una lectura «a contrapelo» de su historia, su imagen pasada justo en el momento de peligro. La posibilidad de reconstruir la historia a partir de la materialidad heredada, en este caso, de las ruinas como memoria objetivada se realiza desde los conflictos del presente

20. La transformación del espacio físico en lugar de la memoria es lo que marca principalmente la experiencia organizativa en torno a la okupación de parte del colectivo Casa América. Su recorrido grupal coincide con ese proceso.

(la edad y el estado de esas paredes, sus significaciones, la disputa por sus destinos posibles), aunque para ello se recurra al pasado, a la imagen de la «vieja Estación».

La frase de don Leal manifiesta, sin dudas, el problema de la «transmisión» de la experiencia pasada, cuestión central en la problemática de la memoria, pues tal como supo enfatizar Yerushalmi (Yerushalmi, Loreaux, Milner y Vattimo, 1988), más que un olvido colectivo, la ausencia del recuerdo debe entenderse como

21. Habría que señalar que si bien el texto de Yerushalmi tiene la gran ventaja de poner en relieve la cuestión de la transmisión en la problemática de la memoria colectiva, su enfoque tiende a oponer la memoria (recuerdo) al olvido (no-recuerdo), algo que ha sido ampliamente cuestionado en los estudios de la memoria.

22. El contexto en el que fueron dichas estas palabras permite pensarlas en este sentido del deseo de transmisión. Se trató de una actividad organizada por el colectivo Casa América (el grupo con miembros más jóvenes de los colectivos analizados en este trabajo) en diciembre de 2007, llamada Cuentarías, en la cual se invitó a algunos ferroviarios (participaron, entre otros, dos jubilados, uno era don Leal) a realizar una especie de «visita guiada» por la Estación, un recorrido por las instalaciones en el cual relataban su vivencia, el funcionamiento del ferrocarril, algunas anécdotas. La frase fue dicha hacia el final de la actividad, en la que se propuso una puesta en común entre los ferroviarios y las personas que habían asistido y participado de la actividad, instancia que buscaba fomentar el intercambio entre ambos.

una interrupción en los mecanismos de transmisión generacional<sup>21</sup>. En tal sentido, pienso que la frase está indicando un esfuerzo por hacer efectivo algún tipo de transmisión entre pasado y presente. Da cuenta de un «deseo» de transmisión que es dialógico, es tanto un deseo de testimoniar la experiencia de vida pasada –de socializar su memoria– como, desde el otro lado, el deseo de quienes, interesados en escuchar sus palabras, convocan a dar testimonio<sup>22</sup>. En tal sentido, algunas dinámicas que encontramos en la experiencia de recuperación de la Estación como espacio público se acercan a las cuestiones planteadas en el debate sobre la construcción de monumentos. Según Hugo Achugar (2003, p. 192), el monumento puede entenderse como la construcción de un signo que intenta vincular pasado y futuro, que se supone que habrá de avisar a quienes vienen detrás qué fue lo que pasó antes, es decir, como objetivación de la memoria. El autor afirma que el monumento trata de vencer al tiempo y al olvido, de reafirmar un origen. En efecto, podemos entender la frase como el intento de fijar a las paredes un sentido que sobreviva al paso del tiempo, a la transitoriedad de nuestras vidas.

Desde las clases dominantes se procura una memoria unívoca, intentando fijar en el espacio físico un sentido único de lo que fue el pasado según las significaciones que ese colectivo desea preservar en un momento determinado (históricamente situado, marcado por inscripciones de clase, etnia, género y edad). Teniendo en cuenta esto, es posible entonces entender la memoria pública como un «campo de batalla» en el que diferentes memorias (populares, oficial, etc.) compiten por la hegemonía. En tal sentido, los lugares de la memoria serían espacios de materialización de ese campo de batalla. El monumento y los memoriales, el conjunto de las conmemoracio-

nes, en tanto signos de lo que fue el pasado, son también un «signo ideológico», constituyendo un terreno en el que se lleva a cabo una disputa por su significación (Voloshinov, 1992). En efecto, más que ver al monumento como mensaje unívoco, consensuado y gestor de nuevos consensos, lo que se despliega en torno a su constitución es un escenario de luchas de sentido, de definición de distintos «nosotros» y de competencia entre memorias particulares, atravesadas por lo nacional, lo regional y lo internacional, así como también por el cruce transversal de la condición de clase, etnia y género sexual.

Los sujetos subalternos llevan adelante sus procesos de rememoración sobre condiciones reales y desiguales que imponen límites y presiones a sus capacidades de articular un relato propio respecto de su experiencia. En consecuencia, la tarea de reconstrucción de la experiencia puede considerarse parte de las tareas político-culturales que deben encarar los movimientos y las organizaciones sociales en la constitución de su identidad como sujeto político.

*Recuerdos de la Estación, sentimientos y emociones*

«**Fuimos a limpiar todo, si era una mugre eso... A limpiar, fuimos a restaurar, a limpiar y a restaurar, y había mucha energía, ¿no? Porque la gente se acordaba, porque estaba bueno y había mucha energía...».**

Entrevista a Pini, 2008.

«**¡Uh! Acá fue el último viaje, me despedí de mi novio y no sé qué... Entonces, cada uno que se acercaba era un recuerdo, eran cosas lindas. ¿Me entendés? Y feo por otro lado, porque era ver como quedó eso... O sea, la gente *flasheaba* de ver cómo había quedado ese lugar después de que... Había gente que no había vuelto después de años a ese lugar...».**

Entrevista a Ali, 2008.

«**Venía, entraba al lugar, nos empezamos a conmocionar con todo eso que sucedía, que la gente que llegaba primero que por ahí se largaba a llorar, gente que se conmocionaba con el espacio y que se largaba a llorar, porque la Estación... hacía mucho que no estaba habilitada, porque no podían creer... Hacía mucho tiempo que la gente no entraba a la Estación... no la veían destruida».**

Entrevista a Ciro, 2008.



Hay, sin dudas, elementos comunes a las personas que se interesaron en algún momento por la recuperación de la Estación, que participaron y se involucraron en el conflicto. Esos elementos se refieren a los sentimientos que despierta el *entrar* a la Estación, pisar esos terrenos y *ver* el estado ruinoso en el que se encuentran actualmente sus instalaciones: las cenizas de los techos, los hierros retorcidos, las ventanas herrumbreadas, las paredes descascaradas. ¿Qué es lo que provoca estos sentimientos, aquello que genera tanta «energía»? ¿Cómo interpretarlo? ¿Qué es lo que transmiten esas paredes de la Estación?

Veamos cómo una de las entrevistadas describe la dinámica que caracterizó al ciclo de reuniones citado anteriormente:

« Se hicieron reuniones todos los jueves. Durante dos meses, fácil, vinieron realizando esas reuniones... No fueron fáciles esas reuniones, y fueron como muy por ahí lentas y de repetir cada una de las veces lo mismo, porque siempre se iba enterando alguno de los actores que tenían relación con estos temas ferroviarios y se iban acercando, y cada uno traía su problemática, su idea, su concepto, qué es lo que quería sobre el tema y también sus sentimientos, porque también creo que este tema está muy empapado de las emociones, que eso... que ese espacio les trae... O digamos, o esas actividades les traen a cada uno, ¿no es cierto? Porque, bueno, había hijos de ferroviarios, historias de familias también».

Entrevista a Sonia, 2008.

El testimonio de Sonia contribuye a visualizar la intervención de los sentimientos en el proceso de organización. Al relatar aquella experiencia, Sonia explica cómo estos sentimientos que la Estación despierta «empapaban» la dinámica de las reuniones y el trabajo de articulación, la manera en que cada uno/a de los/as que se acercaba traía consigo una vivencia personal de la Estación, de su pasado, de su funcionamiento y también de su cierre. Y, fundamentalmente, cómo esos recuerdos, que eran origen de una fuerte «energía», calaban en lo más profundo de las motivaciones y expectativas que los/las habían movilizado hasta allí. En efecto, en ese ciclo de reuniones, a la par del proceso organizativo, se ponían en marcha procesos anímicos. Hay una simultaneidad en aquello que moviliza a la acción, entre animarse a la organización y cierta organización de los estados de ánimo. Pero, ¿qué es lo que provoca estos sentimientos?

« ¿Esa carga emotiva? Y... parte me parece que tiene que ver con ese proceso no... no cerrado quizás de los argentinos... ¿No es cierto? Donde la sociedad toda quizás pensó o vio como una alternativa, como una salida lo que estaba sucediendo, y no tuvo capacidad de reacción ante este proceso de paralización, de pérdida de ese espacio. Había tal cantidad de presión sobre el tema y opiniones en relación a eso, a que las estaciones tenían que cerrar, que, bueno, cerraron. (...) Entonces, a quienes lo han vivido en su familia, en sus espacios, obviamente que les afecta, y son historias no trabajadas o no cerradas desde los familiares. Entonces, cuando uno saca el tema, empiezan a aparecer todos esos recuerdos. (...) Entonces, así como estuvo presente en mí, en cada una de las personas, de una u otra manera, empiezan a aflorar esos recuerdos que estaban dormidos, pero estaban. Creo que eso es lo que empieza a suceder... En ese aflorar hay como mucha confusión y nostalgia y también decir “¿qué es lo que significa? ¿y qué es lo que puede llegar a significar a futuro?”. Entonces, son caminos como muy lentos y que no dan respuestas inmediatas. Quizás la respuesta va a llegar tarde, quizás cuando ya esté instalado un Puerto Madero, por ejemplo, o cuando ese espacio ya esté privatizado. La capacidad de reacción es lenta, pero está».

Entrevista a Sonia, 2008.

Es importante destacar en este pasaje la omnipresencia que suponen estos recuerdos sobre la Estación. «Cuando uno saca el tema empiezan a aparecer todos esos recuerdos», cuando la Estación sale a la luz, aparecen (retomaremos este «salir a la luz» de la Estación, este hacerse visible, más adelante). Estos recuerdos, su despertar, pueden ser leídos como índice de una «transmisión» que tuvo lugar entre pasado y presente y respecto de la cual queda por considerar de qué tipo se trata. Además, esos recuerdos, aún difusos y fragmentarios, aparecen otorgando cierta unidad a los sujetos, pues, estando presente «de una manera u otra en cada uno/a», refieren a un pasado común y, como tal, a una temporalidad que atraviesa a todos/as y permite la constitución de un nosotros.

*La construcción de una temporalidad común*

« Al Grillo se le había ocurrido hacer todo... En el medio, viste, todavía está con carbón, hacer ahí como un recorrido de sentidos: el olor, lo visual todo... lo que pasó ahí, ¿no? Hacer como una especie de

## **museo de ¿qué pasó con la Estación?, que significa ¿qué pasó con nuestro país? en pocas palabras».**

Entrevista a Ali, 2007.

Hay elementos que pueden encontrarse en la experiencia por la recuperación de la Estación que refieren a una «temporalidad común», a la posibilidad de establecer un diálogo entre los diferentes colectivos, uno que derive en algún tipo de construcción de un «nosotros» más amplio que pueda abarcarlos a todos. Dicha posibilidad estaba en juego en aquel ciclo de reuniones que comenzó a realizarse a mediados de 2007, en las que participaron las tres organizaciones. Particularmente, entendemos que ese componente que remite a un pasado común está dado por cierto relato de la memoria nacional que sintetiza el epígrafe citado anteriormente:

23. Recordemos el apartado dedicado a la experiencia organizativa de cada uno de los colectivos, el lugar que ocuparon los ferroviarios como portavoces de un pasado significativo, la crítica en acto que tenía lugar alrededor de la experiencia de okupación y la visibilidad que adquieren —a través de los eventos culturales— las ruinas de la Estación en el espacio público, visibilidad que convoca la participación de OSA abriendo el juego a las posibilidades de articulación de la lucha.

24. Un marco social mínimo y fundamental es el lenguaje. El marco no solo es la forma del pensamiento, sino también de la intuición de un mundo compartido. Desde la perspectiva del autor, el marco social es un sistema simbólico en el que tiene lugar la comunicación y la objetividad de un sistema convencional. Está claro que, heredero de la sociología de Durkheim, la preocupación por la cohesión social marca toda la perspectiva de Halbwachs, por lo que aquí el lenguaje es comprendido en tanto sistema de códigos compartidos cuya función social principal es la de comunicar. Desde otra perspectiva, debemos recordar que no solo el lenguaje es arena de la lucha de clases, en la que se disputan las significaciones, sino que ellas intervienen también en la disputa por las diferentes representaciones que tienen los hombres y mujeres sobre la experiencia pasada, sobre los procesos de rememoración.

«¿qué pasó con la Estación?, que significa ¿qué pasó con nuestro país?». La construcción de esa imagen de la Estación como metáfora del país, del saqueo nacional, fue el producto de la experiencia de encuentro e intercambio entre los colectivos y es parte constitutiva tanto del cuestionamiento de las condiciones históricas heredadas como de la formación de ese nosotros que las problematiza e intenta darse algún tipo de organización en busca de una posible respuesta<sup>23</sup>.

Tal como advirtió Maurice Halbwachs (2004), la identidad colectiva se asienta en la conciencia que tienen los miembros de un grupo de compartir un pasado, un nosotros: el grupo es lo que le ha ocurrido, su historia muestra su identidad y es, a la vez, su identidad. En efecto, los colectivos que se involucran en la lucha por la recuperación de la Estación como espacio público lo hacen convocados por las significaciones históricas que esa Estación tiene como lugar de la memoria. Estos relatos comparten significaciones comunes atribuidas a la imagen de la Estación y al FC, porque existen «marcos sociales» a partir de los cuales se reconstruye el pasado y se lo rememora. La tesis positiva de Halbwachs es que, para una persona, recordar es reconstruir su pasado desde los marcos sociales presentes en su grupo<sup>24</sup>. En efecto, si bien el grupo es presupuesto o condición de la memoria (pues solo a través de los marcos que proporciona cada grupo nos es posible recordar), la memoria

termina siendo un presupuesto o condición del grupo, un «círculo fructífero» en el que no hay recuerdo sin vida social, así como tampoco hay vida social sin recuerdo. De esta manera, disponer de un pasado común será condición de toda identidad colectiva, y la memoria que reconstruye ese pasado, su soporte<sup>25</sup>.

Volvamos ahora al escenario que presenta la Estación de ferrocarril en Mendoza. Uno de los marcos sociales que organiza la memoria política de los sujetos que se reúnen en torno a este conflicto será provisto por los «límites y presiones» de lo nacional (como construcción espacio-temporal determinada). Desde allí, la «identidad nacional» será parte constitutiva de una memoria que actualiza la imagen de la Estación como símbolo de la historia del pueblo argentino, de su «pasado común». Los marcos sociales en los cuales se inscriben las significaciones asignadas al Fc tienden a repetir algunos relatos: el Fc ligado a la vida de los pueblos, a la fundación de las ciudades (Mendoza), al progreso de la nación. En Argentina, los ferrocarriles ocupan un lugar importante en los relatos acerca de la formación del Estado-nación, como elemento decisivo para el crecimiento económico, el desarrollo poblacional y el proceso de modernización nacional<sup>26</sup>.

La hipótesis es que esa «memoria nacional», en tanto tal, se constituyó como temporalidad común entre los diferentes colectivos, es decir, un lugar de encuentro que permitió cierto grado de diálogo entre sus trayectorias particulares. Como decíamos más arriba, se trata de la Estación de Fc como lugar de la memoria. Si recordamos el relato que hacía Sonia, la imagen de la Estación evoca recuerdos que están dormidos, pero están; de alguna manera u otra, están presentes en todos. La temporalidad que remite a un pasado común y permite cierta cohesión social del grupo, la creación a partir de una identidad colectiva (nosotros): una memoria que reconstruye el relato sobre los orígenes (de dónde venimos) y configura también cierto horizonte de futuro (hacia adónde vamos). La Estación de Fc como lugar de la memoria es el soporte de la transmisión de esos recuerdos. Por otra parte, esos recuerdos y significaciones son los que en la actualidad se hacen presentes para señalar la condición de abandono en la que se encuentra la Estación, incendiada y saqueada, como metáfora del saqueo de la nación, de la desidia de los políticos y demás.

25. Está claro que aunque aquí se ha priorizado el pasado compartido como instancia para la constitución de los sujetos colectivos, esta no depende únicamente de ese pasado común, sino que los procesos de identificación colectiva operan en torno a las prácticas en el presente y las expectativas a futuro y se juegan en un terreno que no es solo simbólico ni homogéneo.

26. Por falta de espacio, no es posible exponer detalladamente las significaciones que se materializan sobre la Estación y los ferrocarriles en el imaginario de los sujetos involucrados. Ellas han sido rastreadas tanto en las entrevistas como en el registro que aparecen en otros medios de circulación de ideas, por ejemplo, artículos periodísticos en diarios locales (en algunas fechas significativas), audiovisuales de difusión y libros de textos historiográficos.

### *Memoria y política*

En el apartado anterior hemos indagado en las posibilidades que abre la memoria a la cohesión grupal, a la continuidad de la experiencia y a la constitución de un nosotros. A la vez, se pudo observar la importante función que en ese proceso cumple el recuerdo: si la identidad colectiva se apoya en la conciencia de un pasado en común, la memoria que habla de él (que lo reconstruye y relata) se constituye en uno de sus soportes fundamentales. Ahora, por el contrario, buscamos un cambio de perspectiva en el tipo de reflexión que se hace sobre la problemática de la memoria, se trata de pensar sus elementos disruptivos.

El punto de partida, a la manera benjaminiana, es reconocer que desde la mirada de los/las subalternos/as, el conocimiento y la apropiación de la historia depende de un «salto de tigre al pasado» que logre atravesar la continuidad establecida por los vencedores. En tal sentido, la tradición de los sectores subalternos se fundamenta en la discontinuidad: el conocimiento histórico implica percibir, en el instante de peligro, la constelación crítica que tal o cual fragmento del pasado forma con tal o cual presente. Aquí, la tarea, el trabajo de la memoria, consiste en recuperar las energías explosivas ocultas en algún momento preciso de la historia. Una reconstrucción del pasado que procura recuperar sus deseos truncados, aquello que fracasó en la historia y que la mirada de «los que han vencido» se ve forzada a negar, a dejar fuera de su reconstrucción, para que la continuidad de «lo que sucedió en realidad» pueda ser establecida. Este tipo de vínculo entre pasado y presente rompe el *continuum* de la historia, porque permite socavar la imagen de la Historia como progreso lineal. Es el momento preciso en el que la memoria puede producir narraciones del pasado que contribuyan a problematizar el orden social naturalizado por el paso del tiempo, haciendo visible que las cosas no siempre han sido como son y que podríamos llegar a ser algo distinto de lo que somos.

### *Volver a ver la Estación*

◀ **Yo había visto la Estación de trenes de lejos, desde la calle Las Heras. (...) Y entonces un día nos fuimos con el Eduardo, nos fuimos en la camioneta y entramos a la Estación. (...) Y ya ahí... se me voló la cabeza. (...) Porque, ¿qué pasaba? Cuando vos cruzabas las vías, no veías para el andén, porque estaban todos los matorrales gigantescos, entonces, no se veía casi nada. Entonces, la película fue que**

**cuando entramos al andén y vimos las habitaciones y vimos todo como estaba... surgió la Estación».**

Entrevista a Ciro, 2008.

«**Apareció la Estación, y como que la Estación nos involucró en toda la realidad argentina... donde los ferrocarriles... que era lo que unía a la Argentina, sobre todo esos pueblos chiquitos... Empezó a caer toda esa realidad y nos cayó la realidad de que no teníamos trenes, de que había sido incendiada por egoísmos, que... era tierra de nadie».**

Entrevista a Eduardo, 2007.

Retomemos la cuestión de la irrupción de la Estación en el espacio público, del efecto de sentido que produce la aparición de su imagen en ruinas en el centro de la ciudad de Mendoza, ciudad que se jacta de ser una de las más limpias y bellas del país. Esa irrupción de las ruinas de la Estación en el corazón de la ciudad genera una disrupción respecto de la historia oficial y por ello resulta también perturbadora para los proyectos de privatización actuales. Si desde la experiencia y la práctica política de los sujetos colectivos que luchan por su recuperación la visibilidad de las ruinas de la Estación abre procesos de rememoración en los que la imagen de su pasado se constituye en un recurso crítico para la problematización de lo establecido, por el contrario, para las visiones hegemónicas, la visibilidad de las ruinas resulta incómoda a la continuidad de los proyectos de modernización capitalista, en tanto pone a la vista los «restos» que los mismos generan. De ahí que, en gran medida, la política del Estado (a través del Municipio, por ejemplo) intervenga a partir de un discurso y una práctica encaminadas a barrer las miserias que el mismo proceso produce. En este sentido, el acentuado énfasis que el gobierno de la Ciudad de Mendoza ha puesto históricamente en la limpieza y el embellecimiento de esta adquiere otra significación: presentar un proceso de modernización sin costos sociales.

Los alrededores de la Estación, céntricos y cotidianamente frecuentados, han sido una zona de promoción turística a partir de la crisis de 2001, como efecto de la desaparición del Plan de Convertibilidad durante 2002<sup>27</sup>. A la par, en los últimos años, la Ciudad de Mendoza ha sido también una zona privilegiada para realizar grandes

27. Con la desaparición del «uno a uno» (un peso argentino = un dólar), las «(des)ventajas comparativas» respecto de los precios del turismo internacional contribuyeron a aumentar tanto el turismo interno (proveniente de otras provincias del país) como la afluencia turística extranjera, que se vio favorecida por el nuevo cambio de moneda. Desde entonces y en pocos años, no solo la ciudad, sino también varias localidades del sur y del oeste provincial se volcaron a la promoción turística, lo cual ha producido una notable transformación del espacio (hostels, hoteles de lujo, restaurantes, casinos y otros negocios en torno al rubro) y un mayor énfasis en el cuidado de la «imagen» que se muestra de la provincia.

inversiones inmobiliarias, tal como lo demuestra la construcción de edificios de altura, algo totalmente nuevo para su diseño urbanístico. Estos dos aspectos han contribuido a poner el acento en construir (mantener) una imagen de la provincia de Mendoza en torno de

28. En las últimas elecciones provinciales (año 2007), el entonces candidato a intendente que finalmente resultaría electo, Víctor Fayad, centraba su campaña político-electoral en un eslogan que buscaba establecer esa tradición: «Vuelve Fayad, vuelve la limpieza». Se tratará de limpiar la ciudad de la circulación de personas consideradas indeseables. A pocos meses de iniciada su gestión, Fayad pondría en marcha esa preocupación por la «higiene» como política de criminalización de la pobreza. En mayo de 2008 arremetió contra los vendedores ambulantes. Posteriormente, en julio del mismo año, sacará por decreto una ordenanza municipal que prohibía la protesta en la vía pública. Estas medidas, por citar algunas, tienen al espacio público como foco de la intervención política, y lo hacen en el sentido anteriormente señalado, cuidando una imagen de la ciudad que requiere el ocultamiento de las miserias («residuos») que produce.

29. En septiembre de 2007, en plena campaña preelectoral, el ONABE lleva adelante la erradicación de Costa Esperanza (más de 40 familias, según los diarios locales). En aquel momento, ese organismo aprovechó la ocasión para derribar el paredón que cerraba todo el perímetro del predio en cuestión. «Limpieza» y «visibilidad» eran los motivos ahí presentes, y así lo sugiere un titular periodístico: «Comenzaron a limpiar el predio Costa Esperanza» (*MDZ*, 22 de septiembre de 2007). Por su parte, el representante local del ONABE agregó que aprovecharon para derribar las paredes para mejorar la visibilidad en la zona (*Los Andes*, 21 de septiembre de 2007).

ciertos atributos, entre los que sobresalen los valores de la «belleza» y «limpieza» de la ciudad<sup>28</sup>. Es decir, el cuidado de la imagen de la ciudad –su limpieza y su belleza como signo de una comunidad en armonía– ha ocupado un lugar central en el imaginario político-cultural mendocino.

Ahora bien, todo ese «cuidado de la imagen» respecto de una ciudad bella, pulcra y exitosa económicamente contrasta irremediabilmente con el escenario catastrófico que impone el cuadro actual de la Estación en su estado de deterioro y abandono. Algo que resulta crucial para comprender lo señalado, y que es advertido por muchos/as de los/as entrevistados/as, es que aquellos recuerdos y sentimientos de nostalgia se despiertan cuando uno/a vuelve a entrar a la Estación: «La gente flasheaba de ver cómo había quedado ese lugar». La mayoría hacía años que no ingresaba a la Estación. Los recuerdos están dormidos pero cuando salen a la luz, cuando uno/a «saca el tema», despiertan. Sucede que es un espacio físico que, desde su abandono, había permanecido en cierta medida oculto. Sus coordenadas geográficas lo ubican en el «centro» de la escena comercial y administrativa mendocina, es un lugar «familiar» en la vida cotidiana de muchos/as ciudadanos/as, de intenso tránsito de personas y circulación de vehículos, zona de actividades que llevan a frecuentar sus alrededores. Sin embargo, su «visión» estaba impedida, obstaculizada, por el paredón que cerraba su perímetro<sup>29</sup>.

Se percibe el efecto que produce la visibilidad de la Estación como problematización de la realidad presente. La irrupción de la Estación viene a romper con esa imagen de limpieza, belleza y totalidad armónica a la que se intenta, especialmente desde algunos sectores, asociar Mendoza, y por ello las ruinas de la Estación, en tanto «resto» de la ciudad (recordemos uno de los testimonios: «era una mugre eso»), deben desconocerse para que Mendoza pueda conservar su belleza (identidad). Volver a «ver» la Estación, pisar esos terrenos y recorrer sus habi-

taciones es lo que moviliza los sentimientos a los que nos referíamos más arriba, aquello que despierta los recuerdos acerca del pasado de la Estación, las anécdotas de su época de funcionamiento.

Lo que importa resaltar es el punto de invisibilidad en el que se ubica la Estación en relación con esa imagen bella y limpia alrededor de la Ciudad de Mendoza y el efecto que produce cuando «aparece», como resto-residuo, su imagen en estado de abandono, destruida, en ruinas: «Me voló la cabeza». El problema no es la política de limpieza y embellecimiento de la ciudad, sino la medida en que se sostiene, negando las miserias que produjo la política neoliberal, por ejemplo, con las privatizaciones, que la imagen de la Estación, abandonada y ruinoso, pone en evidencia. Aquí, la imagen de la Estación pone en juego una relación con el pasado que sirve como recurso crítico para la problematización de la realidad presente, para la desnaturalización de su identidad.

#### *La imagen de la Estación como tiempo-ahora*

«El verdadero rostro de la historia se aleja al galope. Sólo retenemos el pasado como una imagen que, en el instante mismo en que se deja reconocer, arroja una luz que jamás volverá a verse. [...] Irrecuperable, en efecto, es cualquier imagen del pasado que amenace desaparecer con cada instante presente que, en ella, no se haya dado por aludido». (Benjamin, Tesis V).

Fue sin duda Walter Benjamin quien logró advertir la complicidad que existe entre pasado y presente. Como nos advierte el autor, existe un «acuerdo tácito» entre las generaciones pasadas y la nuestra. No obstante, se trata de una «débil fuerza» que amenaza con desaparecer en cada instante del presente que no la sepa retener, que no sepa escuchar aquel «secreto» venido del pasado. Efectivamente, el pasado trae consigo un secreto, pero es al presente al que le cabe reconocerlo. Ahora, ¿cuál es el secreto que trae consigo el pasado? ¿Por qué su reconocimiento, tiempo-ahora, corresponde a una crítica identitaria?

Hay que advertir, en primer lugar, que no se trata de llegar a descubrir la verdad fáctica de algún suceso del pasado («el hecho tal como fue en lo concreto»), sino de retener aquella imagen del pasado «tal como relampaguea hoy en un instante de peligro» (Benjamin, 1982, p. 108). Michael Löwy (2001, p. 148-149), a propósito de las tesis de Benjamin, afirma que en la reconstrucción del pasado, el trabajo de la memoria consiste en recuperar las energías explosivas ocultas en algún momento de la historia. Algo que se puede percibir a través de



los testimonios es esa «energía» que los sujetos encontraban entre las paredes de la Estación y que resultan explosivas porque pueden hacer saltar la chispa que haga volar en pedazos la continuidad histórica. «Despiertan» a partir de las prácticas políticas que llevan a cabo los sujetos históricos cuando irrumpen en el espacio público, sacando a la luz la imagen en ruinas de la Estación: una imagen del pasado que se hace presente en forma fugaz en el momento de peligro. El centelleo de esa imagen contribuye a un cuestionamiento del proceso de privatización de los ferrocarriles, a visualizar el abandono y deterioro como sus consecuencias, y actualiza la crítica respecto de los proyectos que promueven continuar en el presente el «negocio»: el emprendimiento inmobiliario de Puerto Madero. Ahora bien, esa potencialidad crítica de la visualización de la Estación (tiempo-ahora) no se encuentra en el pasado ni en el presente, sino en la constelación crítica («mónada», al decir de Benjamin) que se constituye entre ambos a partir de la práctica política de los sujetos, que arroja un nuevo conocimiento sobre el mundo (tanto de la experiencia pasada como del presente) como producto del proceso de su transformación, de su praxis.

Ahora, ¿por qué esa solidaridad secreta entre pasado y presente, desde el punto de vista de los subalternos y las subalternas, constituye una tradición que se basa en la «discontinuidad» («cepillado a contrapelo» de la historia)? Tomamos en este punto el trabajo de Gisela Catanzaro (2003), en particular, la lectura que hace del pensamiento de Benjamin en relación a la cuestión del pasado como lo «pendiente» y su relación con el problema de la visibilidad. En primer lugar, la metáfora de la luz no es casual. La temporalidad vacía y homogénea que le interesa cuestionar a Benjamin supone un tratamiento del pasado como antesala del presente, es decir, se trata de un presente que solo destaca los rasgos del pasado (acontecimientos, fechas, monumentos) que corresponden a dicho presente, a su identidad. Es, por eso, un presente que se reconoce en el pasado desde una «plenitud identitaria», en donde la visibilidad es el modo de su reconocimiento. En tal sentido, explica Catanzaro, la identidad del presente debe desconocer no solo todo aquello que no ha dejado rastros, dado que no pudo realizarse en su presente, sino que, fundamentalmente, debe negar la violencia que impidió dicha realización y que constituye el invisible de este presente como «plenitud identitaria».

Volver a entrar a la Estación de ferrocarril, ver el estado de abandono en el que se encuentra, esa imagen arruinada de sus paredes

y ventanas, de sus habitaciones sin techo, permite reconocer la violencia invisible que constituye la identidad de una Mendoza «limpia y bella»: el cierre de los ferrocarriles, el incendio de la Estación, el desalojo del asentamiento Costa Esperanza. La crítica de la temporalidad es posible a partir de otra experiencia de lo sido que aparece en el instante en el que el presente es atravesado por la visibilización fugaz de dicha violencia: «Empezó a caer toda esa realidad y nos cayó la realidad de que no teníamos trenes, de que había sido incendiada por egoísmos» (Entrevista a Eduardo, 2007); «Nos empezamos a conmocionar con todo eso que sucedía (la llegada de personas y otras organizaciones, los sentimientos que producía)» (Entrevista a Ciro, 2008). La astillas del tiempo pasado perforan la identidad del presente, la fisuran, rasgan su plenitud: «La verdadera imagen del pasado es, más bien, una irrupción en la conciencia de algo singularmente discontinuo en relación a la plenitud, la intención y la voluntad de dicha conciencia» (Catanzaro, op. cit. p. 33).

Pero en segundo lugar tenemos el pasado como aquello que permanece «pendiente». La autora advierte que si la identidad del presente no es esencial y plena –no está determinada linealmente por el pasado–, tampoco se asienta sobre la nada, o sea, nunca hay discontinuidad absoluta entre pasado y presente. Benjamin comienza por una «deuda» preexistente y por un reclamo. Recordemos las palabras de don Leal: «Nosotros nos vamos ya, la macana es que quedaron los muros... ¡Existe la Estación Mendoza!». Esos muros, deteriorados y arruinados, serán la débil fuerza que desde el pasado, como haciendo valer una pretensión, alientan la organización de los sujetos. Lo «pendiente», la brecha interna que escinde desde adentro toda identidad subjetiva y toda cultura, un pasado «pendiente» cuya irrupción fugaz –si es reconocida– puede constituirse en la chance revolucionaria de ese presente (Catanzaro, *ibidem.*).

Hemos retomado la conceptualización que hizo Walter Benjamin sobre el vínculo entre memoria y política porque entendemos que resulta fructífera para pensar la experiencia de los sujetos y los procesos colectivos que se pusieron en marcha en torno del conflicto por los terrenos de la Estación. Nos referimos a esa manera que tuvo Benjamin de pensar los procesos de rememoración de los sujetos en relación con su práctica política, las complicidades entre pasado y presente, una perspectiva que gira en torno a esa noción particular del tiempo-ahora como condensación de determinaciones y temporalidades en un único punto, lo que permite pensar la densidad temporal de la experiencia y los procesos histórico-sociales y comprender

así la estructuración actual del presente como un mundo no contemporáneo, es decir, una totalidad social compleja y sobredeterminada (Catanzaro, op. cit. p. 70).

Hablar del pasado como tiempo-ahora no refiere simplemente a la transmisión de una moraleja o un ejemplo para el presente, sino que este, el presente, reconoce en aquel lo que excede a toda herencia visible, reconoce el carácter problemático y violento desde el cual el pasado puede aparecer, no ya como un legado consumado, sino como una «constelación saturada de tensiones» en la que el presente se siente aludido, porque reconoce también en él sus propias tensiones. Esa es la energía explosiva implicada en la noción de tiempo-ahora, que no remite a una exclusividad contenida en el pasado, sino al efecto que produce un tipo particular de aproximación a la totalidad histórico-social del presente.

Volver a ver la Estación, prestar atención y reconocer esa violencia inscripta en sus paredes, establece cierta complicidad (comunidad) entre pasado y presente. Ese es el «índice secreto que trae consigo el pasado». Ese potencial utópico aparece en las entrevistas de diferentes maneras, con distintos grados de proyección, pero generalmente vivenciado al visitar la Estación, al entrar y volver a verla: ahí uno/a encuentra «mucha energía», «te vuela la cabeza», «la gente *flas-heaba*». Entre la «confusión y la nostalgia» comienza a ser posible interrogar esas imágenes: «¿Qué es lo que significan? ¿Y qué es lo que pueden llegar a significar a futuro?» (Entrevista a Sonia, 2008). Reconocer los destinos truncados de la Estación y el FC permite preguntarse por los posibles destinos en el futuro y, sobre todo, cuestionar la fatalidad con la que se presentó su último destino, aquel que heredamos entre todos los posibles, su definitivo cierre, su incendio, su privatización.

### ***Experiencia, memoria y sujetos subalternos***



**Que pongamos el cuerpo todos a esto, porque, si no, nos van a comer el futuro. Ellos van a decidir por dónde van a pasar las calles, ellos van a decidir quién va a entrar y quién no va a entrar, los que tienen el poder, los que tienen la guita, ellos son los que van a decidir cómo se va a vivir y quién va a entrar y quién no. Y si no, está la prueba de los barrios privados; si ya los empiezan a meter acá en la ciudad, listo... Vos vas a tener un lugar por el cual andar, y si**

**no pertenecés a ellos, no vas a poder entrar, que es lo que pasa con los barrios privados. Es así, dejó de ser público. Por una cuestión de seguridad, cada vez hay más castillos, entonces es como en la Edad Media, hacemos el pozo y entran los nuestros nada más, y así es, pero no debe ser, y si nosotros no, o sea, si nosotros no nos unimos, todas las organizaciones, y tratamos de que esto sea más democrático, que sea un poco más para todos, va a terminar siendo lo que viene siendo, y no lo que debe ser».**

Entrevista a Horacio, 2008.

Analizar el conflicto abierto alrededor de los terrenos de la Estación Central del FCGSM en Mendoza implicó llevar adelante un trabajo de historización de ese conflicto, es decir, reinscribir su dinámica en una trama histórica que permitiera articular su pasado a su presente y su futuro. Hemos procurado hacerlo indagando en la praxis de los sujetos, en la experiencia política de los colectivos que, involucrados en el conflicto, se organizaron por la recuperación de la Estación como espacio público. Es decir, el interés por comprender la dinámica de ese conflicto nos llevó a interrogar a la historia sobre lo que había hecho de ese lugar un territorio de disputa y las formas y procesos a través de los cuales diversos colectivos se comprometieron en su recuperación, reivindicando el derecho a la decisión colectiva y apostando a su defensa como bien común.

A lo largo del trabajo pudimos observar que cada colectivo se fue involucrando en el conflicto y comprometiendo en la lucha por la recuperación de la Estación a partir de temporalidades dispares, de sus preocupaciones y expectativas particulares, y que, al mismo tiempo, fueron capaces de ir tejiendo una temporalidad común no exenta de tensiones. La okupación que comenzó Casa América a principios de 2006 interpeló al resto de los colectivos al dar visibilidad al espacio de la Estación. Frente a los rumores sobre la llegada de Puerto Madero, OSA realizó una convocatoria a debatir sobre la situación de los terrenos. Mientras Casa América había ingresado a la Estación para realizar un evento artístico y solo pudo construir su compromiso con la recuperación del espacio público transitando una experiencia que derivó en una resignificación de ese espacio, OSA llegó a la Estación porque ya contaba, entre sus preocupaciones, con la idea de recuperar los espacios públicos y de articular las luchas que llevan a cabo diferentes organizaciones y colectivos. Por su parte, los ferroviarios, si bien unidos por una historia larga al FC, no se movilizaron sino hasta avanzado 2007, cuando comienzan a

recuperarse como colectivo y a recrear un proyecto político a futuro a partir de la promesa de reactivación de la red ferroviaria de parte del gobierno nacional. Su aporte fundamental, al menos imaginariamente, fue el de proveer un vínculo con el pasado. Para los jóvenes de Casa América, el encuentro con los ferroviarios implicó la posibilidad de vivenciar la transmisión de una experiencia. Para los ferroviarios, la posibilidad de involucrarse en una disputa colectiva reconocida socialmente fue un asunto relevante si consideramos las derrotas históricas sufridas por los trabajadores en sus luchas contra las privatizaciones en la década de 1990. Si por entonces sus reivindicaciones aparecieron como una demanda particularista, en el conflicto de la Estación fueron investidos como los portadores de un pasado significativo e indispensable. En ese corto período, entre 2006-2008, a partir de la experiencia compartida, fue posible mirar el mundo desde abajo, perspectiva que produjo una suerte de confluencia revulsiva entre pasado, presente y futuro. Mientras Casa América transitaba de la okupación a la recuperación del espacio público, los ferroviarios reconquistaban retazos de las memorias de sus luchas y se colocaban en el escenario político como portavoces de una demanda colectiva políticamente legítima. También es verdad que su vínculo con el pasado operaba como una de las mayores dificultades para la imaginación de un futuro diferente. En cuanto al presente, la confluencia fue posible durante un tiempo breve, pues si la lucha por la recuperación de la Estación fue significada como defensa del espacio público y fue este el punto que permitió conformar un lugar y un tiempo de encuentro entre los colectivos, paradójicamente, también será el asunto en torno al cual se expresen las tensiones entre concepciones y prácticas diferenciales. Las variadas perspectivas que tienen respecto de los procedimientos que, para ellos, conducirían al resultado de la recuperación del espacio público, el modo como lo imaginan, están configuradas por sus experiencias políticas previas, sus recorridos grupales, sus tradiciones. Las nociones que tienen del espacio público y de la forma de construirlo, el lugar que otorgan y la función que estiman que debe tener el Estado están lejos de posibilitar acuerdos. Se trata más bien de una débil convergencia: no a la privatización, pero de ahí en más se producían dispersiones, aun al interior de cada organización, especialmente en OSA y Casa América, pues, mucho más anclados al pasado, los ferroviarios no dudaban en identificar lo público y lo estatal. Así, la prioridad otorgada al conflicto público/privado en condiciones históricas en que la lucha de clases no permitía una resolución a su favor planteó, a la larga, un

desgastante debate y pujas entre los colectivos sobre qué hacer con esos terrenos, y la imposibilidad de llevar a la práctica los acuerdos terminó agotando la experiencia de articulación hacia mediados de 2008.

*Para leer el conflicto social, problemas conceptuales*

Entre las formas de indagar por el vínculo entre subjetividad y política, se ha intentado hacerlo manteniendo la mirada atenta a la dialéctica entre sujeto e historia. Los sujetos subalternos se constituyen en condiciones histórico-sociales no elegidas, en terrenos marcados por las iniciativas de las clases dominantes. Ahora bien, aún cuando la desigualdad de clases impone «límites y presiones» a su praxis, los sujetos subalternos se organizan y llevan a cabo sus prácticas a partir de su propia historia, y aun cuando sus memorias y tradiciones políticas sean fragmentarias y dispersas, sus experiencias los conducen, a menudo, a advertir las tensiones y conflictos entre «ellos» y «nosotros», por decirlo a la manera de Hoggart. En tal sentido, se ha retomado la mirada de E. P. Thompson (2002), para quien las relaciones de dominación no se imponen sobre una «materia prima» inerte, sino sobre sujetos con una determinada historia política, cultural y económica, con capacidad activa para ubicarse en el mundo en posiciones de resistencia, consentimiento, trasgresión. Es decir, no hay un sujeto, las clases dominantes, y un objeto de dominación, las clases subalternas, sino sujetos que se forman y mutuamente conforman sus relaciones en el terreno de la historia. Esa es la riqueza de abordar la comprensión de los conflictos sociales a través de la práctica de los sujetos, pues permite pensar las condiciones objetivas, aquellas heredadas, como condiciones de posibilidad, es decir, como condiciones históricas y sociales y, por ello, modificables a partir de la práctica de los sujetos.

El punto de vista asumido en la lectura del conflicto ha procurado recuperar cierta perspectiva de «totalidad» bajo el supuesto de que una de las dificultades del pensamiento crítico en las últimas décadas ha sido el no cuestionar el conjunto de separaciones bajo las cuales parece presentarse la realidad histórico-social: las dicotomías entre lo nuevo y lo viejo, las separaciones entre lo social y lo político, la distinción entre luchas identitarias, consideradas principalmente «simbólicas», y lucha de clases, tenida fundamentalmente como «económica». Ese conjunto de separaciones, en tanto parcializaciones del mundo, ha producido inevitablemente fuertes deshistorizaciones que no permiten comprender la dialéctica histórica por la cual lo nuevo

nace de lo viejo, lo pasado puede presentarse bajo ropajes insólitos o ambos pueden convivir en sincretismos complejos en la experiencia social. Más aún, esas nuevas preguntas por lo viejo/nuevo han terminado desplazando otros interrogantes como manera de presentar el cambio de época en la teoría social. De la misma manera, la oposición entre luchas identitarias y lucha de clases olvida que esta última ha implicado siempre el proceso de identificación de un «nosotros» frente a un «ellos» que se constituye sobre significaciones históricas (político-ideológicas, culturales y simbólicas tanto como económicas) que se inscriben en la memoria de un cierto pasado y se abren a la creación de nuevas utopías a futuro, que han sido tanto el producto de determinadas condiciones materiales de existencia como, a su vez, la condición para su transformación.

Esa búsqueda por reinscribir los conflictos sociales en una perspectiva de totalidad ha implicado cuestionar las separaciones entre economía y política, comenzando por problematizar tales nociones y rastrear la historia de su genealogía. En tal sentido, la perspectiva provista por Ellen Meiksins Wood (2000) permite pensar la historia del capitalismo como el proceso paulatino y continuo de privatización de la política, es decir, el proceso histórico por el cual asuntos de orden político fueron y son progresivamente separados del ámbito de las decisiones públicas y transferidos a una esfera privada y separada de la política, la de la economía. A partir de estas consideraciones es posible reconocer las profundas relaciones políticas que sostienen la separación de la economía y el carácter político de las relaciones económicas, la propiedad privada y la explotación. Esa lógica capitalista de privatización de lo público continúa y avanza tendencialmente sobre la totalidad de las relaciones y actividades de la vida social. El capitalismo tardío tiende a la privatización de aquello que en otros momentos históricos no hubiera podido siquiera pensarse como privatizable, avanza sobre relaciones, usos y costumbres, toma una dimensión espacial mucho más aguda que en otras fases históricas.

Ese devenir capitalista de los últimos años ha conducido a teóricos sociales como David Harvey a prestar atención a los diversos despliegues de la lucha de clases en el espacio. El conflicto por la Estación pone de manifiesto la continua separación de los seres humanos respecto del control de sus asuntos comunes y de la gestión de sus condiciones de vida, lógica que hoy parece querer penetrar hasta en el último rincón de la ciudad: «el último espacio» en el centro de Mendoza. Esas son las condiciones materiales sobre las que se asientan las demandas de los sujetos: «No al uso privado de tierra

pública», «planeamiento y gestión participativos sobre los destinos de estos terrenos». Es decir, la cuestión puede ser formulada, a la manera de Harvey, como el «derecho a la ciudad»: ¿qué ciudad queremos?, pregunta que remite a un derecho común antes que individual, ya que implica la posibilidad de cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad en la que vivimos.

Sin embargo, la territorialización de la política no se produce en un espacio «vacío y homogéneo», sino en un lugar con una historia determinada. Pensar la Estación del Fc como lugar de la memoria es atender a las materializaciones que a lo largo de la historia se han ido produciendo sobre el territorio. Como resto material del desarrollo de la Argentina moderna, espacio de conflicto en los años del modelo de sustitución de importaciones y lugar abandonado y derruido a partir de que las privatizaciones de los años 90, pusieron fin a la red ferroviaria estatal en el país, la Estación condensa diversas memorias: la de la nación, que se pretende de todos/as, y la de los sujetos en conflicto, que revela sus grietas y contradicciones. En ese espacio se produce la iniciativa de las clases dominantes en procura de la privatización de los terrenos de la Estación, que no provoca de manera refleja la resistencia de los sujetos, sino que estos se levantan a partir de una construcción que ubica a la Estación en su memoria política como bien común. Se trata de la puesta en marcha de la «economía moral», tal como decía Thompson.

La consideración del tiempo como dimensión de la experiencia permitió comprender las múltiples temporalidades históricas que se jugaban en el conflicto, los cruces de las memorias, pues si los sujetos se involucraron motivados por sus significaciones pasadas, ellas retornan a la luz de un presente para el que ese pasado cobra algún interés. Comprender la Estación como sitio de la memoria ha permitido reconocer el lugar que ocuparon los recuerdos, sentimientos y emociones en la experiencia de lucha por su recuperación como espacio público.

Por una parte, la Estación permitía establecer una temporalidad común a partir de las significaciones otorgadas al Fc en los relatos sobre la historia nacional; por otra, emergían en torno a ella memorias particulares construidas desde las diferentes condiciones históricas (de clase, generacionales, de género sexual), desde los recorridos grupales y las tradiciones políticas. De allí que ese encuentro activara también tensiones y ambivalencias, pusiera en movimiento ciertos procesos de rememoración que transformaron los marcos de (in)visibilidad, produciendo la irrupción de la Estación en el espacio público.



Su imagen actual en ruinas despertó recuerdos, pues ella simboliza la modernización y el progreso nacional. Estas rememoraciones iluminaron el estado de abandono y saqueo del que fue objeto en las últimas décadas, permitiendo una visualización de los efectos que dejaron las privatizaciones neoliberales. La irrupción de la Estación en el espacio público es tomada como cifra para leer el presente, como posibilidad de abrir una crítica a los proyectos que en la actualidad pretenden modernizar el espacio de la Estación en base a nuevas privatizaciones.

Ahora bien, en este punto cobran relevancia las vicisitudes planteadas anteriormente en torno a la idea de experiencia y las diferentes maneras de pensar su relación con el sujeto, las prácticas sociales y el discurso. Específicamente, en relación al conflicto por los terrenos de la Estación, lo crucial es advertir que si la irrupción de la imagen de la Estación en el espacio público produjo una transformación en las condiciones de (in)visibilidad –favoreciendo una crítica de la realidad, una resignificación del espacio–, ello no refiere a un asunto de pura contemplación («la sustitución de una interpretación por otra», la apelación a la historia como «proyecto literario»), sino a la «práctica política» de los sujetos, al conocimiento que arroja sobre el mundo el proceso de su transformación, los conflictos y las contradicciones que se ponen de manifiesto en las experiencias de lucha y organización. Ha sido, en ese sentido, que propusimos pensar la constitución de los sujetos subalternos, su proceso de identificación como clase como resultado de la experiencia de lucha. Una experiencia que ha sido «densa», pues a la vez que se apoya en un terreno no elegido (los arreglos entre el gobierno y Puerto Madero), pone en juego las memorias, tradiciones y prácticas políticas de los sujetos. Así se configura una conflictividad cuya trama simbólica compromete el pasado, el presente y el futuro.

La preocupación por centrar el análisis en la singularidad de la experiencia de lucha por la recuperación de la Estación tuvo que ver con nuestra propia trayectoria en la investigación, pues el interés por la espacialización del conflicto es un interés tardío que apareció sobre la marcha. Al comienzo, la búsqueda estaba organizada en torno de la cuestión de la experiencia de los sujetos, la relación entre pasado y presente y el lugar de la memoria en el proceso de organización política de los sujetos colectivos. Nuestras preguntas rondaban en la problemática de la memoria y las tradiciones de los sujetos subalternos, y desde allí comenzamos a participar en el taller de Historia Local que se organizó como parte de las actividades de Casa América. Hoy,

retrospectivamente, tal vez quepa preguntarse cuánto debían esos primeros interrogantes a la manera en que se presentaba el debate dentro de las ciencias sociales: lo viejo versus lo nuevo. Pues, al comienzo del trabajo, las primeras indagaciones teórico-conceptuales estuvieron encaminadas a reflexionar sobre la relación pasado/presente, con el desafío de cuestionar la manera dilemática en que dicha relación tendía a presentarse en el debate. No obstante, la pregunta permanecía dentro de la misma problemática.

Al «entrar» a la estación, nos encontramos con un «terreno» en el que condensaban política, memoria y espacialización de la lucha de clases. Fue en ese intercambio con los sujetos, en la percepción de un horizonte más amplio de luchas nucleadas por conflictos semejantes, que pudimos advertir la regularidad en los conflictos alrededor del espacio. A partir de las iluminaciones que arrojaba la práctica de los sujetos sobre el mundo de lo social, la singularidad de la experiencia de la lucha por la recuperación de la Estación puso en evidencia un proceso macroestructural del capitalismo, la territorialización del conflicto como una de las formas privilegiadas de la lucha social en una etapa del capitalismo caracterizada por la acumulación por desposesión.

Atravesar ese proceso en la producción de conocimiento dejó percibir la relevancia que adquiere la experiencia social para abordar los procesos de constitución de sujetos políticos, especialmente cuando se trata de momentos históricos que no son momentos clásicos ya conocidos, en los que se puedan utilizar los esquemas aprendidos para comprender el mundo histórico-social, sino que más bien son procesos sumamente complejos en los cuales los sujetos se constituyen y desagregan, se repliegan y vuelven a la ofensiva de manera permanente, planteando una conflictividad lábil, pulsátil y escurridiza a los intentos por fijar ese movimiento en el esfuerzo de la conceptualización. La producción del conocimiento como un proceso revela que no se trata de comprobar hipótesis, sino que, a medida que el sujeto posicionado en la función de producción de conocimiento se involucra en el proceso, va encontrando lógicas y atravesamientos por medio de la relación práctica con los sujetos de la praxis, y a través de esa interrelación los conceptos teóricos iluminan las prácticas, al tiempo que las prácticas determinan los conceptos que inicialmente parecían abstractos.

## **Bibliografía**

- ACHUGAR, H. (2003). El lugar de la memoria, a propósito de monumentos. En Jelin, E. y Langland, V. (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- BENJAMIN, W. (1982). Tesis de filosofía de la historia. En W. Benjamin, *Para una crítica de la violencia*. (p. 99-132). México: Premiá Editora.
- BONEFELD, W. (2004). Clase y constitución. En J. Holloway (comp.), *Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico* (p. 33-68). Buenos Aires: Herramienta.
- BOURDIEU, P. (2002). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- CATANZARO, G. E I PAR, E. (2003). *Las aventuras del marxismo* (p. 17-104). Buenos Aires: Gorla.
- CASTORIADIS, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- CECEÑA, A. E. (2001). La territorialidad de la dominación. Estados Unidos y América Latina. *Chiapas*, 12, 3-18.
- GOLDMANN, L. (1973). *Lukács y Heidegger*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GRAMSCI, A. (2004). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- HALBWACHS, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Caracas: Anthropos.
- (2005). Memoria individual y memoria colectiva. *Revista Estudios, volumen* (16), 163-187.
- HARVEY, D. (2008). El derecho a la ciudad. *New Left Review*, 53, 23-39.
- JELÍN, E. y LANGLAND, V. (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LÖWY, M. (2001). *Walter Benjamín. Aviso de incendio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- PETRA, A. (2001). *Anarquistas: cultura y lucha política en la Buenos Aires finisecular. El anarquismo de estilo de vida*. Recuperado el 25 de agosto de 2009, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2000/petra.pdf>.
- SALOMONE, M. (2011). La okupación como forma de recuperación del espacio público. La experiencia del colectivo Casa América Mendoza (2006-2008). *Kairos. Revista de Temas Sociales*, 27, 1-24.
- (en prensa). Tradiciones políticas y memoria: significaciones sobre la noción de bien común en la experiencia de lucha ferroviaria. *Intersecciones en Antropología*, 13.
- THOMPSON, E. P. (2002). *Antología*. Barcelona: Crítica.
- VERÓN, E. (1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política. En E. Verón y otros, *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos* (p. 14-34). Buenos Aires: Hachette.
- VOLONTÉ, L. y VICENTE, F. (2009). Apuntes sobre la COPA, una experiencia de articulación de las organizaciones autónomas en Argentina (2001-2003). Ponencia presentada en el *Primer Congreso Nacional Sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales*, Mesa 10: Movimientos sociales y luchas culturales, Buenos Aires, UBA.
- VOLOSHINOV, V. (1992). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Editora.
- WILLIAMS, R. (1977). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- WOOD, E. M. (2000). *Democracia contra capitalismo*. México D.F.: Siglo XXI.
- YERUSHALMI, Y., LOREAU, M., MILNER, J.C. y VATTIMO, G. (1988), *Usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ZIBECCHI, R. (2003). *Genealogía de la revuelta*. Buenos Aires: Editorial Nordan.

## **Entrevistas**

Los nombres de los/las entrevistados/as han sido cambiados, son ficticios.

- ALI, artista plástica, miembro de Casa América. Edad: 39 años. Duración: 100 minutos. 16/11/2007.
- CIRO, profesor de Educación Física, actor, clown. Miembro de Casa América. Edad: 34 años. Duración: 107 minutos. 22/04/2008.
- FABIANA, arquitecta, miembro de OSA. Duración: 120 minutos. 02/12/2008.
- HORACIO, ferroviario, empleado de American Latina Logística (supervisor de un sector del taller), miembro de Apedefa. 50 años. Duración: 120 minutos. 05/12/2008.
- MATU, artesano, malabarista, miembro de Casa América. Edad: 27 años. Duración: 51 minutos. 25/05/2008.
- NÉSTOR, analista en sistemas, miembro de OSA. Edad: 56 años. Duración: 120 minutos. 29/07/2008.
- PINI, empleado en imprenta, estudiante de cine. Miembro de Casa América. Edad: 33 años. Duración: 120 minutos. 20/05/2008.
- RICARDO, ferroviario, dirigente de la Unión Ferroviaria (secretario general de Mendoza). Edad: 50 años. Duración: 45 minutos. 10/12/2008.

**UST**



**UNION DE  
RURALES**

**TRABAJADORES  
SIN TIERRA**

# **3** **Las luchas campesinas en Mendoza.** Reflexiones a partir de la acción colectiva de la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra.

GABRIEL LICEAGA

«¿No es hora de saber qué significa la reforma agraria?, pregunto. ¿No es hora de empezar a comprender qué significa y aportar entre todos? Con el apoyo de todos debemos darle significado a esto»

Marcelo, miembro de la UST, 2006

*Agradezco a los miembros de la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra por su confianza y generosidad. Particularmente, a Amalia Guisasola, Facundo Martín y Daniel Martín, por las largas charlas y por su amistad. A Diego Escolar por leer mi tesina de licenciatura con atención y profesionalismo. Gracias también a Pedro Marsonet, Emanuel Jurado, Rodolfo Morgani, Noelia Molina y Beatriz Soria, interlocutores y amigos.*



## Introducción

Existe una larga tradición en Mendoza que presenta la imagen de una realidad económica y cultural signada por la lucha entre el oasis y el desierto. El oasis, fruto de la laboriosidad, fuente de progreso, se habría desarrollado con el fuerte crecimiento de la vitivinicultura de fines del siglo XIX, dando origen a la «cultura del vino», que impregnaría la vida económica, social, cultural y política de la provincia, como si fuera el «líquido amniótico» en el que esta se desenvuelve, «como el ave en el aire y el pez en el agua» (Lacoste, 2004, p. 59). Es

evidente que esta imagen, representada usualmente durante la Fiesta de la Vendimia<sup>1</sup>, consagrada por las artes y la cultura, enseñada y aprendida en las escuelas, tiene una notable eficacia performativa y proporciona los marcos a partir de los cuales se piensa comúnmente la historia y el presente de Mendoza.

Claro está que la contraposición oasis/desierto tiene fundamentos geográficos e históricos. Pero es cierto también que los términos de la contraposición mencionada suelen ser portadores de una carga valorativa que lejos está de ser obvia: el oasis suele asociarse con el desarrollo, la riqueza, la belleza y la «civilización», mientras que el desierto es asociado con la pobreza, la fealdad, la lejanía, la soledad y la «barbarie». Este reparto desigual de las virtudes y los defectos entre el oasis y el desierto – simétrico al de la distribución del agua – ha llevado a que algunos autores hablen de cierta lógica oasis-céntrica en

la constitución de los discursos y los imaginarios provinciales (Escolar, Martín, Rojas, Saldi y Wagner, 2011).

1. A modo de ejemplo ténganse en cuenta los siguientes fragmentos de los guiones de las fiestas centrales de los años 2000 y 2001, respectivamente denominadas *Mendoza, tierra del vino* y *Brindis del nuevo siglo*: «Mendoza, qué decir cuando miro tu cielo, donde tantos hombres cobijan sus sueños... Quiero decirte que hoy es el tiempo, que siempre estaré listo para enfrentar el desierto y comenzar nuevamente a cada momento. Soy tu hombre y no sé estar quieto... El honor del trabajo me embriaga por dentro, porque sé que año tras año despertaré en vendimias y volveremos a vernos» y «El que nace en Mendoza nace sabiendo que hay un pacto heredado de nacimiento. Es una lucha diaria, un duelo, una batalla. ¡Mendoza es un desierto cuando no hay agua! De la mano del agua la vida llega ¡Sí! ¡Se vence a la muerte cuando se riega!».

La épica mendocina del oasis que crece a costa del desierto tiende a reivindicar a ciertos sujetos de la historia provincial y a tornar invisibles a otros. Los actores destacados, como es natural, son aquellos vinculados con la expansión de las tierras irrigadas: los inmigrantes de origen europeo, los «domadores del agua» (es decir, quienes desde la gestión gubernamental y la técnica fueron protagonistas en la construcción y supervisión de las grandes obras de riego hacia fines del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX<sup>2</sup>), los contratistas de viña<sup>3</sup>, los obreros rurales y, en general, todos los trabajadores integrados –de una u otra forma– en el modelo vitivinícola. El caso de los huarpes<sup>4</sup> es paradigmático, ya que se los suele nombrar como precursores de las obras de riego (lo que indudablemente son) pero no como agentes afectados negativamente por la expansión de estas últimas desde fines del siglo XIX.

Como venimos sugiriendo, el protagonismo otorgado a ciertos sujetos, así como también la pretendida ausencia de antagonismos sociales en el seno del modelo vitivinícola, solo puede realizarse a costa de soslayar o dejar de lado realidades que incomodan o que no encuentran un lugar en los relatos autocomplacientes de la historia provincial. Nos referimos a la historia del pueblo huarpe y al desecamiento del complejo lacustre de Huanacache, en el departamento de Lavalle, que se produjo hacia la mitad del siglo pasado como «efecto indirecto» de la utilización del agua del río Mendoza cauce arriba y que se agravó con la concreción de la presa Potrerillos a comienzos de este siglo (Montaña, 2007). Asimismo, el modo de vida de los puesteros<sup>5</sup> ocupa un lugar sumamente subordinado en las crónicas pretéritas y presentes. Debemos también mencionar a quienes viven desde hace décadas en zonas de regadío y nunca lograron acceder a la tierra propia o comunitaria para trabajar y a las familias que trabajaron en empresas que se fundieron en los tiempos de la reconversión vitivinícola y que quedaron «entre la pampa y la vía» (de un tren que ya no pasa). Muchas veces, como señala Elma Montaña a propósito de la carencia de agua que sufren los huarpes al final de la cuenca del río Mendoza, hay situaciones que ni siquiera llegan a ser visibilizadas como conflictos (Montaña, op. cit.).

2. Para un análisis de las figuras de Manuel Olascoaga, César Cipolletti y Galileo Vitali, «domadores paradigmáticos», véase *La naturaleza del poder. Ecología política del desarrollo (capitalista) regional en Mendoza, Argentina. 1879-2000* (Facundo Martín, tesis doctoral), cuyos datos aparecen en la bibliografía.

3. La figura del contratista de viña es típica del modelo vitivinícola o frutihortícola tradicional y no debe confundirse con la del «contratista de maquinaria». Los contratistas de viña habitualmente trabajan y organizan las tareas de una finca y habitan en esta a cambio de una parte de la producción y de un pequeño sueldo fijo. La desaparición de muchas explotaciones agropecuarias medianas y pequeñas durante las últimas décadas ha influido en que esta figura se haya visto fuertemente afectada, perdiendo en muchas ocasiones ciertos derechos que tenía y pasando los contratistas a convertirse en simples obreros rurales o a retirarse de la actividad agrícola. Los contratistas de maquinaria se asocian, por el contrario, a las actividades propias de la región pampeana y, en las últimas décadas, a la progresiva intensificación de la mecanización del agro.

4. Los huarpes son los habitantes originarios de la región de Cuyo. Para un rastreo de las discusiones acerca de la pervivencia cultural de este pueblo, véase *Los dones étnicos de la nación* (Escolar, 2007).

5. Suele denominarse «puesteros» o «crianceros» a las familias que habitan en las zonas áridas de Mendoza y que se dedican a la ganadería extensiva, principalmente caprina y eventualmente vacuna, y a la venta de sus derivados (guano, artesanías de cuero, lana).

Estas situaciones apenas mencionadas, a primera vista marginales al desarrollo de la agricultura y la agroindustria mendocinas, pueden ser consideradas como ejemplos de un «olvido» mayor. Nos referimos a la cuestión de la pervivencia y recreación del modo de vida campesino en una provincia y un país que históricamente se ha visualizado a sí mismo como carente (o libre) de aquel. En este marco la perspectiva «oasis-céntrica» a la que nos referíamos podría entenderse como la matriz regional, generadora de clasificaciones, imágenes, valores y silencios, en la que toman cuerpo a nivel provincial los discursos descampesinistas que atraviesan a la cultura nacional.

6. Existen, por supuesto, razones históricas para que los campesinos argentinos sean un sujeto poco tenido en cuenta a lo largo del siglo xx. El predominio del agro pampeano y de sus actores fundamentales (la vieja «oligarquía terrateniente») por sobre las «economías regionales» (expresión que subraya, por supuesto, el predominio de lo que no deja de ser una región entre otras) y la formación de cierta clase media rural confluyeron para que, a partir de los sucesos del Grito de Alcorta y con la excepción de las Ligas Agrarias en la década de 1970, la distribución de la tierra no fuera puesta seriamente en cuestión, por lo menos hasta fines del siglo xx y comienzos del siglo xxi. Asimismo, la poco importante presencia del sistema de plantación, la temprana industrialización de la década de 1930 y el exterminio que sufrieron los pueblos originarios antes y después de la Independencia contribuyeron a que la población rural tuviera un peso demográfico relativamente menor al que ostenta en otros países latinoamericanos. Por estas y otras razones, la tradición de «estudios campesinos» es relativamente débil en Argentina en comparación con la de otros países del continente, existiendo, particularmente, pocos trabajos sobre las organizaciones y las luchas sociales y políticas campesinas (Domínguez, 2009; Giarracca, 2000; Galafassi, 2004).

7. Como sostiene Diego Domínguez: «si algo es patente y observable en el debate sobre el *campesinado* en Argentina es la permanente actitud de impugnación del uso de la categoría. Lo que entonces se pone al desnudo en algunos casos es cierta operación de silenciamiento resguardada bajo el halo de la exhaustividad clasificatoria» (Domínguez, 2009, p. 65).

En efecto, el olvido de los campesinos mendocinos o su ocultamiento bajo otras denominaciones (labriegos, cosechadores) que resaltan su lugar como sujetos subordinados y dependientes del «empuje empresarial» no es patrimonio exclusivo del «oasis-centrismo», sino que forma parte de un proceso mayor que se dio durante el siglo xx a nivel nacional<sup>6</sup>. Como señala Karina Bidasseca, la cultura nacional hegemónicamente urbana, en un país que se ha integrado al mundo a partir de la agricultura y cuyas principales exportaciones son de origen primario, se ha construido a sí misma negando a su otra/o interno (campesina/campesino y, por supuesto, a los indígenas)<sup>7</sup>. En el área de las ciencias sociales, esta negación se expresó en la utilización de diferentes denominaciones a lo largo del siglo xx para referirse a los mismos agentes: «campesinos» a principios de siglo, «productores», «minifundistas», «revolucionarios», «populistas» (Bidasseca, s/f). Esta sucesión o yuxtaposición de denominaciones, como mostraremos más adelante, esconde apenas comprensiones enfrentadas acerca de las características de los sectores rurales subalternos y de sus capacidades para constituirse como sujetos políticos.

En contradicción con este panorama de negación de grandes conflictos en las áreas rurales y de invisibilización del campesinado como posible sujeto político, hacia fines del año 2002 se realizó una manifestación en el departamento de Lavalle, provincia de Mendoza, protagonizada por unas ochenta personas que marcharon bajo el nombre común de Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra (en adelante, UST). Sus objetivos eran denunciar la mala situación de los campesinos de la zona y reclamar

tierra propia para trabajar. Las demandas planteadas en esa marcha no fueron atendidas, pero la ocasión sí fue oportuna para mostrar públicamente que en el «interior» de la provincia estaba en marcha un proceso de movilización política inédito. A partir de ese momento comenzó a desarrollarse un funcionamiento orgánico de los grupos que componían la organización y a intensificarse su trabajo en varios ámbitos (productivos, formativos, políticos). Asimismo, desde la primera asamblea, realizada a mediados del 2002, comenzó a diseñarse la bandera de la organización, cuyos colores (celeste, verde y marrón) representan la lucha por el agua, la tierra y la soberanía alimentaria. ¿Qué estaba sucediendo en el campo mendocino que en plena época de direccionamiento de la industria vitivinícola y de otros sectores del agro hacia mercados externos surgía una organización que tomaba como suyo el lema «Somos tierra para alimentar a los pueblos»? O mejor, ¿qué procesos sociales intervienen en la emergencia de un colectivo de acción política que asume y construye una identidad campesina y que lucha contra las orientaciones fundamentales de la producción agrícola en la provincia y el país?

Estas fueron algunas de las preguntas que motorizaron la investigación que desarrollamos en los años 2006, 2007 y 2008, orientada a describir, contextualizar y analizar la acción colectiva de la UST en el período 2002-2007<sup>8</sup>. El interés que la guiaba era el de dar cuenta de formas novedosas de movilización política de sectores populares en zonas rurales de la provincia de Mendoza<sup>9</sup>.

El trabajo que aquí presentamos condensa y retoma algunas reflexiones expresadas en dicha investigación. Pero en este caso en particular, nos centramos en la relación entre «identidad» y «territorio» que se manifiesta en los discursos y las prácticas de la UST. A partir de estas categorías intentamos exponer algunas interpretaciones acerca de las significaciones de las luchas por la tierra que se elaboran en dicha organización. Para esto, en primer lugar haremos una breve descripción de su historia, sus objetivos y sus formas de acción. Más adelante, incursionaremos en la cuestión de la identidad y el territorio a partir de un análisis de las significaciones que tiene la lucha por la tierra y del papel que cumplen en la organización las referencias indígenas y estatales. Finalmente, en las conclusiones, intentaremos retomar algunas cuestiones que quedan pendientes a lo largo del texto, señalando nuevas áreas posibles de indagación.

8. Liceaga, G. (2008) *¡Tierra, Agua y Justicia! Un análisis de la acción colectiva de la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra!*. Tesina de Licenciatura sin publicar. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo.

9. Cabe aclarar que esta movilización excede el marco de la UST. En la zona norte de la provincia también actúa la Organización de Trabajadores Rurales de Lavalle (OTRAL), organización que desde 2005 hasta la fecha ha logrado impulsar y sostener varias tomas de tierra.

La categoría sobre la que gira este trabajo, como ya se habrá advertido, es la de «acción colectiva», que remite, en principio, a cualquier comportamiento común o agrupado, forma en la que considerada durante mucho tiempo por diversas teorías sociológicas. Sin embargo, a partir de las décadas del 60 y 70 del siglo pasado se comenzó a hablar de «acción colectiva» en relación con formas emergentes de movilización social y política que despertaban en Europa y Estados Unidos. El término se hizo popular dentro de diversos enfoques sociológicos y actualmente se emplea para referirse a muy diversas prácticas políticas, sociales, culturales y demás llevadas a cabo por grupos, organizaciones o movimientos, siendo necesario, en definitiva, aclarar en qué sentido se utiliza y por qué.

Nosotros seguimos la definición de Alberto Melucci, quien entiende la acción colectiva como una acción que implica «la existencia de una lucha entre dos actores por la apropiación y orientación de los valores sociales y los recursos» (Melucci, 1984, citado en Giarracca, 2001, p. 20). Otra de las categorías centrales de Melucci que se utilizan en este trabajo es la de «identidad colectiva», que apunta a dar cuenta de los procesos que hacen posible la acción, tales como la articulación interna de las diferentes partes, los niveles y las orientaciones del actor. A pesar de que existen múltiples dificultades teóricas y metodológicas para analizar las organizaciones campesinas latinoamericanas a partir de la propuesta de Melucci (Bartra, 2011; Edelman, 2003; Galafassi, 2004; Rubio García, 2004), en este trabajo lo que se rescató de la misma es su intento de «descosificar» a los movimientos y de no concebirlos como entidades homogéneas con pura comunión de intereses. El autor italiano propone

pensar los movimientos sociales como pluralidades cambiantes y en permanente tensión, que ponen en juego diversos significados en sus luchas políticas, culturales y simbólicas. En este análisis de la acción colectiva de la UST, dicha propuesta se convierte en un intento por poner en relieve distintas dimensiones y sentidos de la acción colectiva que subyacen a los objetivos más evidentes de la organización.

En el aspecto metodológico, hay que mencionar que fueron utilizadas técnicas cualitativas de investigación (entrevistas y observación participante). Las condiciones propias del trabajo con organizaciones políticas, sin la existencia de un marco institucional –ni político– para ello<sup>10</sup>, condicionaron que fueran la reconstrucción de

10. Nos referimos a las dificultades relacionadas con el posicionamiento del investigador ante su «objeto» de estudio y ante la realidad social en general, cuando este se involucra en el campo de los movimientos sociales. Algunas de ellas han sido ejemplificadas por Maristella Svampa a propósito de las figuras del intelectual «intérprete», «ironista» y «anfíbio» (Svampa, 2008). Resulta interesante que desde el Movimiento Nacional Campesino Indígena se esté intentando definir políticas para los investigadores que deseen relacionarse con el movimiento y para los militantes-investigadores, con el objetivo de lograr una mejor coordinación entre las «lógicas políticas» y las «lógicas científicas» o académicas.

un puesto derribado por una topadora en ocasión de un intento de desalojo, la participación en instancias de formación y las marchas, mucho más que las entrevistas en profundidad u otras dinámicas preparadas previamente, los momentos más propicios para escuchar a los agentes y tratar de establecer cierto *rapport*.

Por último, es importante también advertir que, como es lógico, desde el año 2008 a la fecha, mucha agua ha corrido bajo el puente. Mientras que diversas organizaciones populares surgidas durante la crisis económica, social y política de fines de la década del 90 y comienzos del siglo XXI se han incorporado a instancias de deliberación o ejecución de políticas públicas, muchas otras se han diluido o han mutado<sup>11</sup>. Por otra parte, han surgido también organizaciones nuevas que retoman algunas de las metodologías que comenzaron a emerger a mediados de la década del 90 (por ejemplo, las asambleas socioambientales, que recuperan elementos de la experiencia de las asambleas ciudadanas protagonistas de los sucesos de fines de 2001 y comienzos de 2002). A su vez, las políticas asumidas por el gobierno de Néstor Kirchner y especialmente las tomadas por Cristina Fernández a partir del conflicto agrario de 2008 han generado un escenario con nuevas oportunidades y limitaciones<sup>12</sup> que impacta en las estrategias asumidas por diferentes organizaciones. Sin embargo, creemos que muchas de las tendencias que caracterizan a los movimientos sociales de fines del siglo pasado y comienzos de este continúan presentes. Las problemáticas siguen vigentes, las tácticas políticas en ocasiones cambian o parecen cambiar, y de todos modos tiene sentido establecer antecedentes de modos de organización que en la actualidad se encuentran adaptándose a los nuevos escenarios. En este trabajo nos posicionamos al nivel de los conflictos más generales, los cuales, como argumentaremos, son conflictos de larga data actualizados por nuevas tensiones y complejidades. Las disputas sociales por el control del territorio, por la utilización de los bienes naturales, por el control sobre la propia vida (Domínguez, 2009), de las cuales los conflictos por la tierra son emergentes, están allí presentes. Y los campesinos, contra todo pronóstico, también.

11. Ténganse en cuenta, por ejemplo, las organizaciones que confluyeron en la defensa de los terrenos de la Estación, cuyo proceso de encuentros y desencuentros son descriptos en el trabajo de Mariano Salomone presente en este libro.

12. El tema excede los objetivos de este trabajo, pero como ejemplo de este nuevo escenario en el ámbito rural cabe mencionar la creación en 2008 de la Subsecretaría de Agricultura Familiar, dependiente del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, que busca fortalecer el modelo productivo de la agricultura familiar, en un contexto de expansión de los complejos agrícolas y agroindustriales relacionados con la soja y otros *commodities*. La creación de esta subsecretaría fue, evidentemente, una de las respuestas políticas al conflicto de 2008 entre las entidades agrarias y el gobierno.

### ***El surgimiento de la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra***

Hacia fines de la década de 1980, y más firmemente en la década de 1990, surgieron en el país diversas organizaciones de campesinos, pequeños productores, pueblos originarios y agricultores ecológicos que se constituyeron en pequeñas cooperativas y asociaciones de trabajadores rurales, uniones, coordinadoras, centrales y otras. Una de las organizaciones más conocidas a nivel nacional dentro de este proceso es el Mocase (Movimiento Campesino de Santiago del Estero), que se formó en el año 1990 y que desde entonces ha sido una referencia importante en las luchas contra el monocultivo de soja y en defensa del modo de vida campesino. Este resurgimiento de la movilización política campesina se vio acompañado, a nivel latinoamericano, por un fuerte crecimiento y visibilización de las organizaciones de los pueblos originarios a partir de 1992, como resultado de las actividades realizadas tanto para festejar como para repudiar la conmemoración de la conquista de América. Significativamente, también en 1992 se conformó la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC), y un año más tarde la Vía Campesina, una red de organizaciones de pequeños productores, indígenas y trabajadores rurales con presencia en África, Asia, Europa y América y que promueve la defensa de un modelo campesino de producción de alimentos.

Hacia comienzos del nuevo siglo empezó a ser visible la creciente articulación de algunas de las organizaciones campesinas en Argentina. En 2005 se fecha la creación del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI), en el que participan diversas organizaciones provinciales (entre ellas, el Mocase en Vía Campesina y la UST). En 2008, asimismo, se forma el Frente Nacional Campesino (FNC) como consecuencia del conflicto por las retenciones y el paro de las entidades agropecuarias que se desencadenó entre marzo y julio de ese año. Existen también varias otras coordinadoras de organizaciones campesinas, indígenas o campesino-indígenas, entre las cuales se encuentran el Consejo Asesor Indígena (CAI) y la Coordinadora de Comunidades Indígenas y Trabajadores Rurales de Argentina (Cocitra).

En año 2009 se calculaba que existían alrededor de 200 organizaciones que no solo se enfocaban a resolver las necesidades inmediatas de sus miembros, sino que también se involucraban en la defensa de los intereses del campesinado y los pueblos originarios en su conjunto, es decir, en cuestiones ligadas al acceso a la tierra y

los recursos naturales, en formular leyes especiales para el sector y demás (Domínguez, 2009, p. 310).

Como sucede en muchos países de América Latina, en Argentina el surgimiento de organizaciones campesinas e indígenas se dio en el marco de transformaciones en la estructura agraria que afectaron a los sectores más postergados del campo. Durante la década del 90 se impuso un modelo de agricultura industrial centrado en la exportación de *commodities* y controlado por grandes empresas agroindustriales y fondos de inversión, el cual ha sido denominado «modelo de agronegocios» (Boy, 2005; Domínguez, Sabatino y Teubal, 2005). En Mendoza, dicho modelo asume una modalidad particular y diferenciada respecto de la del agro pampeano y del Litoral, ya que la economía mendocina se apoya fuertemente en la actividad agrícola e industrial de base agraria<sup>13</sup>. Mientras que a nivel nacional

la apertura a los mercados, las privatizaciones y las inversiones extranjeras de los años 90 tuvieron un cariz desindustrializador y tercerizador de la economía, en la provincia de Mendoza dichos procesos impusieron una reconversión industrial que transformó los sectores más relevantes de la economía (vitivinícola y petrolero), con el objeto de tornarlos competitivos a nivel internacional (Collado, 2006, p. 2). Se desarrolló entonces una estrategia de reestructuración de la vitivinicultura signada por el cultivo de nuevas variedades de uva y la incorporación al proceso productivo de nuevas tecnologías<sup>14</sup> y nuevas formas de organización del trabajo, pasándose de una producción de uvas y vinos destinada al mercado interno a un perfil netamente exportador.

La reconversión vitivinícola, en medio de una acentuada desregulación económica, potenció el papel de los sectores empresarios más significativos y poderosos. Los protagonistas principales de esta etapa fueron entonces capitales concentrados internacionales, y regionales solo en algunos casos. Las fracciones más pequeñas del capital productivo (pequeñas y medianas empresas –pymes–), por su parte, se desvalorizaron y tuvieron en muchos casos que subordinarse por medio de la agricultura de contrato o directamente retirarse de la producción. Esta pérdida de importancia de las pymes y la incorporación de nuevas tecnologías incidieron crecientemente en la relación capital-trabajo, que se manifestó en altos índices de desocupación, subocupación y cuentapropismo, con elevada precarización del trabajo (Aspiazu y Basualdo, 2001). De este modo, la denominada «reconversión vitivinícola» presenta,

13. A estas actividades hay que sumar, por supuesto, la extracción y refinación de petróleo y sus derivados.

14. Entre ellas, el riego por goteo, que permitió la incorporación al cultivo de explotaciones situadas en el piedemonte en la zona del Valle de Uco y Luján y la cosecha mecánica.



como reverso de algunos éxitos empresariales ligados a la ampliación de mercados en el exterior y al desarrollo del turismo vitivinícola, consecuencias a veces negativas para los trabajadores rurales y para los pequeños productores, quienes en muchas ocasiones se vieron obligados a retirarse de la producción.

El impacto de la reconversión vitivinícola se refleja, en cierta

15. Debido a las muchas y justificadas críticas que recibió el Censo Nacional Agropecuario 2008, referentes al momento en que este fue efectuado (pleno conflicto entre las entidades agropecuarias de la denominada Mesa de Enlace y el gobierno a propósito de la suba a los derechos de exportación) y a la metodología empleada, hemos optado por no utilizar sus datos. La variación intercensal en la cantidad de explotaciones con y sin límites definidos para el período 2002-2008 era de -17% para el país en su conjunto y de casi -21% para Mendoza, lo cual pareciera tener cierta correspondencia con los censos anteriores y con los procesos económicos en marcha. Sin embargo, en otras provincias, como Buenos Aires, la disminución aparente en el número de Eaps y de hectáreas alcanza, según el censo, 37,9% y 32,4%, respectivamente. No puede haberse esfumado una cantidad tal de Eaps, lo cual es una señal, como afirma Norma Giarracca, de que el censo agropecuario fracasó (Giarracca, 2010).

16. Censo Nacional Agropecuario 2002.

17. Íbidem.

medida, en el Censo Nacional Agropecuario (CNA). En efecto, en el período 1988-2002<sup>15</sup>, en sintonía con las tendencias nacionales, se produjo una notable disminución en el número de explotaciones agropecuarias (Eaps) en Mendoza, que pasaron de 35.221 a 30.656, significando una reducción de 13%. Esta disminución se verificó principalmente en las Eaps de hasta 500 hectáreas, que descendieron de 32.593 a 27.363<sup>16</sup>. Sin embargo, el número de explotaciones mayores de 500 hectáreas aumentó: en 1988 fueron censadas 656, mientras que en 2002 fueron contabilizadas 966. Otro dato relevante que ilustra el proceso de concentración de la tierra sucedido en el período fue el del aumento del tamaño promedio de las explotaciones: este creció de 159 hectáreas en 1988 a 226 hectáreas en 2002<sup>17</sup>. Estos datos se tornan todavía más significativos si hacemos el siguiente cálculo: de 6.422.130 hectáreas contabilizadas en el CNA 2002, 5.301.996 (82%) pertenecían a las 515 Eaps de más de 2.500 hectáreas de superficie. Estas 515 explotaciones representan 1,67% del total. Es decir que, según los datos de 2002, 82% de la tierra se encontraba reunida en 1,67% de las explotaciones.

Es conveniente también, a fines de situar mejor la acción colectiva desarrollada por la UST, decir algunas palabras acerca de la geografía mendocina y de la particular importancia que en ella reviste la disponibilidad de agua. Como es sabido, Mendoza es una provincia de clima semiárido, con lluvias escasas y de difícil aprovechamiento. El acceso al agua condiciona las posibilidades de utilización de la tierra, dando lugar a tres perfiles económicos, sociales y culturales disímiles en la provincia. Por un lado aparecen las zonas cordilleranas, sumamente áridas y relativamente poco aptas para el cultivo (con notables excepciones, como el Valle de Uspallata), donde se encuentran las nacientes de los ríos y que en las últimas décadas presentan un alto perfil turístico. Por otro lado, las zonas de oasis, que representan el 3% aproximadamente del territorio provincial

y que incluyen a los grandes centros urbanos. En ellas se localiza la mayor parte de la actividad económica de la provincia (exceptuando las actividades extractivas, como las relacionadas con el petróleo) y de allí suelen provenir también (paradójicamente, teniendo en cuenta su escasa superficie) la mayor parte de las imágenes «típicas» de la provincia: las acequias, los viñedos, los túneles de árboles en la ciudad, el Parque General San Martín. Por último, las amplias zonas de secano, que comprenden 97% de la superficie provincial (incluyendo, por supuesto, a las zonas cordilleranas) y habitadas principalmente por los «puesteros» o «crianceros».

Al ser el agua un bien escaso, su disponibilidad para cultivos y para el consumo humano cumple un rol clave en los usos del espacio y, por lo tanto, en los conflictos entre grupos sociales. Como señala Elma Montaña, las relaciones de poder en la provincia pueden leerse en el manejo de los recursos escasos, fundamentalmente el agua y el suelo irrigado (Montaña, 2006). No es posible profundizar aquí en los mecanismos institucionales por los que se legisla –o no se legisla, como ocurre en el caso de la utilización del acuífero mediante perforaciones y el empleo de motobombas– el acceso al agua, pero sí es importante remarcar el rol central que cumple este recurso en la agricultura mendocina.

La Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra surge en el año 2002, en una época en la que el impacto de la reconversión vitivinícola se combinaba con la crisis general que vivía el país. Se forma en el departamento de Lavalle, ubicado al norte de la provincia de Mendoza, a partir del encuentro de grupos de pequeños agricultores, trabajadores rurales sin tierra e ingenieros agrónomos. La carencia de tierra para trabajar y las particulares dificultades para acceder al agua de riego se plantearon como problemas compartidos que darían origen a esta organización, cuyo lema fue, desde sus comienzos, «Tierra, agua y justicia para los excluidos del campo». La «Reforma Agraria Integral» y la «Soberanía Alimentaria» (consignas centrales de Vía Campesina) representaron pronto, al compás del movimiento regional y nacional, las demandas que articularían las prácticas de la organización.

La UST está compuesta en la actualidad por alrededor de 500 familias que, con distintos niveles de asiduidad, se reúnen en unos 30 grupos de base. La mayor parte de estos grupos está ubicada en el norte de Mendoza (departamento de Lavalle, San Martín y Rivadavia) y en el sur de San Juan. A partir de 2007 se incorporaron también algunos grupos de base y militantes en el sur mendocino (San

Rafael, Malargüe) y en los departamentos del centro-oeste (Tunuyán, Tupungato). Forman parte de la organización trabajadores u obreros rurales (campesinos sin tierra que participan en el mercado de trabajo rural y que reciben un salario a cambio de la venta de su fuerza de trabajo), profesionales (que, en general, trabajan como docentes y técnicos de proyectos sociales), minifundistas (pequeños productores, con cuatro o cinco hectáreas), crianceros o puesteros (pequeños productores que se dedican a la ganadería extensiva y que viven en el secano) y estudiantes. Existe también una cierta cantidad de personas (familiares, militantes de otras organizaciones, amigos) que colaboran y participan en algunas actividades de la organización. La pluriactividad, como sucede en buena parte de la sociedad, atraviesa la labor de los miembros de la UST, dándose muchas veces una combinación de tareas rentadas en las que la organización tiene directamente que ver (a través de la coordinación de producciones de miel, vino y otros productos) o que son ajenas a la misma (trabajo en fincas de la zona y docencia, entre otros).

En efecto, si bien la «lucha por la tierra» representa el objetivo fundamental de la UST, esta desarrolla un intenso trabajo en diversos ámbitos relacionados (salud, comunicación, producción, comercialización y formación son algunos de los más importantes). Los grupos de base, que reúnen a los participantes de una comunidad o zona, constituyen en cada caso las «unidades» más inmediatas de participación, así como también los espacios a partir de los cuales se proyectan actividades productivas coordinadas por la organización.

Desde su surgimiento hasta el presente, en la UST se han efectuado varios cambios en la estructura organizativa, que responden principalmente a su crecimiento cuantitativo y cualitativo. En consonancia con una tendencia presente en todo el continente

durante las últimas décadas, la autonomía respecto de partidos políticos y de la iglesia, la horizontalidad y la igualdad de género al interior de la organización son valores perseguidos y que representan algunos de los principios para la articulación política.

Por último, es necesario señalar que los conflictos por la tierra en Mendoza se presentan en correspondencia con la geografía de la provincia<sup>18</sup>. En las zonas de secano, las luchas son eminentemente defensivas y se refieren especialmente a las amenazas y los intentos de desalojo que sufren sus habitantes, poseedores de facto de la tierra. Algunos de los problemas más importantes son,

18. No queremos exagerar aquí el contraste entre oasis y secano ni mucho menos negar sus interrelaciones, así como tampoco desconocer la existencia de zonas intermedias y de conflictos por la tierra o territoriales con otras características a las que mencionaremos más adelante (por ejemplo, la que llevan a cabo los huarpes, habitantes originarios del territorio provincial). Lo que pretendemos es simplemente brindar un esquema general que permita comprender los condicionamientos histórico-geográficos en torno a los cuales se desarrollan los conflictos protagonizados por la UST.

en estos casos, la carencia de agua, la irregularidad dominial y las amenazas de intereses privados que, con diversos artilugios o mediante la violencia, avanzan sobre sus territorios<sup>19</sup>. Mientras tanto, en las zonas de oasis, la concentración de la tierra y los conflictos en torno al acceso al agua son los denominadores comunes de muchas situaciones sociales problemáticas, tales como el desempleo rural y la emigración forzosa hacia los centros urbanos. Por estos motivos, la UST reclama, por un lado, la expropiación de tierras improductivas y endeudadas con el Estado, con el objeto de darlas en *commodato* a familias campesinas y a la propia organización. Y, por otra parte, defiende el territorio de los crianceros que trabajan en el secano, amenazados de perderlas. Esta organización demanda, por tanto, que se titulen y entreguen en forma comunitaria tierras de la zona de secano a familias campesinas e indígenas que las ocupan desde hace muchos años y que terminen los desalojos y el acorralamiento a los puesteros.

19. Cabe preguntarse por qué se verifica en la actualidad un avance sobre las tierras del secano. Algunos de los esquemas productivos que «valorizan» estas tierras son, por un lado, en el sur provincial, los emprendimientos turísticos y mineros, así como también, muy especialmente, el desplazamiento de la ganadería por la soja en la Pampa Húmeda. La ganadería está siendo «empujada» hacia los márgenes del territorio nacional. Por otro lado, en el norte provincial, la «revalorización» de tierras del secano tiene que ver con la extracción o cesión ilegal de agua mediante el empleo de motobombas, pozos de agua o represas. En relación con el avance de la ganadería hacia el territorio provincial, véase: <http://www.losandes.com.ar/notas/2011/5/6/frontera-ganadera-extiende-hacia-mendoza-566430.asp>.

## **Identidad y territorio**

### *De la tierra al territorio*

Una de las características de los movimientos sociales –tanto rurales como urbanos– en las últimas décadas es, sin lugar a dudas, la de poner en primer plano las dimensiones territoriales de sus luchas. El territorio, señala Maristella Svampa, se erige, desde fines de los años 80, en un lugar de disputa, a partir de la implementación de políticas sociales focalizadas, diseñadas con vistas al control y la contención de la pobreza, y de las nuevas modalidades que adopta la lógica del capital en los espacios estratégicos en términos de recursos naturales. Sin embargo, el territorio se ha mostrado, asimismo, como un lugar de resistencia y de resignificación y creación de nuevas relaciones sociales (Svampa, 2008, p. 77). En términos generales, puede afirmarse que las disputas territoriales, es decir, por la «definición política de la espacialidad» (Domínguez y Sabatino, 2008, p. 4), se presentan como el resultado del intento de imposición de diversos proyectos dirigidos por empresas privadas o por el Estado a comunidades que intentan defender sus espacios de vida y los «bienes comunes» (el agua, el aire, la tierra, el paisaje). De esto pueden dar

cuenta, a lo largo y a lo ancho de América Latina, tanto organizaciones campesinas como urbanas, asambleas de autoconvocados o de pequeños productores que luchan por la tierra y trabajo digno, contra la instalación de megaproyectos mineros, energéticos, forestales y de infraestructura vial, entre otras demandas que involucran, de una u otra manera, dimensiones espaciales.

20. Es interesante señalar que no solo los movimientos campesinos pueden ser comprendidos como movimientos socioterritoriales. El Estado, los sindicatos y las empresas también son agentes que se territorializan, ya que reivindican un territorio como propio y existen a partir del mismo (Fernández, 2005, p. 280).

21. Nos referimos a una serie de procesos interrelacionados, entre los que contamos la concentración y centralización del capital en la industria alimentaria, la distribución de alimentos (supermercado), la exportación de granos y la provisión de semillas e insumos, así como también la introducción de nuevas variedades de cereales y oleaginosas y el aumento de los precios internacionales de estos cultivos, especialmente de la soja y el girasol. Todo esto ha redundado en una progresiva «agriculturización» y «pampeanización» de la Pampa Húmeda y las economías regionales (Domínguez, Sabatino y Teubal, 2005; Aparicio, 2005).

22. Resulta necesario distinguir entre el uso académico y el uso político del término «territorio». Acerca del primero, conviene mencionar que dicha categoría fue generada en el ámbito de la geografía brasileña durante la década de 1980 para realizar una «lectura geográfica» de las acciones y las relaciones generadas por los movimientos sociales que permitiera avanzar más en este sentido de lo que las categorías sociológicas permitían (Fernández, 2008, p. 278-279). Inversamente, el término ha sido recuperado desde otras ciencias sociales con el objeto de dar cuenta de las dimensiones espaciales de la acción social. Por otra parte, respecto del uso político del término, conviene señalar que Diego Domínguez y Pablo Sabatino destacan, al respecto, la enorme polisemia que este presenta, «una polisemia que evidencia el vigor y el sentido político de la noción de territorio utilizada por las distintas organizaciones campesinas e indígenas del continente» (Domínguez y Sabatino, 2008, p. 14).

Pues bien, si la dimensión territorial es transversal a muchas de las luchas sociales que se dan en el continente, con más razón esta se presenta en los conflictos por la tierra que involucran principalmente a comunidades campesinas, empresas privadas y Estado<sup>20</sup>. De este modo, la cuestión del acceso a la tierra, que constituye uno de los antiguos ejes de la conflictividad social en América Latina desde los tiempos de la Colonia, pasando por la constitución y organización de los Estados Nación, la inserción en el mercado internacional y la conformación de grandes latifundios y complejos agroindustriales, se ha transformado y complejizado. Esto ha sucedido al compás de las transformaciones operadas en el sistema agroalimentario en las últimas décadas<sup>21</sup>, a partir de las cuales se ha tornado redituable, para ciertos capitales, avanzar sobre tierras antes «improductivas» habitadas por comunidades campesinas. La categoría de territorio es utilizada entonces para dar cuenta de las nuevas formas de conflictividad ligadas a la posesión de la tierra, que se inscriben en disputas por «el control y los modos de uso de los espacios geográficos y sociales» (Domínguez y Sabatino, 2008, p. 6)<sup>22</sup>. La cuestión de la tierra, sin perder su especificidad y su historia, se inscribe en el presente en el marco de luchas más generales, que involucran directamente a otros sectores de la población rural y urbana.

Teniendo en cuenta este marco en el que aparecen diversos discursos sociológicos sobre el territorio, intentaremos ahora comprender algunos de los sentidos que asume esta cuestión dentro de las prácticas de la UST y su relación con los procesos de construcción de identidad colectiva.

Decíamos que los conflictos provenientes de la desigual distribución de la tierra, lejos de haberse diluido o haber perdido importancia, se han profundizado y

ampliado. Trazando un paralelismo, es posible afirmar que en las prácticas de la UST ha sucedido otro tanto. En efecto, cabe reconocer, en la corta trayectoria histórica de esta organización, cierta ampliación de sus luchas, que pueden conceptualizarse a partir del paso de la demanda de «tierra» en los primeros años (2002 y 2003) a la de «territorio» (2006 y 2007 en adelante). Este cambio puede rastrearse en las publicaciones de la organización (revista *Grito Cuyano*) y es indudable que en él influye la mencionada proliferación de discursos que tienen al territorio como una categoría científico-política fundamental. Sin embargo, en este trabajo quisiéramos destacar otro elemento que influye en la constitución del discurso territorial y en la significación particular que se le da a este y que se relaciona con la incorporación de las problemáticas de los habitantes del secano dentro de los temas trabajados por la organización.

«**Al principio, viste, por ahí, de dónde viene el nombre de la UST, Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra. Nace porque, en realidad, al principio, (...) en el 2001 más o menos, eran más que todo trabajadores rurales, trabajadores al día que trabajaban las fincas de la parte irrigada de Lavalle. (...) Después, con todo este proceso de empezar a sumar más familias, se fueron sumando otros barrios, otros obreros rurales, después se fue ampliando en el campo, donde están las comunidades. (...) Y como que más para el campo, más (para) las comunidades originarias; se ve el tema del territorio, digamos. Más que el pedazo de tierra, son todos los bienes naturales que están, las personas en sí, las familias trabajando en el campo, los animales. (...) Algo más amplio que el territorio, digamos. Como que se amplía todo, las luchas y esto de tierra por territorio».**

Entrevista a Armín, 2007.

La entrevista ofrece indicaciones acerca de la incorporación de la categoría de territorio. Se comenzó a utilizar este término a partir de la consideración de la peculiar situación de los puesteros o criancieros: la ocupación inmemorial, la posesión de la tierra amenazada por intereses privados, el uso en común de las escasas aguadas para los animales y las demandas históricas del pueblo huárpe. Vemos entonces que la polisemia que muestra el concepto en los discursos y las prácticas de las organizaciones campesinas e indígenas (Domínguez, 2009, p. 304) se relaciona, en la UST, con el crecimiento de la organización hacia la zona de secano o «hacia las comunidades». La «tierra» ha dado paso al «territorio» en cuanto consigna que engloba a la

anterior pero que incorpora también cuestiones como el cuidado del medio ambiente y las relaciones sociales basadas en la solidaridad y la cooperación.

### *Ser campesino-indígena en la UST*

La referencia a las comunidades indígenas y las problemáticas del secano mendocino nos conducen a problematizar la significación que tiene en la UST la incorporación de demandas indígenas y del peso que estas tienen en la construcción de la identidad colectiva.

Intentaremos entonces brindar algunos elementos para la comprensión de la visión que la UST ha desarrollado respecto de la significación política actual de «lo indígena». Es decir, se procurará saber qué ha significado para la UST la adopción del componente indígena

dentro de su accionar, así como también qué significado reviste el ser parte del Movimiento Nacional Campesino-Indígena (MNCI).

En el país puede observarse diversidad de relaciones entre organizaciones campesinas e indígenas. Existen, por un lado, comunidades indígenas que se reivindican exclusivamente como tales y que construyen sus demandas en términos étnicos (suele ser el caso de las organizaciones del pueblo mapuche). También aparece el caso de campesinos que han recuperado su adscripción indígena, así como también han existido casos de conflicto entre comunidades de pueblos indígenas y familias criollas. Finalmente, hay organizaciones que indistintamente se autodefinen como campesinas o indígenas (Domínguez, 2009, p. 69). Los amplios puntos de intersección entre campesinos e indígenas se vinculan a factores históricos y culturales (tradiciones, conocimientos y modos de vida similares), económicos (común «falta de competitividad» en el mercado y reducción del empleo por la introducción de cultivos industriales y transgénicos) y ambientales (contaminación por agroquímicos, alteración del paisaje y el medio de vida por desmontes, privatización y mercantilización de zonas antes marginales o dejadas de lado por los procesos de valorización capitalista).

La distinción entre campesinos e indígenas, mientras tanto, se ha visto reforzada en ocasiones por otros elementos, entre los que juegan un papel central los marcos legales, nacionales e internacionales, a los que aquellos

23. Básicamente, estas diferencias tienen que ver con cierto avance de los reconocimientos etnicistas en todo el mundo durante la década del 90, que, paradójicamente, se dio al mismo tiempo que una fuerte tendencia a la concentración de la tierra y al avance del capital sobre tierras campesinas, indígenas y comunitarias. En Argentina, por ejemplo, el marco legal nacional remite a la tenencia pero no al acceso a la tierra, de modo tal que los campesinos solo pueden acudir a ciertos artículos del Código Civil en defensa de sus territorios (cabe mencionar que esta situación tal vez cambie en los próximos años, ya que en abril de 2011 se presentó en el Congreso de la Nación un proyecto de ley tendiente a detener los desalojos). Mientras tanto, los indígenas sí cuentan con un marco legal que articula la adhesión a convenios internacionales, a las constituciones nacionales y provinciales y a las leyes nacionales y a veces también provinciales. Este recurso no redundante, por supuesto, necesariamente en una ampliación efectiva de derechos, como lo demuestran múltiples conflictos por tierra, como el que envuelve a la comunidad qom de La Primavera, Formosa. Para un análisis detallado de los diferentes marcos legales que rigen las disputas territoriales indígenas y campesinas, véase *La lucha por la tierra en Argentina en los albores del siglo XXI. La recreación del campesinado y de los pueblos originarios*, trabajo que ya hemos citado en varias oportunidades (Domínguez, 2009).

pueden recurrir<sup>23</sup>. Otro punto que distancia –por lo menos discursivamente– a ciertas organizaciones campesinas de algunas comunidades indígenas se relaciona con el proceso de institucionalización de las últimas. Acerca de esto hablaremos a continuación.

El tema se relaciona con la emergencia, hacia la última década del siglo pasado, de organizaciones en todo el país que, con el auspicio del Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI), comenzaron a presentar demandas territoriales y culturales en términos étnicos. En Mendoza, hacia mediados de la década de 1990, surgieron organizaciones que se reivindicaron como indígenas (el pueblo huarpe) y promovieron, en nombre de diferentes segmentos de la población cuyana, un conjunto de demandas culturales, políticas y sociales en esos términos. Esto implicó una redefinición de la identidad de dichos grupos y un quiebre con la opinión estatal-científica predominante hasta entonces acerca de que los huarpes se habían extinguido por completo en la época colonial (Escolar, 2007).

El «movimiento huarpe» emergente se organizó en comunidades con personería jurídica otorgada por el Estado, aunque en su proceso de institucionalización también fue importante el rol de algunos sectores de la Iglesia católica. Indudablemente, gracias a esta nueva situación, los huarpes lograron una mayor visibilidad en la sociedad mendocina y en ámbitos institucionales. Sin embargo, en ocasiones, desde el MNCI se han criticado los modos en que se ha llevado adelante el mencionado proceso. Este ha sido caracterizado como una estrategia de intervención destinada a cooptar la identidad indígena y hacerla circular por cauces compatibles con las líneas maestras del desarrollo rural (MNCI, 2007). En este sentido, en el MNCI se sostiene que, tras las condiciones que se pautaron para reconocer a una comunidad como «indígena» y los discursos estatales que exaltan la «autonomía» y «pureza» de tales comunidades, se oculta el propósito de encerrar los conflictos de tierras en áreas separadas entre sí, marginales y controlables, al ser protagonizados por familias reconocidas por el Estado. Asimismo, se critica el carácter vertical de las organizaciones que la institucionalización promueve y que se desaliente el uso de tecnología. Otro cuestionamiento se dirige al hecho de que sea un encargado regional quien decida si una comunidad es o no indígena y que esta condición sea obligatoria para obtener el reconocimiento del INAI.

Pues bien, si las referencias indígenas en el MNCI no se circunscriben a las colectividades que se reconocen y son reconocidas por el Estado como tales, ¿qué anclaje social y simbólico tienen? Lo indí-





Familia Quiroga, tras sufrir un intento de desalojo. Septiembre de 2007.

gena, en el marco del MNCI, no se limita a lo oficialmente reconocido como tal ni al pasado, sino a un tiempo y un lugar presentes en los cuales «todos los hijos de esta tierra, más allá de su sangre, más allá del origen de sus antepasados, están impregnados» (MNCI, 2007). «Lo indígena» se piensa como una historia silenciada que:

«Tal vez no se expresa de la manera en que lo hacía 500 años atrás, pero es parte de toda la historia de nuestro pueblo y por lo tanto parte de nuestro presente... Por lo tanto no podemos dejar de reconocer que en las ciudades y pueblos está presente lo indígena, convive entre los desocupados, en las villas, entre los barrios pobres, entre los trabajadores explotados, ahí vibra lo indígena, y por supuesto también en lo rural». (MNCI, 2007).

De este modo, se tiende a borrar la separación tajante entre campesino e indígena. En el artículo que hemos citado sorprende la referencia a campesinos e indígenas sin guión intermedio, es decir, como un sustantivo compuesto. Campesinos e indígenas no son considerados como dos «sujetos» que se encuentran o alían, sino como partes de una unidad y de una historia común. En ese sentido, la cuestión étnica, que desde ámbitos institucionales se intenta circunscribir a ciertas comunidades localizadas y determinadas, recibe un tratamiento muy diferente desde el MNCI, ya que lo indígena llega a «fundirse» con lo campesino, operándose quizá un mecanismo de signo contrario al estatal. Resulta significativo, en este sentido, que lo que podrían entenderse como principios de unidad dentro del movimiento sean denominados «valores campesino-indígenas». Estos son: la consideración de la función social de los recursos naturales,



Campamento Latinoamericano de Jóvenes (CLOC - Vía Campesina). Septiembre de 2004, Jocolí Norte.

la propiedad comunitaria de la tierra, la no explotación de hombres, mujeres y niños, la democracia participativa y de base y la autonomía política, cultural y productiva de las comunidades (MNCI, 2007). Estos valores, lejos de remitir a una «esencia originaria», representan la base declarada para la construcción política e intentan cobijar y dar unidad a la heterogeneidad cultural y social del movimiento (integrado, como ya dijimos, por agricultores, trabajadores rurales, intelectuales, militantes urbanos y demás). Puede sostenerse entonces que, más allá de que en el MNCI participan algunas organizaciones cuya identidad colectiva se construye a partir de un reconocimiento étnico entre sus miembros y que orientan sus demandas desde esa especificidad, la apelación a lo indígena, al interior del movimiento y en relación con otras organizaciones populares, funciona también como un factor unificador. Asimismo, los «valores campesino-indígenas» son los principios políticos y culturales, que le dan identidad al MNCI: el compromiso con estos condiciona la pertenencia al movimiento. Mas, al ser principios relativamente abstractos (queremos decir, casi cualquier persona, más allá de su origen social o condición étnica, podría respetarlos), incluyen más de lo que excluyen, aun a quienes no son «originariamente» (entre muchas comillas) ni campesinos ni indígenas.

Como hemos visto, el lado «indígena» de lo «campesino-indígena» no se refiere exclusivamente a cuestiones étnicas. ¿Qué sucede enton-

ces con lo «campesino»? La cuestión remite a las viejas discusiones sobre la pervivencia del campesinado en el seno de las sociedades modernas, agravada, digamos, por su supuesta inexistencia en un país urbano, tempranamente industrializado y con declamadas raíces europeas. Aquí la discusión ya no es con un modo esencialista de concebir a los grupos sociales o étnicos, sino con las clasificaciones que se generan en ámbitos académicos y estatales.

Como dijimos antes, desde ámbitos académicos se ha echado mano, a lo largo de la historia, a diferentes denominaciones para «nombrar» a la población rural subalterna. Desde los más diversos sectores políticos y académicos se negó, a lo largo del siglo xx, que el campesinado tuviera alguna relevancia en la estructura social agraria. Atilio Borón, por ejemplo, decía en la década de 1980 que la existencia del campesinado no era un dato fundamental del capitalismo argentino, ya que el temprano carácter capitalista de la producción agropecuaria construyó otro antagonista: los asalariados rurales. Estos se distinguirían de los campesinos en que los últimos estarían subordinados a los terratenientes y tendrían cierto grado de distinción cultural y de posesión de facto de la tierra (Borón y Pegoraro, 1984, p. 153). Durante las dictaduras militares fue común la utilización de las nociones de «pequeño productor» y «minifundista», que enfatizaban los aspectos estrictamente económicos de la posición en la estructura social y no dimensiones culturales y políticas de las poblaciones rurales (Bidasseca, s/f; Domínguez, 2009, p. 66). Desde entonces se ha vuelto un lugar común hablar de la «complejidad» y «heterogeneidad» de la estructura social en el campo y de las imprecisiones clasificatorias que entrañaría la utilización de la categoría «campesino» (Domínguez, 2009, p. 64). Este tipo de argumentación es desarrollada fundamentalmente por académicos y por responsables de políticas públicas (muchas veces, políticas sociales focalizadas), ya que en este último caso se trata de generar proyectos y programas que den respuestas a las necesidades específicas de cada sector. Por último, en la actualidad, sobre todo a partir de la creación de la Subsecretaría de Agricultura Familiar, se ha impuesto la denominación de «agricultura familiar», que hace referencia a las unidades económicas que utilizan de manera principal mano de obra familiar en sus actividades agrícolas, ganaderas, pesqueras, forestales, de producción agroindustrial y artesanal, minería artesanal y turismo rural y que solo ocasionalmente emplean a terceros. Respecto de esta definición, interesa destacar que, al igual que lo hacen las organizaciones que se reúnen en el MNCI a propósito del término «campe-

sino», desde la subsecretaría y las organizaciones de «agricultores familiares» relacionadas con ella se pretende sintetizar diversas realidades con la categoría de «productor familiar». Así, por ejemplo, en la página web del Foro Nacional de la Agricultura Familiar se señala: «A lo largo del tiempo fuimos nombrados como pequeños productores, colonos, minifundistas, campesinos, chacareros, medieros, puesteros, contratistas, arrenderos, comunidades de pueblos originarios, productores sin tierra» (FONAF, s/f).

Este concierto de nombres que se yuxtaponen, como hemos visto, varía históricamente y de acuerdo a posiciones teóricas y políticas. Norma Giarracca toma, por ejemplo, una posición explícitamente solidaria con los procesos de movilización de los cuales forman parte las organizaciones del MCNI:

«En definitiva, a la pregunta “¿qué es un campesino?” respondemos que es aquel que se identifica como tal, que se reconoce en las luchas campesinas del mundo y se articula a un “nosotros” que pretende un modo de producción, distribución de la producción que la entidad internacional que los agrupa, Vía Campesina, denomina “soberanía alimentaria». (Giarracca, 2011, p. 11).

Del mismo modo, el filósofo y sociólogo Armando Bartra afirma:

«Porque ser campesino en sentido clasista no es fatalidad económica sino elección política, voluntad común, apuesta de futuro. Los campesinos no nacen campesinos, se hacen campesinos: se inventan a sí mismos como actores colectivos en el curso de su hacer, en el movimiento que los convoca, en la acción que ratifica una campesinidad». (Bartra, 2011, p. 45).

Ambos autores toman una posición que enfatiza la dimensión política del obrar, que es precisamente lo que se defiende desde el MCNI. Bartra, en relación con la confluencia campesino-indígena, defiende un punto de vista del todo compatible con el de aquellas organizaciones:

«La comunidad agraria es ethos milenario, pero los hombres y mujeres de la tierra fueron recreados por sucesivos órdenes sociales dominantes y lo que hoy llamamos campesinos, los campesinos modernos, son producto del capitalismo y de su resistencia al capitalismo. Sólo que hay de campesinos a campesinos y los de nuestro continente tienen como trasfondo histórico el sometimiento colonial y sus secuelas. Los campesinos de por acá son, en sentido estricto, campesindios. Se dirá que no todos tienen ancestros originarios. Lo que es verdad, pero importa poco cuando de la clase campesina se trata, porque –ya lo he dicho– ésta tiene una base socioeconómica compleja y mutable, de modo que no todos los que de ella forman parte comparten el conjunto de atributos que la definen: no todos los campesinos producen alimentos pero la cuestión alimentaria les compete como clase, no todos interactúan con ecosistemas muy relevantes o en riesgo pero la cuestión ambiental

les compete como clase y, de la misma manera, no todos tienen nexo genealógico con los pueblos originarios del Continente pero en tanto que clase más les vale que reivindiquen la indianidad como seña identitaria y la descolonización como consigna». (Bartra, 2011, p. 51-52).

Como venimos analizando, el posicionamiento en el MNCI y en la UST respecto de lo campesino y lo indígena, la construcción de la identidad que le es concomitante, tiene evidentes fundamentos políticos. Se discute la raíz misma de la distinción entre campesinos e indígenas y los discursos que tienden a encasillar a determinados sujetos o colectividades en indígenas o campesinos «puros» o a negar la existencia de unos y otros, ya que se sostiene que esta división es una forma de sectorizar las demandas políticas de ambos sectores y de generar recelos y divisiones artificiales. Al respecto, resulta interesante considerar las siguientes palabras de un miembro de la organización:

« El proceso ha sido intentar superar todas las barreras de las categorías académicas que, a veces, digamos, han intentado como generar sujetos que tal vez no existen como tales y de esa manera fraccionar y tratar de hacer organizaciones más corporativas. Que no es solamente, por ejemplo, el tema “técnicos-campesinos”, sino campesino-indígena, o campesino o trabajador rural. Como que desde muchos lugares hay planteos como [de] que cada cosa debería estar en su lugar, digamos».

Entrevista a Diego, 2007.

Sin embargo, si prestamos atención a este fragmento de entrevista, podemos encontrar otra dirección interesante para la reflexión. La distinción entre campesinos/indígenas es puesta al lado de otra que también resulta sensible a las organizaciones campesinas contemporáneas, que es la de técnico/campesino. En esta misma entrevista, más adelante se señala:

« Desde ese marco, el debate que ha sido siempre es más allá del origen. Nosotros discutimos en función de los horizontes. Hacia adónde vamos y si compartimos el destino. El movimiento tiene que ser lo más diverso posible. Y en eso, bueno, aparte, hay compañeros que tienen estudios académicos universitarios y se comprometen y otros que no. Y también hay gente en el campo que se compromete y gente que no se compromete y no comparte el proyecto. El movimiento es movimiento porque perseguimos estos objetivos

**y en función de eso nos vamos organizando. (...) Los brasileños lo conceptualizan diciendo que están los “manos duras” y los “manos blandas”, pero son todos compañeros».**

Entrevista a Diego, 2007.

Vemos cómo la elaboración conceptual de lo «campesino-indígena» apunta a romper los moldes no solo de lo campesino y lo indígena según las concepciones estatales o académicas, sino también de la división entre técnicos (por lo general, ingenieros agrónomos) y campesinos. Esto es importante en organizaciones en las que hay un número más o menos importante de profesionales, por lo general provenientes de las ciudades, que dedican mucho tiempo a la militancia, lo que en ocasiones es criticado por personas ajenas a las mismas.

De lo dicho hasta aquí acerca de la difuminación de las fronteras entre lo campesino y lo indígena no debería sacarse la conclusión de que se ignoren o no se tengan en cuenta ciertas especificidades de la cultura huarpe y de las resistencias al exterminio que este pueblo ofreció a lo largo de la historia y que ofrece todavía. Por el contrario, la «huarpeidad» es a veces rescatada en el discurso de la UST como un valor asociado a trabajos comunitarios que se hacían en el pueblo y a una «forma de trabajar» colectiva y solidaria: «Todas esas cosas [a las] que ahora les ponemos nombre pero que antes se hacían porque se sentían así». (Entrevista a Armín, 2007). Esas costumbres populares, se dice, reciben ahora un nombre («trabajo voluntario»), pero existieron siempre en las zonas rurales y se asocian en algunos casos a los huarpes. Otro aspecto en que la cultura huarpe es tenida en cuenta se vincula a las «tradiciones de lucha» de los habitantes originarios. Se intenta así rebatir la *communis opinio* de que los huarpes eran un pueblo sumiso que hasta deseaba ser conquistado y colonizado, primero por los incas y después por los españoles. Por el contrario, se emparentan las luchas indígenas con las guerras de la independencia y las rebeliones populares federales, en una época en la que «ya indígenas, criollos, gauchos y mestizos peleaban juntos» (UST, s/f, p. 4):

◀ **Se sabe que, y es algo de lo que uno se tiene que sentir orgulloso, también tiene que darle fuerza para seguir adelante, que atrás de nosotros ha habido (...) serán las comunidades huarpes, por qué tiene su historia ahí la comunidad (donde están), y por qué están donde están, como excluidas, porque ahí resistieron mucho tiempo. Y ahí fueron donde resistieron muchísimo años las comunidades**

**que antes estaban en todos lados, donde fueron avasalladas y metidas ahí. Tiene su historia, y se conoce eso, y se tiene en cuenta eso. Porque si están ahí y han resistido muchísimos años es por la lucha que han dado. Por eso también se tiene en cuenta eso».**

Entrevista a Armín, 2007.

Estos «tiempos largos» a los que se acude en la construcción identitaria de la organización (las luchas sociales del siglo XIX y la resistencia huarpe en la zona del complejo lacustre de Huanacache) no parecen referirse, sin embargo, a cuestiones étnicas. En una entrevista a un miembro de la organización que proviene de la zona del secano y que podría –si quisiera– «demostrar» su origen huarpe, este comentaba:

«**La forma de pensar que tenemos, más que campesinos o indígenas. Somos gente de la tierra, siempre hemos vivido ahí, que creemos en esa forma y nos parece la mejor para tener una vida digna. Es básicamente eso. Me siento identificado con esa forma de ver la vida. Nunca diría que “soy huarpe”. Somos lo que somos, pero somos lo que somos por lo que estamos construyendo o por lo que nos parece que es lo mejor para todos, como luchadores, digamos».**

Entrevista a Armín, 2007.

Así, pues, el entrevistado, haciendo uso de una argumentación similar a la de Bartra, sostenía que en la UST (y en general en el MNCI) se es lo que se es, es decir, «campesino-indígena», por lo que se «está construyendo», no por herencia (o no solamente por tener ancestros campesinos o indígenas).

#### *Luchar por el territorio*

En este punto quisiéramos dejar la «cuestión indígena» dentro de la UST y avanzar en otros asuntos relacionados con las luchas por el territorio y la construcción de la identidad colectiva. Comentábamos en la introducción que la categoría de identidad colectiva, según la concepción de Melucci, apunta a describir las diferentes partes, niveles y orientaciones del actor. El sociólogo italiano considera que la tarea fundamental en el análisis de los movimientos sociales es descubrir los diferentes fines y propósitos que conviven en su seno. De este modo, los movimientos, para Melucci, no son «objetos» con unidad de pensamiento y acción, sino pluralidades en movimiento, criticando, por lo tanto, que históricamente se haya asumido la unidad de los movimientos como un dato. Afirma que, en realidad,

esa unidad, cuando existe, es lo que debe ser explicado por el análisis. En este sentido, caracteriza a los movimientos como «sistemas» que posibilitan la acción y que al mismo tiempo se ven influidos por ella<sup>24</sup>.

Esta visión de los movimientos como sistemas plurales y en permanente transformación nos llevó a sensibilizar nuestra mirada a los diferentes puntos de vista sobre la participación en la organización. Esto nos permitió dar un paso más allá de los discursos que podríamos denominar «normalizados» de la organización (es decir, la palabra en actos públicos, revistas, documentos) y ahondar un poco en el modo en el cual la politicidad de las demandas y la práctica de la UST toman cuerpo concreto en sus actores. Particularmente, quisiéramos referirnos al impacto sobre las subjetividades que tiene la participación en la misma. Con este fin, intentaremos dar algunas respuestas acerca del significado que tiene para diversos actores la lucha por la reforma agraria, en cuanto horizonte general en el que se inscriben las diferentes prácticas de la UST.

Como ya se dijo, el concepto de Reforma Agraria Integral es mucho más amplio que el de «redistribución de la tierra». La reforma agraria supone poner en manos de familias, comunidades y organizaciones campesinas tierras cultivables y prestar los servicios y la infraestructura para hacerlo (escuelas, caminos, condiciones financieras y comerciales). Pero no es solo esto. La reforma agraria, desde el punto de vista campesino, significa también rescatar una cultura, una manera de trabajar y de relacionarse con la comunidad y la naturaleza. En ese sentido, muchas de las actividades que se realizan o se han realizado a lo largo de la historia de la UST serían ya formas de construir la reforma. Alcanzarla no significa solamente «conseguir tierra», sino también ser capaces de producir y vivir de «otra manera»:

24. «Un movimiento empírico es siempre un sistema integrado de acción en el que convergen, de manera más o menos estable, muy diferentes significados, fines, formas de solidaridad y organización». (Melucci, 1999, p. 45)

«**¿No es hora de saber qué significa la reforma agraria?, pregunto. ¿No es hora de empezar a comprender qué significa y aportar entre todos? Con el apoyo de todos debemos darle significado a esto. (...) El apego a la cultura, tenemos una cultura de vida, una enseñanza de nuestras costumbres culturales, nuestro medio ambiente, la biodiversidad. Que no nos contaminen; el peligro de lo transgénico, que muchos ignoramos. Pero sí apostar a la semilla criolla, darle el valor de lo orgánico. Volver al tiempo de siembra donde sea comunitaria».**

Entrevista a Marcelo, 2006.



La reforma agraria supone entonces el rescate de una cultura comunitaria y tradicional y de una «identidad campesina» olvidada o menospreciada incluso por sus propios portadores. Este «olvido» es tachado en ocasiones de «ignorancia», haciendo referencia tanto al desconocimiento de la posibilidad de defender o pelear por la tierra como al egoísmo o al desinterés por luchar. En ese sentido, el camino hacia la reforma aparece también como un camino de superación personal y colectiva, comunitaria y organizacional.

Otra dimensión que interesa recalcar de la participación en organizaciones como la UST son los importantes logros personales de sus protagonistas a través de ellas. Tradicionalmente, las motivaciones inmediatas y subjetivas para la participación política (del tipo «quería conocer gente») son despreciadas u olvidadas en sus análisis, tanto por las propias organizaciones como por trabajos académicos. ¿Por qué? El tema excede los objetivos de este artículo, pero en términos generales puede afirmarse que, hacia el interior de las organizaciones, muchas veces las urgencias propias de la acción dificultan la visualización de «los móviles individuales» (tanto para participar como para dejar de hacerlo) y que desde el ámbito de las ciencias sociales resulta a menudo complicado encontrar categorías que permitan relacionar las dinámicas sistémicas con cuestiones subjetivas o personales. Pues bien, este olvido deja ciertos aspectos de las dinámicas políticas sin esclarecer, ya que las organizaciones campesinas (obviamente, es de pensar que otro tipo de organizaciones también) son espacios de contención personal y sociabilidad muy importantes, que cumplen un papel afectivo fundamental para sus miembros. Lo que motiva muchas veces a participar, en lo inmediato, no es la Reforma Agraria Integral, sino necesidades materiales, afectivas y simbólicas para las que las organizaciones brindan un marco inteligible para su resolución a largo plazo, a la vez que, en ocasiones, soluciones parciales también concretas (impedir un desalojo, entre otras). El espacio de la organización se puebla de afectividad y se constituye como un importante disparador de identificaciones, como un ámbito de construcción identitaria que fortalece las subjetividades. En ese sentido, son significativos los logros personales, asociados por lo general a la capacidad de expresión y de conocimiento de los propios derechos y que se presentan como un resultado de la participación. Esto se vuelve especialmente significativo para las mujeres, quienes deben desarrollar, al interior de las propias organizaciones, ámbitos tradicionalmente dominados por varones, su propia lucha por ser oídas y reconocidas. Por otro lado, en relación con el «afuera»

de las organizaciones, es sumamente valorada la posibilidad de oponer «al poder» un poder propio, el de la organización. De este modo se expresaba un joven recién ingresado a la organización durante la reconstrucción de un puesto arrasado por una topadora:

«**Es muy importante poder enfrentarse con esas personas, poder estar respaldado cuando te enfrentás a esas personas, y es bueno no estar solo. Esto lo aprendí dentro de la organización, porque solo van a hacer lo que se les dé la gana con vos. Si estás solo, van a venir y te van a sacar, te amenazan, te pueden amenazar con matarte un hijo o un hermano, y tenés que abandonar. En cambio, de esta forma, amenaza que tiren los locos, vos podés estar presentando eso en contra de ellos».**

Entrevista a Sebastián, 2007.

Más allá de las mejoras materiales que pueden obtenerse a partir de la organización popular y comunitaria, el hecho mismo de actuar organizados es nombrado en ocasiones con mucho orgullo. Es una suerte de realización personal asociada al colectivo, al «haber podido» organizarse y al «poder ser parte de». En ese sentido, el sostenimiento de la organización se vuelve por sí mismo un objetivo que se cumple con su mera existencia. Esta dimensión de la acción colectiva es también importante y debe tenerse en cuenta a la hora de explicar la suerte de los movimientos populares.

#### *Las relaciones con el Estado: entre la demanda y la defensa de la autonomía*

Por último, intentaremos brindar un breve panorama acerca de un elemento central para la construcción política e identitaria de la organización: las relaciones con el Estado en sus diferentes manifestaciones (políticas gubernamentales, ministerios nacionales y provinciales, municipios, programas sociales). A pesar de que las relaciones que la UST ha establecido a lo largo de su historia con organismos estatales han sido cambiantes e inestables, dependiendo de las coyunturas políticas y del momento de la organización<sup>25</sup>, intentaremos, dada la importancia que tiene el tema, arriesgar algunas reflexiones sobre estas.

En primer lugar, es importante señalar que la UST no parte de un programa, a la usanza de los partidos políticos, que fije *a priori* una definición de Estado y un modo de relacionarse con este. Por el contrario, la organización

25. Es importante aquí recordar que estas reflexiones se alimentan de un trabajo de campo realizado en los años 2006, 2007 y 2008 y que las dinámicas estrictamente políticas son, como señalamos en la introducción, variables.

ha construido relaciones con ámbitos estatales a partir de la práctica concreta, en un proceso dinámico en el que las definiciones de otras organizaciones campesinas y no campesinas han tenido influencia. Por ejemplo, en 2002, algunos de los grupos que después compondrían la UST presentaron un proyecto de reutilización de fincas abandonadas ante el Municipio de Lavalle. Este no respondió y más tarde dicho proyecto fue utilizado en beneficio de un empresario de la zona. Esto motivó –sumado, por supuesto, a muchos otros acontecimientos– que desde aquel momento exista una permanente tensión con el gobierno comunal. Debemos descartar, como decíamos, toda visión acabada respecto de la posición a tomar frente al Estado en sus diferentes niveles.

En primer lugar, es necesario tener claridad acerca de qué se dice cuando se dice «Estado». La presencia de este se remite, para los integrantes de la UST, a varias instancias o niveles. Entre otras, cabe destacar Municipio, fiscales (eventuales impulsores de desalojos),

programas sociales, gobiernos provincial y nacional y lo que podríamos denominar «funciones del Estado» en general<sup>26</sup>. En todos los casos, creemos, la organización se maneja con un mismo hilo conductor, que tiene que ver, como lo señala el título de este apartado, con la tensión entre la demanda y la defensa de la autonomía.

En términos generales, puede afirmarse que la UST se posiciona frente al Estado definiendo algunas funciones que este debería cumplir y no cumple y exigiendo que lo haga. La UST reclama y presiona para que el Estado fije ciertas políticas o garantice ciertos derechos y se postula a sí misma como un posible ejecutor de las políticas estatales. Simultáneamente, la organización defiende su autonomía –problemáticamente, en la medida en que se estrechan lazos con ciertas áreas o proyectos– respecto de los gobiernos en sus diferentes niveles y (hasta el momento) de partidos políticos. Pero, a nuestro entender, esto no debe interpretarse como un rasgo autonomista<sup>27</sup>, sino como una condición de posibilidad para la supervivencia de la organización, que no quiere verse sujeta a los vaivenes partidarios.

De hecho, los objetivos «de máxima» de la organización necesitan de un Estado fuerte. La reforma agraria sería imposible sin la intervención del Estado, pero, al mismo tiempo y en consonancia con el movimiento campesino reunido en Vía Campesina, esta no se piensa

26. Obsérvese que esta pluriescalaridad de lo «estatal» en la UST contrasta significativamente con lo que Nazareno Bravo sostiene a propósito de la Biblioteca Popular Pablito González.

27. El autonomismo es una corriente del marxismo que se caracteriza por criticar y evitar el vanguardismo y el burocratismo de los partidos y los sindicatos de izquierda clásicos. Quienes se declaran autonomistas apuntan a transformar las relaciones sociales a partir de prácticas políticas que eviten la influencia de las estructuras estatal-capitalistas, intentando conquistar y construir «microespacios» de libertad y autodeterminación política, comunitaria, organizacional, productiva, etc. Algunos autores paradigmáticos de esta corriente son Antonio Negri y John Holloway, mientras que algunas experiencias políticas en la Argentina reciente que podrían caracterizarse como «autonomistas» son las de los movimientos de trabajadores desocupados (MTD), de fines de la década de 1990 y comienzos del siglo XXI.

como una acción puramente estatal, sino que se estima que las organizaciones sociales y políticas de base deberían reservarse un lugar importante, crítico y autónomo en ella.

Las demandas que desde la UST y en general desde el movimiento campesino se le realizan al Estado nacional tienen que ver, en general, con la expansión de los agronegocios a costa de la agricultura familiar y campesina. Citamos un fragmento de un comunicado publicado por el MNCI en conjunto ante el paro dispuesto por la Sociedad Rural (SR), la Federación Agraria (FAA), la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (Coninagro) y Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) ante la resolución 125 del 10 de marzo de 2008, tomada por el gobierno nacional y que aumentaba las tasas por derechos de exportación (retenciones).

«El Gobierno Nacional y los Gobiernos Provinciales y Municipios de nuestros territorios no han realizado, aún, una señal clara de comprometerse por un Programa Estratégico de Desarrollo Rural y de Reforma Agraria Integral que garantice la Soberanía Alimentaria a través de las comunidades de Agricultores Familiares, Agricultores Campesinos y Agricultura Indígena. Los programas sociales son necesarios en las grandes crisis, sin embargo pueden constituirse en nuevas formas de dominación de los pueblos. Creemos que esta es la hora de pensar y encontrarnos para seguir construyendo, como sujetos históricos, un modelo agrario que contenga todas las expresiones; dejando de lado el asistencialismo, el clientelismo y el paternalismo. Generando la participación activa y directa de todas las expresiones: Agrupaciones, Organizaciones y Movimientos Campesinos y Pueblos Originarios. Nosotros debemos autoconvocarnos sin mezquindades ni sectarismos, ni partidismos, consensuar las estrategias y una propuesta que nos contenga a todas y todos». (MNCI, 2008a).

Un mes antes, las organizaciones del MNCI, en ocasión del 17 de abril (Día Mundial de la Lucha Campesina), expresaban:

«Recordamos que, en los últimos 30 años, todos los gobiernos promovieron los agronegocios y ningunearon a los campesinos indígenas, trabajadores rurales y pequeños productores. Desde los ranchos campesinos continuaremos luchando contra este modelo, sus socios políticos y las multinacionales como Cargill, Syngenta, Monsanto y Bayer, que junto con Aapresid, SRA, CRA, FAA y la Secretaría de Agricultura han sostenido el actual modelo agropecuario y la exclusión de los campesinos indígenas». (MNCI, 2008b).

Asimismo, en 2011, ante las declaraciones del Grupo de los 20 (G20)<sup>28</sup> respecto de la crisis alimentaria, desde el MNCI se discutía tanto la legitimidad de ese ámbito para realizar recomendaciones sobre la temática (en detrimento del Comité de Seguridad Alimentaria de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura –FAO/CFS–), como el

28. El Grupo de los 20 es un foro de 19 países más la Unión Europea que reúne a los siete países industriales más ricos (Alemania, Estados Unidos, Francia, Canadá, Reino Unido, Japón e Italia), a Rusia y a 11 países «emergentes» (Arabia Saudí, Argentina, Australia, Brasil, China, India, Indonesia, México, República de Corea, Sudáfrica y Turquía).

enfoque basado en el aumento de la producción y la exportación de granos, y enunciaban:

«Plantear que debemos redoblar las exportaciones de alimentos en el marco del modelo actual genera claras contradicciones con las aspiraciones de un desarrollo industrial armónico con justicia social y con las políticas de derechos humanos.

Además, esto va en dirección a consolidarnos como productores de materias primas en el marco de un saqueo transnacional que nada tiene que envidiarle a antiguos esquemas coloniales. Aumentar a 160 millones de toneladas de granos (forrajeros y no alimentarios) la producción anual (tal como anunció el ministro) es sumar otras 10 millones de hectáreas a las 20 millones que se cultivan de soja transgénica, además de los otros cultivos. Y no tiene otra forma de hacerse que a partir de los desalojos de las familias campesinas que producen de manera sustentable en el bosque, a partir de eliminar la biodiversidad de ecosistemas frágiles y en franco deterioro, como el Parque Chaqueño. Presionando al éxodo rural que continuará sobredimensionando las ciudades». (MNCI, 2011).

29. Durante esos años las organizaciones del MNCI tuvieron el control de la coordinación nacional de este programa, el cual finalmente fue disuelto y cuya estructura organizativa finalmente fue aprovechada para la constitución de la Subsecretaría de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar. Se intentó en aquella ocasión ampliar la visión del mismo, originalmente diseñado en el marco de las políticas de «alivio a la pobreza» de los años noventa, a través de la asunción del *enfoque socioterritorial*. Una de las modificaciones principales tenía que ver con que los beneficiarios y ejecutores del programa no fueron ya productores o grupos de productores, sino organizaciones sociales. De esta manera, se intentaba que las propias organizaciones construyeran sus estrategias de desarrollo, promoviendo la autonomía de las comunidades y atendiendo a dimensiones políticas, económicas e históricas en el análisis y transformación del espacio social (Moreno, S. y Pina Truant, M., s/f).

30. Este proyecto fue presentado en el Congreso en abril de 2011 junto al Foro Nacional de Agricultura Familiar (FONAF), el Movimiento Campesino de Liberación (MCL) y el Frente Nacional Campesino (FNC).

Pues bien, estas fuertes e importantes críticas no obstan de que, por otra parte, se trabaje con ciertas instancias gubernamentales, por ejemplo, el Programa Social Agropecuario (PSA) en el período 2006-2007<sup>29</sup> y en la Dirección de Ordenamiento Ambiental y Desarrollo Urbano (DOADU), organismo del gobierno de Mendoza, a partir de 2008. Del mismo modo, en el marco del MNCI y en conjunto con otras organizaciones, se ha presentado un proyecto de ley tendiente a detener los desalojos<sup>30</sup>. En cualquier caso, es importante mencionar que los posicionamientos que se toman tienen que ver, como dijimos, con experiencias concretas de articulación o de trabajo conjunto y, especialmente, con una diferenciación entre los ámbitos estatales y gubernamentales pertinentes.

## Conclusiones

Una de las características de los estudios acerca de movimientos sociales en los últimos años ha sido la dificultad de vincular aspectos micro de la acción con los procesos sociales más generales en el seno de los cuales esta se desarrolla. Muchas veces, la tensión entre «acción» y «estructura» que atraviesa a la sociología no consigue resolverse satisfactoriamente en el conjunto de trabajos que abordan, desde la perspectiva del actor, los diferentes sentidos, orientaciones, pensamientos, valores y un largo etcétera, que confluyen en la cons-



Campeños-indígenas resistiendo un desalojo. Septiembre de 2007.

titución de movimientos sociales. Sin pretender lograr una resolución tal, quisiéramos en este punto, a modo de ensayo y como disparador para nuevas investigaciones, pensar algunas cuestiones que exceden la acción colectiva de la UST pero que pueden ser traídas a colación a partir de la misma.

En un texto breve pero sugerente, titulado *Movimientos sociales y campesinado*, Marc Edelman hace referencia a algunas de las lagunas de la investigación científica respecto de los movimientos sociales. En él plantea que para los científicos sociales que simpatizan con los movimientos y tratan de apoyarlos a través de su labor investigativa, tal vez la mejor forma de acompañarlos no sea hacerles publicidad ni brindarles apoyo técnico, sino más bien estudiar tanto las razones de la participación como las de la no participación. Es decir, el autor sostiene que sería provechoso analizar las fases de latencia de las organizaciones y los movimientos e informar sobre el testimonio de personas que encuentran alienantes sus discursos o prácticas. En ese sentido, aboga por acercamientos etnográficos que den cuenta, sobre todo, de los momentos en que los movimientos pierden fuerza (Edelman, 2003). Creemos que estas sugerencias de Edelman resultan interesantes si se quiere ser algo más o algo diferente que un mero intérprete de las acciones colectivas de los movimientos que, en el afán de reflejar la perspectiva de los actores, muchas veces no logra ir más allá de una traducción sofisticada de sus discursos (Svampa, 2008). Retomando el planteo de Edelman, sería conveniente abordar,

junto con aspectos relacionados al fortalecimiento subjetivo que experimentan muchos de sus miembros, su reverso, es decir, el de las razones de la desmovilización política. Particularmente para el caso de las organizaciones campesinas, resultaría interesante, dado el peso que la familia y la comunidad tienen en las estrategias de reproducción campesina, indagar acerca del impacto que las organizaciones tienen sobre las relaciones comunitarias en las cuales se insertan e investigar de qué manera ambas se interrelacionan y transforman mutuamente.

Comenzamos este trabajo aludiendo a algunos de los rasgos tradicionales de la cultura mendocina que, creemos, son puestos en cuestión por la constitución de la UST. Independientemente de la posición que esta organización pueda tomar en alguna coyuntura en particular, creemos que (como cualquier otra organización rural semejante) ocupa un lugar que nadie puede ocupar por ella: denunciar el reverso de los éxitos empresariales vinícolas, olivícolas, frutícolas, hortícolas y demás que se han dado en las últimas décadas y denunciarlo, porque se lo conoce de cerca, porque afecta la propia vida. Una organización rural que no presenta exclusivamente demandas parciales o sectoriales se halla en una posición inmejorable para descentrar lo que hemos denominado «discursos autocomplacientes» de la historia y el presente regional, tan afectos a destacar los innegables logros en materia de irrigación como a ignorar múltiples situaciones problemáticas relacionadas con la distribución de la tierra, del agua y de sus frutos, y tan deseosos de presentar los logros asociados a la construcción de los oasis como renuentes a dar cuenta de las asimetrías que estos han generado. Si se asume la propuesta de Alberto Melucci de entender a los movimientos sociales como «síntomas», ¿de qué es síntoma la UST? A nuestro entender, la emergencia de una organización como esta señala que algo no está bien en los procesos de desarrollo rural actualmente en curso y, en este sentido, las luchas que lleva adelante proporcionan algunas claves para comprender las tensiones que atraviesan los modelos de desarrollo, construcción territorial y modernización predominantes en el campo mendocino. Junto con ello, impulsa a la construcción de imaginarios socioambientales alternativos al del «oasis-centrismo».

El progreso, la razón y la eficiencia son conceptos que, indudablemente, vertebran buena parte de los discursos de/sobre la Modernidad. El proceso de modernización desarrollado a partir de fines del siglo XIX en la agricultura mendocina encontró límites hacia las décadas de 1970 y 1980, y ello trajo como consecuencia impor-

tantes transformaciones en la orientación general de la producción. Teniendo en cuenta dichas transformaciones, cabe preguntarse cómo se juegan actualmente en las disputas territoriales estos conceptos a los que hacíamos referencia, es decir, qué concepciones de progreso, razón y eficiencia se enfrentan en las luchas por el territorio. Sin lugar a dudas, a pesar de que estas nociones han sido objeto de múltiples y variadas críticas filosóficas desde fines del siglo XIX, guardan todavía un gran potencial en la construcción de realidad social. En este sentido, creemos que es posible interrogarse, a partir de la existencia de organizaciones como la UST, acerca de las críticas que de estos conceptos se hace en la praxis social y política de sectores subalternos, particularmente cuando se trata de actores que, como los campesinos, han sido siempre incómodos por «premodernos». El ideal de progreso indefinido parece mostrar sus límites en el deterioro medioambiental, y sin embargo, bajo la forma fetichizada del crecimiento económico, continúa dando forma a las construcciones sociales, las políticas públicas, las expectativas de la mayor parte de los grupos sociales... Mientras tanto, entre la búsqueda de alternativas civilizatorias y las coerciones que imponen necesidades urgentes, organizaciones campesinas, indígenas y ciudadanas se debaten tratando de generar alternativas a los tiempos que corren, ejerciendo temporalidades diferentes a las de la «fuga hacia delante», intentando recuperar memorias de las resistencias a otras modernizaciones. Queda abierto, para la teoría social, el desafío de encontrar categorías que permitan alumbrar mejor la articulación entre las grandes problemáticas de la modernización capitalista en su fase actual y las experiencias de resistencia a la misma, aprovechando, quizás, las múltiples críticas filosóficas a la Modernidad desarrolladas durante por lo menos el último siglo.

Si la existencia de la UST representa, desde nuestro punto de vista, un cuestionamiento a las matrices de desarrollo rural predominantes, otro tanto puede decirse, como hemos visto, de los discursos que enfatizan desde fines del siglo XIX la inminente desaparición del campesinado. Creemos que los debates acerca del uso de la correcta utilización de la categoría «campesino» –que no se dan respecto de otros agentes sociales, clases o como se les quiera llamar– muchas veces están basados, consciente o inconscientemente, en una desconianza respecto de las posibilidades de los sectores rurales subalternos para constituirse como sujetos políticos. La categoría «campesino», mucho más que la de «pequeño productor» o la de «agricultor familiar», remite a la historia y a la política. Esto no quiere decir, por



supuesto, que no sea importante o necesario –especialmente cuando se realizan estudios acerca de la estructura social de un sector– analizar qué significa en cada contexto ser campesino en cuanto a la actividad económica: si se es pescador artesanal o minifundista articulado con un complejo agroindustrial, asalariado pluriactivo o mediero. Pero tener en cuenta la heterogeneidad de los sujetos, como señala Bartra, no significa necesariamente desagregar *ad infinitum* a quienes en algunas oportunidades manifiestan su voluntad de emprender proyectos conjuntos. Solo con el tiempo se podrá determinar en qué medida la reinención del sujeto campesino-indígena de principios del siglo XXI representa un relanzamiento de la identidad argentina y latinoamericana o si la estrella que ha permitido la adaptación campesina a sucesivos procesos de incorporación-des/ incorporación de los procesos de valorización capitalista se eclipsará definitivamente.

En cualquier caso, convendrá tener presente, en las caracterizaciones que se realicen de los –en algún sentido– jóvenes campesinos argentinos, la novedad que representa la existencia de un movimiento campesino de magnitud en el país y la profundidad de los desafíos que este enfrenta.



## Bibliografía

- APARICIO, S. (2005). Trabajo y trabajadores en el sector agropecuario de la Argentina. En Giarracca, N. y Teubal, M., *El campo argentino en la encrucijada* (p. 193-224). Buenos Aires: Alianza.
- Argentina, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Censo Nacional Agropecuario 1988, 2002 y 2008.
- ASPIAZU, D. y BASUALDO, E. (2001). *El complejo vitivinícola en los noventa. Potencialidades y restricciones*. Recuperado el 1 de septiembre de 2011, de [http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/argentina/flacso/no11%20\\_ComplejoVitivinicolaArgentino\\_20.pdf](http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/argentina/flacso/no11%20_ComplejoVitivinicolaArgentino_20.pdf).
- BARTRA, A. (2011). Campesindios: la formación del campesinado en un Continente colonizado. Mimeo.
- BIDASSECA, K. (s/f). *Disputas culturales y políticas en torno a la/s campesinas/os sin tierra en Argentina*. Recuperado el 10 de septiembre de 2008, de <http://www.rimisp.org/getdoc.php?docid=6525>.
- BORÓN, A. y PEGORARO, J. (1984). Las luchas sociales en el agro argentino. En Casanova, P. G. (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos* (p. 149-200). México: Siglo XXI.
- BOY, A. (2005). Cambios productivos y sus repercusiones en el nivel agronómico. En Giarracca, N. y Teubal, M. *El campo argentino en la encrucijada* (p. 79-100). Buenos Aires: Alianza.
- COLLADO, P. (2006). Desarrollo vitivinícola en Argentina. Apuntes sobre su origen. *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*. Recuperado el 22 de agosto de 2007 de [www.unse.edu.ar/trabajosociedad/Collado.pdf](http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/Collado.pdf).
- DOMÍNGUEZ, D. (2009). La lucha por la tierra en Argentina en los albores del siglo XXI. La recreación del campesinado y de los pueblos originarios. Tesis doctoral sin publicar. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

- DOMÍNGUEZ, D. y SABATINO, P. (2008). *El conflicto por la tierra en la actualidad latinoamericana: del acceso a la tierra a las luchas por el territorio*. Informe final del concurso: Las deudas abiertas en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas. CLACSO. Recuperado el 1 de junio de 2011 de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2008/deuda/doming.pdf>
- DOMÍNGUEZ, SABATINO y TEUBAL. (2005). En Giarracca, N. y Teubal, M. *El campo argentino en la encrucijada* (p. 37-78). Buenos Aires: Alianza.
- EDELMAN, M. (2003). *Movimientos Sociales y Campesinado. Algunas reflexiones*. Recuperado el 10 de septiembre de 2008 de <http://iis.ucr.ac.cr/publicaciones/libros/textos/5/medelman.pdf>.
- ESCOLAR, D. (2007). *Los dones étnicos de la nación*. Buenos Aires: Prometeo.
- ESCOLAR, D.; MARTÍN, F.; ROJAS, F.; SALDI, L. y WAGNER, L. (2011). Imaginario ambiental mendocino y sus efectos en las políticas estatales y la producción científica. Ponencia presentada en las VIII *Jornadas de Investigación y Debate*. Quilmes, Argentina.
- FERNÁNDEZ, B. M. (2005). Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: Contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais. *Observatorio Social de América Latina*, 16. Recuperado el 15 de junio de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal16/D16MFernandes.pdf>.
- Foro Nacional de Agricultura Familiar (s/f): *¿Quiénes somos?* Recuperado el 10 de junio de 2011 de [http://fonaf.com.ar/index.php?option=com\\_content&task=view&id=14&Itemid=28](http://fonaf.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=14&Itemid=28).
- GALAFASSI, G. (2004). *Movimientos sociales agrarios y su estudio en la Argentina. Algunas reflexiones críticas*. Recuperado el 12 de febrero de 2007, de <http://www.alasru.org/cdalasru2006/10%20G%20Guido%20Galafassi.pdf>.
- GIARRACCA, N. (2000). La agricultura y el mundo rural desde las ciencias sociales en la Argentina. En D. Piñeiro (comp.), *30 años de sociología rural en América Latina*. Montevideo, Uruguay: Asociación Latinoamericana de Sociología Rural.
- (2011). Lxs campesinxs y sus luchas en la Argentina. ...y aparte, 1, 10-11. Mendoza.
- GIARRACA, N. y otros (coord.) (2001). *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: Alianza.
- GIARRACA, N. y TEUBAL, M. (coord.) (2010). *Del Paro agrario a las elecciones de 2009. Tramas, reflexiones y debates*. Buenos Aires: Antropofagia.

- LICEAGA, G. (2008). «Tierra, Agua y Justicia» *Un análisis de la acción colectiva de la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra*. Tesina de licenciatura sin publicar. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- MARTÍN, F. (2010). La naturaleza del poder. Ecología política del desarrollo (capitalista) regional en Mendoza, Argentina. 1879-2000. Tesis doctoral sin publicar. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- MELUCCI, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Ciudad de México: El colegio de México.
- Movimiento Nacional Campesino Indígena (2007). En Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra – Unión de Jóvenes Campesinos de Cuyo. *Grito cuyano. Luchas y palabras campesinas*, 6. Jocolí, Mendoza: Impresos Lavalle.
- (2008a). *No somos campo somos tierra*. Recuperado el 30 de julio de 2008 de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal24/doco2.pdf>.
- (2008b). *Conmemorando el día mundial de la lucha campesina*. Recuperado el 30 de julio de 2008 de <http://www.mnci.org.ar/>.
- (2011). *Nuestro repudio a los acuerdos y declaraciones sobre la crisis alimentaria del G20*. Recuperado el 1 de agosto de 2011 de <http://permahabitante.blogspot.com/2011/07/g-20-comunicado-mnci-repudio-las.html>.
- MONTAÑA, E. (2006). *Agua y Equidad Territorial en Mendoza, Argentina*. Recuperado el 15 de mayo de 2008 de <http://www.c3ed.uvsq.fr/cdgecorev/fr/pdf/t5/Montana.pdf>.
- (2007). Conflictos en torno del agua en tierras secas. Disputas territoriales en Mendoza, Argentina. Ponencia presentada en las 11 *Jornadas de la Asociación Argentino Uruguayo de Economía Ecológica (ASAUEE) «Economía, Ecología y Abordajes para la Resolución de Conflictos Ecológicos Distributivos»*, Tucumán, Argentina.
- MORENO, S. y PINA TRUANT, M. (s/f). «El enfoque socio territorial como un nuevo modo de orientación de la políticas rurales de la República Argentina». Estudio de caso de la experiencia piloto llevada a cabo en la Unidad de Desarrollo Socio-territorial\_Sur, en la provincia de Mendoza, Argentina. Mimeo.
- ROIG, A., LACOSTE, P. y SATLARI, M. C. (comps.) (2004). *Mendoza, cultura y economía*. Mendoza, Argentina: Caviar Bleu.
- RUBIO GARCÍA, A. (2004). *Perspectivas teóricas en el estudio de los movimientos sociales*. Recuperado el 10 de septiembre de 2007 de <http://www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero3/art4.htm>.

- Subsecretaría de Cultura, Gobierno de Mendoza (2001). Una dramaturgia popular mendocina. Fiesta de la Vendimia. Guiones I. Mendoza, Argentina: Ediciones Culturales de Mendoza.
- (2002). Una dramaturgia popular mendocina. Fiesta de la Vendimia. Guiones I. Mendoza, Argentina: Ediciones Culturales de Mendoza.
- (2003). Una dramaturgia popular mendocina. Fiesta de la Vendimia. Guiones I. Mendoza, Argentina: Ediciones Culturales de Mendoza.
- SVAMPA, M. (2008). *Cambio de Época*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra – Unión de Jóvenes Campesinos de Cuyo (2007). *Grito cuyano. Luchas y palabras campesinas*, 6. Jocolí, Mendoza: Impresos Lavalle.
- Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra (s/f). Breve reseña sobre la acumulación del agua y la tierra en Mendoza. Mimeo.

### ***Siglas utilizadas***

- CFS-FAO: Comité de Seguridad Alimentaria de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- CLOC: Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones Campesinas.
- CNA: Censo Nacional Agropecuario.
- COCITRA: Coordinadora de Organizaciones Campesinas, Indígenas y Trabajadores Rurales de Argentina.  
Coninagro: Confederación Intercooperativa Agropecuaria.
- CRA: Confederaciones Rurales Argentinas.
- DOADU: Dirección de Ordenamiento Ambiental y Desarrollo Urbano.
- Eaps: Explotaciones Agropecuarias.
- FAA: Federación Agraria Argentina.
- FNC: Frente Nacional Campesino.
- FONAF: Foro Nacional de Agricultura Familiar.
- MCL: Movimiento Campesino de Liberación.
- Mercosur: Mercado Común del Sur.
- MNCI: Movimiento Nacional Campesino Indígena.
- Mocase: Movimiento Campesino de Santiago del Estero.
- PSA: Programa Social Agropecuario.
- REAF: Reunión Especializada de la Agricultura Familiar.
- SR: Sociedad Rural.
- UST: Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra.

EDIUNC

Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo

Dirección            Pilar Piñeyrúa

Corrección        Alejandro Frías

Diseño y armado   Equipo de diseño de la EDIUNC

En esta edición de (RE)INVENTARSE EN LA ACCIÓN  
POLÍTICA se utilizó papel ilustración de 300 g para las  
cubiertas y papel bookcel de 80 g para el interior.

El libro se compuso con la tipografía Kalidoscopio,  
diseñada por Juan Pablo del Peral (Mendoza) y Changa  
diseñada por Eduardo Tunni (Buenos Aires).

Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2012  
en los talleres gráficos La Imprenta Ya. Avenida Mitre  
1761, Florida, Provincia de Buenos Aires.



# Colección **A contrapelo**

**A contrapelo** es una colección destinada a rescatar e investigar luchas sociales, movimientos políticos, prácticas y producciones de sujetos subalternos y sectores socialmente oprimidos, así como levantamientos y revoluciones contra cualquier forma de opresión, explotación o injusticia.

De esta manera, EDIUNC y la Universidad ofrecen un espacio de debate y de reflexión a aquellos y aquellas que siguen pasando «un cepillo a contrapelo» al pasado, al presente y también al futuro.

El primer volumen de esta colección recoge testimonios, interpretaciones y documentos del Mendozazo, aquel acto de rebeldía ante la injusticia y en reclamo de derechos que el pueblo de Mendoza ejerció públicamente en abril de 1972.

Nº1

EL MENDOZAZO. HERRAMIENTAS DE REBELDÍA  
Colectivo Fantomas. 2012.

Nº2

(RE)INVENTARSE EN LA ACCIÓN POLÍTICA  
Bravo, Salomone y Liceaga. 2012

En Mendoza, como en otros lugares, se gestan prácticas políticas subalternas. Se trata de acciones grupales de colectivos que, a la vez que actúan en pos de demandas concretas, construyen su propia identidad.

Este libro recoge estas prácticas políticas a la vez que ubica tres territorios mendocinos en la geografía nacional de las luchas sociales y las nuevas formas de imaginación política. Se trata de investigaciones sociológicas sobre la Biblioteca Popular del barrio La Gloria, la toma de terrenos de la estación del ferrocarril y las luchas campesinas en Lavalle.

Los autores parten de la premisa de que una acción conjunta depende de la edificación de un colectivo que la lleve a cabo, de un «nosotros» situado y suficientemente ligado que les permita intervenir en la resolución de problemáticas compartidas y en la postulación de demandas unificadas. En estos tres casos, la memoria y el territorio son ejes desde donde los grupos se construyen y (re)inventan sus prácticas colectivas.

La obra busca, además, reforzar las vías de comunicación entre los ámbitos académicos y las organizaciones sociales, con la certeza de que el registro, la sistematización y el análisis propios de las ciencias sociales posibilitan puntos de vista creativos y transformadores de la realidad social.



